

**Muerte entre bastidores
y Otros Cuentos Macabros**

Por

Bram Stoker

Freeeditorial 

Muerte entre bastidores

Supongo que algunos de ustedes recordarán el caso ocurrido no hace mucho del acróbata que murió en un accidente durante una representación. No hace falta mencionar nombres. Nos referiremos a él como Mortimer, Henry Mortimer. Nunca se supo la causa de su muerte, pero yo sí sé cómo se produjo. He guardado silencio durante todo este tiempo, y ahora puedo hablar sin miedo a herir a nadie. Ya han fallecido todos los interesados en su muerte o en la del hombre que la planeó.

Cualquiera de ustedes que conozca el caso recordará lo apuesto, bien parecido y elegante que era Mortimer. Creo que es el hombre más atractivo que he visto nunca. Además, era el tipo más ágil que haya pisado nunca un escenario. Estaba tan seguro de sí mismo que utilizaba peso extra; así, cuando caía el contrapeso, saltaba cinco o seis pies más alto de lo que nunca nadie ha podido saltar. Además, levantaba las piernas en el aire de tal forma, parecida a como hacen las ranas al nadar, que daba la sensación de que saltaba mucho más arriba.

Creo que todas las chicas estaban enamoradas de él por la forma en que se comportaban cuando estaban entre bastidores y se acercaba el momento de su entrada. Eso no le habría importado mucho (las chicas siempre se enamoran de un hombre u otro), de no haber sido porque varias mujeres casadas empezaron a comportarse igual. Para mayor vergüenza, algunas de las que iban siempre detrás de él llevaban a sus propios maridos.

Era una situación bastante peligrosa y difícil de soportar para un hombre que quería ser decente a toda costa. Pero el verdadero tormento y el auténtico problema lo era la joven esposa de mi propio jefe, Jack Haliday, el tramoyista jefe. Ella era demasiado para la sangre y la carne de cualquier hombre. Había empezado en el mundo del teatro la temporada anterior como gimnasta. Podía saltar más alto que las chicas que le sacaban medio metro de altura. Era una chiquilla menuda, tan bonita como un pastel, una muchachita delgada, de pelo rubio y ojos azules, que bien hubiera podido pasar por chico de no ser por dos detalles que no dejaban lugar a dudas. Jack Haliday se volvió loco por ella y, cuando la noticia saltó, y puesto que no se presentó ningún otro joven brillante ni con posibles, ella se casó con él. Fue lo que suele llamarse un matrimonio de conveniencia pero, después de cierto tiempo, comenzaron a llevarse muy bien. Todos pensamos que le empezaba a gustar el viejo (Jack era lo suficientemente mayor como para ser su padre y aún le sobraban años). En verano, al terminar la temporada, él se la llevó a la isla de Man y, a la vuelta, no ocultó a nadie que habían sido los días más felices de su vida. Ella también

parecía dichosa y lo trataba con cariño. Todos empezamos a creer que aquel matrimonio saldría bien.

Sin embargo, cuando se iniciaron los ensayos de la nueva temporada, las cosas comenzaron a cambiar. El viejo Jack parecía disgustado y había perdido el interés por su trabajo. Loo, así se llamaba la señora Haliday, ya no se mostraba cariñosa con él y se ponía nerviosa cuando él estaba cerca. Entre nosotros, los hombres, no hacíamos ningún comentario al respecto, pero las mujeres casadas sonreían, asentían con la cabeza y susurraban que tal vez ella tuviera sus razones. Un día, en el escenario, cuando comenzaba el ensayo del acróbata, alguien comentó que quizá ese año la señora Haliday no bailaría; todas sonrieron como si compartieran un secreto. Entonces, la mujer de Jack se levantó y les soltó una perorata por meter las narices donde no debían, por decir un montón de mentiras y cosas por el estilo. Los demás tratamos de consolarla lo mejor que supimos y ella se marchó a casa.

Poco después de este episodio, la señora Haliday y Henry Mortimer se fueron juntos al acabar el ensayo; Henry se había ofrecido a acompañarla hasta su casa, y ella no se opuso. Ya dije anteriormente que era un hombre muy atractivo.

A partir de ese día y hasta la noche de la última representación que, por supuesto, era una función de gala («Todo para todos»), ella no apartaba los ojos de él.

Parecía como si Jack Haliday no se diera cuenta de lo que sucedía a su alrededor, aunque todos lo supiéramos. En realidad, el trabajo le tenía muy ocupado: un tramoyista jefe no tiene mucho tiempo libre el día de una función de gala. Y, por supuesto, nadie de la compañía dijo ni hizo nada que llamase su atención sobre aquella cuestión. Los hombres y las mujeres son unos seres muy extraños. Están ciegos y sordos ante el peligro que los acecha y, solo cuando el escándalo ya es irremediable, se ponen a hablar, justo cuando lo que deberían hacer es guardar silencio.

Yo me daba cuenta de todo lo que sucedía, pero no lo entendía. Me gustaba Mortimer y lo admiraba, igual que me ocurría con la señora Haliday. Pensaba que era un gran tipo. Yo apenas era un crío y, además, siendo el aprendiz de Haliday, lo que menos deseaba era buscarme líos, aunque intuía que vendrían de todas formas. Solo después de volver a pensar mucho en los hechos, he podido empezar a comprender lo que sucedía. Espero que ahora ustedes puedan entenderlo todo, puesto que lo que les cuento es fruto de lo que vi, oí y me contaron, tras haber permanecido sepultado y oculto en mi mente durante mucho tiempo.

La función llevaba ya unas tres semanas en cartel. Un sábado, entre dos números, oí hablar a dos miembros de la compañía. Eran dos de esas chicas

que bailan, cantan y tratan de hacerse imprescindibles. No creo que ninguna de ellas fuera mejor que la señora Haliday. Eran de esas chicas que corren detrás de los jóvenes a los que les sobra el dinero y pueden invitarlas a cenas regadas con champán. Pero lo único que viene al caso aquí son los celos que sentían por las mujeres casadas, en realidad, el mismo objetivo que ellas perseguían, mujeres que, por lo general, tenían un nivel de vida más alto que ellas. Las mujeres de ese tipo disfrutaban viendo hundirse a una mujer decente; eso les hace sentirse más importantes. Dos auténticas balas perdidas, completamente acabadas, querían salvar a una chica decente de caer en sus mismos errores. Esto es así mientras son jóvenes, porque una mujer indecente entradita en años ya es el colmo. Estarán ansiosas por destrozar a cualquiera, siempre que puedan sacar provecho de ello.

Bueno, pues las dos chicas disfrutaban cotilleando sobre la señora Haliday y lo encaprichada que estaba con Mortimer. No se dieron cuenta de que yo estaba sentado en un palco detrás de un decorado que debía estar preparado para el comienzo de la representación de noche. Las dos estaban enamoradas de Mortimer, que no les hacía el menor caso a ninguna, de manera que estaban furiosas como gatas en celo. Una decía:

—El viejo es peor que un ciego. No quiere ver.

—Yo no estaría tan segura de eso —respondió la otra—. No va a dejar pasar la ocasión. Creo que tú también estás ciega, Kissie. —Ese era su nombre, Kissie Mountpelier, incluso en los papeles oficiales—. La acompaña a casa todas las noches después de la función. Tú deberías saberlo mejor que nadie, te pasas las horas muertas en el vestíbulo esperando a que tu chico llegue del club.

—¿Qué dices, bola de sebo? —replicó la otra con un lenguaje bastante grosero—. ¿No sabes que siempre hay dos finales posibles? El viejo solo quiere un final.

A continuación, se pusieron a cuchichear y a reírse con disimulo. Poco después, la otra le dijo:

—Él piensa que solo se puede hacer daño después de acabar el trabajo.

—Vaya broma —respondió la otra—. Ellos saben perfectamente que el viejo tiene que estar abajo mucho antes de que se levante el telón; la señora no llega hasta el número de baile de «La Visión de Venus», después del intermedio, y él hasta que no toca su número de acrobacia.

Después de oír aquello, me fui. No estaba dispuesto a escuchar más tonterías como aquella.

Durante aquella semana las cosas siguieron su rumbo normal. El pobre

Haliday no estaba bien. Parecía preocupado y tenía un humor de perros. Yo tenía mis razones para creer que lo que le preocupaba era su trabajo. Siempre había sido muy trabajador y la temporada era un verdadero tormento para él. No pensaba más que en su deber. Se me ocurrió que quizá ese era el motivo por el que aquellas dos chicas se habían inventado aquella historia difamatoria. Después de todo, una calumnia, sin importar lo falsa que sea, debe empezar de un modo u otro. Si no existe una base real, se cuenta algo que lo parezca. No importaba lo ocupado que estuviese el viejo Jack, porque siempre sacaba tiempo para llevar a casa a su mujer.

A medida que transcurría la semana, el viejo se iba poniendo cada vez más pálido, y yo empecé a pensar que estaba enfermo. Normalmente, se quedaba en el teatro entre las dos funciones del sábado y no se iba a casa; solía tomarse un tentempié en la cafetería que estaba al lado del teatro y así estaba disponible en caso de que surgiera cualquier imprevisto en la preparación de la función de la noche. Aquel sábado salió, como el resto de los sábados, durante el primer número y mientras los operarios preparaban los materiales para el resto de las actuaciones. Algo más tarde surgió algún problema, el típico problema de los sábados, y salí a buscarlo. Al entrar en la cafetería, no lo vi. Pensé que era mejor no preguntar ni indagar, y volví al teatro. Allí, los operarios, que habían discutido sobre si salir a tomar algo, me dijeron que el problema se había solucionado solo, como siempre. Metí prisa a los que quedaban y conseguimos tenerlo todo listo justo a tiempo para que salieran a comer algo. Después, salí yo. Por aquellos días, yo empezaba a sentir ya el peso de la responsabilidad, así que me entretuve lo menos posible y volví enseguida para revisar los aparatos y comprobar que todo estaba en orden, especialmente la trampilla, de la que Jack Haliday estaba siempre pendiente. Podía disculpar un fallo en cualquier cosa, pero si te equivocabas con una trampilla, estabas despedido. Siempre les decía a los operarios que aquel no era un trabajo corriente: era cuestión de vida o muerte.

Acababa de terminar mi revisión cuando vi al viejo Jack entrar por el vestíbulo. No había nadie a aquella hora y el escenario estaba a oscuras. Pero, a pesar de la oscuridad, pude ver que el viejo estaba terriblemente pálido. No le dije nada porque estaba lejos y, además, por la forma en que se movía, sigilosamente, deslizándose tras los decorados, imaginé que no quería que nadie le viera. Pensé que lo mejor que podía hacer era quitarme de en medio. Salí y me tomé otra taza de té.

Volví un poco antes que los operarios, cuya única preocupación era estar en sus puestos cuando sonara el silbido de Haliday. Fui a presentarme a mi jefe, que estaba en una pequeña cabina de mamparas de cristal en la parte de atrás del taller de carpintería. Allí estaba, inclinado sobre un banco, y limaba algo con tanta energía que pareció no escuchar que yo llegaba. Me marché sin

decirle nada. No es muy inteligente que un aprendiz estorbe a su maestro cuando este está ocupado en sus asuntos.

Llegado el momento de la función, se encendieron las luces. Haliday estaba, como siempre, en su puesto. Parecía muy pálido y enfermo, tan enfermo que, al salir el director de escena, le dijo que si prefería irse a casa a descansar, él se encargaría de que alguien hiciera su trabajo. Haliday se lo agradeció, pero le dijo que podía seguir.

—Me siento un poco débil y raro, señor —le dijo—. Hace solo un rato parecía como si me fuera a desmayar. Pero ya se me ha pasado y estoy seguro de que podré desempeñar correctamente mi labor.

Las puertas se abrieron y el público de la función del sábado noche entró entre empujones. El Victoria era todo un acontecimiento los sábados por la noche. No importaba lo que pudiera pasar otras noches, aquella función siempre salía bien. En la profesión se comentaba que el Victoria vivía de eso y que la dirección del espectáculo se tomaba vacaciones el resto de la semana. Los artistas lo sabían y no importaba si la representación salía más o menos floja de lunes a viernes; esa noche todos estaban listos y en plena forma. No había ni tropiezos ni errores la noche del sábado. De no ser así, sabían que iban a la calle.

Mortimer era uno de los que más cuidado ponía. No vacilaba en ningún momento (claro que un momento de vacilación en un acróbata no es un defecto porque, si lo tiene, adiós acróbata). Siempre daba lo mejor de sí la noche del sábado. Cuando salía disparado por encima de la trampilla en forma de estrella, siempre llegaba un par de metros más alto. Para conseguirlo, teníamos que poner siempre mucho más peso. Era él mismo quien lo comprobaba, porque no es ninguna broma que te lancen por una trampilla como si te disparasen con un cañón. Las puntas de la estrella deben quedar libres y las bisagras estar perfectamente engrasadas ya que, en caso contrario, puede suceder cualquier desgracia. Además, hay una persona encargada de vigilar que todo esté a punto en el escenario. Recuerdo haber oído que una vez en Nueva York, de eso hace ahora ya muchos años, falleció un acróbata por culpa de un operario (lo que los yanquis llaman carpintero y los forasteros tramoyista) que se puso a caminar sobre la trampilla justo cuando se habían dejado caer los contrapesos. A la viuda no le sirvió de consuelo saber que el tramoyista también había muerto.

Aquella noche, la señora Haliday estaba más guapa que nunca y botó la pelota más alto que en ninguna otra ocasión. Después, ya vestida de calle, regresó como siempre a los bastidores y esperó a que comenzaran las acrobacias. El viejo Jack cruzó el escenario y se puso a su lado. Lo vi desde la parte de atrás de las filas de asientos deslizantes que rodean los «Reinos del

Placer». No pude evitar comprobar que el viejo seguía terriblemente pálido. Tenía la mirada fija en la trampilla con forma de estrella. Al darme cuenta, miré también hacia allí. Temía que algo pudiera salir mal. Pero, cuando se había montado el escenario para la función de tarde, yo había comprobado que todo funcionaba correctamente y que las juntas estaban bien engrasadas y, como no se había tocado nada en toda la noche, estaba tranquilo. Creo que me pareció ver un brillo extraño cuando el foco iluminó las bisagras de latón. Había una luz que daba justo encima del puente; así, se conseguía realzar la actuación del acróbata y su enorme salto. La gente solía chillar cuando lo veía salir disparado por la trampilla. El acróbata juntaba las piernas en el aire y las separaba durante un instante; luego, mientras bajaba, las volvía a juntar y solo doblaba las rodillas cuando tocaba el escenario.

Al dar la señal, el contrapeso funcionó correctamente. Por el sonido del golpe, supe que hasta ese momento no había problemas.

Pero algo no salió bien. La trampilla no se accionó con suavidad; se abrió de golpe justo cuando la cabeza del acróbata la rozó. Se oyó un ruido y un chasquido, y las piezas de la estrella saltaron y cayeron por el escenario. Con ellas apareció también la silueta llena de color y lentejuelas que ya conocemos.

Pero no se levantó como siempre. Subía erguido, sin la elasticidad habitual en él. No movía las piernas y, cuando estuvo a una altura considerable, aunque no tan arriba como acostumbrada, pareció perder el equilibrio y cayó a un lado del escenario. El público gritó horrorizado, y la gente que estaba entre bastidores, artistas y personal de mantenimiento, unos en traje de calle y otros vestidos para la actuación, lo rodearon. Pero el hombre de lentejuelas apenas se movía.

El mayor grito fue el de la señora Haliday. Llegó la primera al lugar donde yacía él, donde yacía aquello. El viejo Jack estaba muy cerca, justo detrás de ella, y la sujetó cuando se desmayó. Solo vi eso. Tenía que recoger las piezas de la trampilla, ya había demasiada gente ocupándose del cadáver. En ese momento, lo más difícil era atravesar la orquesta y subir al escenario.

Me las arreglé como pude para reunir los trozos antes de que se abalanzara el público. Me di cuenta de que algunos trozos tenían mellas muy profundas, pero solo me dio tiempo a echar un vistazo. Con un palco tapé el agujero para que nadie metiera el pie dentro porque, en el mejor de los casos, eso habría supuesto una pierna rota. Si alguien llegaba a caerse dentro, podía ser mucho más grave. Entre otras cosas, encontré un extraño objeto de acero pulido con algunas zonas dobladas hacia adentro. Yo sabía que no era una parte de la trampilla pero, como debía venir de algún sitio, me lo metí en el bolsillo.

En ese momento ya se había congregado una multitud alrededor del cuerpo

de Mortimer. Con solo ver su postura, no había duda alguna de que estaba muerto y bien muerto. Estaba despatarrado, en una posición muy rara: una de las piernas la tenía doblada por debajo del cuerpo y la punta del pie le asomaba de un modo antinatural. ¡Pero, ya basta, mejor no entrar en más detalles sobre un cadáver!

La gente también se congregaba alrededor de la señora Haliday. Su marido la había llevado y la había recostado en una zona que estaba cerca de los bastidores. Ella también parecía un cadáver; estaba pálida, fría y no se movía. El viejo Jack permanecía arrodillado a su lado, y le acariciaba las manos. Se le veía preocupado por ella porque también él estaba mortalmente pálido. Sin embargo, mantuvo la sangre fría y llamó a sus hombres. Dejó a su mujer al cuidado de la señora Homcroft, la encargada del ropero, que había bajado corriendo. Era una mujer muy eficiente, que supo actuar con decisión; le pidió a uno de los hombres que estaban allí que cogiera a la señora Haliday y la llevara al guardarropa. Me contaron que, al llegar allí, echó a todos los que la habían seguido, tanto hombres como mujeres, para ocuparse de todo ella misma.

Puse los trozos de la trampilla encima del palco y le pedí a uno de nuestros operarios que se encargara de ellos y que nadie los tocara, porque podían pedirnoslos después. A esas horas, ya habían llegado los policías que estaban de servicio enfrente del teatro. Como habían llamado a la comisaría, no paraban de llegar agentes. Uno de ellos se ocupó del sitio donde estaba la trampilla rota. Cuando le contaron quién había colocado allí el palco y los trozos rotos, mandó a buscarme. Mientras tanto, otros agentes se llevaron el cuerpo a guardarropía, una sala grande con bancos, que se podía cerrar con llave. Dos de los agentes se quedaron de guardia en la puerta y no dejaban que entrara nadie sin su permiso.

El policía encargado de la trampilla me preguntó si había visto el accidente. Le respondí que sí, y me pidió que se lo describiera. No creo que confiara mucho en mi capacidad descriptiva, porque enseguida obvió esa parte del interrogatorio. A continuación, me pidió que le indicara dónde había encontrado los trozos de trampilla. Yo simplemente le dije:

—¡Dios mío, señor, no puedo decírselo! Cayeron por todas partes. Tuve que recogerlos de entre los pies de la gente, que se abalanzaba de todos los lados.

—De acuerdo, chaval —me dijo de una forma bastante amable para ser policía—. No creo que te molesten más. Según me han dicho, hay montones de hombres y mujeres que estaban allí y que lo vieron todo. Los llamaremos a todos a declarar.

Por aquella época yo era un chiquillo enclenque (bueno, tampoco es que

ahora sea un gigante) y me imaginé que no iban a utilizar como testigo a un crío cuando había montones de adultos. Después, el policía comentó algo poco amable sobre mí y un centro para subnormales, así que cerré la boca y no dije nada más.

Poco a poco, se habían ido deshaciendo del público. Algunos se marcharon en grupo para tomar una copa antes de que cerraran los bares y para charlar de todo lo sucedido. El resto de nosotros y la policía permanecemos allí. Luego, cuando la policía ya se había hecho cargo de todo y había puesto hombres de guardia para toda la noche, llegó el juez de instrucción. Ordenó el levantamiento del cadáver y su traslado al depósito, donde el forense de la policía le practicaría la autopsia. Me dejaron irme a casa, y yo me fui encantado cuando vi que todo se quedaba en orden.

El señor Haliday se llevó a su mujer a casa en una calesa, quizá porque la señora Homcroft y otras almas piadosas le habían dado tanto whisky, coñac y ron, tanta ginebra, cerveza y pipermin que creo que no habría podido dar un paso ni aunque hubiera querido.

Al desvestirme y mientras me quitaba los pantalones, algo me arañó en la pierna. Vi que se trataba del trozo de acero pulido que había recogido del escenario. Tenía la forma de una estrella de mar, pero con las puntas muy cortas. Algunas estaban dobladas hacia abajo y el resto las habían vuelto a enderezar. Me quedé con ella en la mano. Me pregunté de dónde podía haber salido y para qué serviría, pero no pude recordar nada del teatro donde pudiera encajar. La miré de nuevo más de cerca y comprobé que todos los bordes estaban limados y que brillaban. Pero eso no me sirvió de mucho, así que la dejé en la mesilla y pensé que me la llevaría por la mañana. Tal vez alguno de los chicos supiera algo. Apagué el quinqué, me acosté y me dormí.

Debí de empezar a soñar inmediatamente. El sueño tenía relación, como no podía ser de otra forma, con el terrible suceso que había ocurrido aquella noche. Pero, como sucede en todos los sueños, todo estaba confuso. Todo se mezclaba: Mortimer con sus lentejuelas volando sobre la trampilla, esta que se rompía y los trozos salían despedidos. El viejo Jack miraba hacia una parte del escenario con su mujer a su lado, él tan pálido como un muerto y ella más bella que nunca. Entonces, Mortimer caía retorcido sobre el escenario. La señora Haliday gritaba y ella y Jack salían corriendo. Mientras, yo recogía los trozos de la trampilla de entre los pies de la gente y encontraba la estrella de acero con las puntas limadas.

Me desperté empapado en sudor frío. Me senté en la cama en medio de la oscuridad y me dije:

—¡Eso es!

Me puse a darle vueltas, me tumbé de nuevo y empecé a pensar en todo aquello. Y de golpe, todo se aclaró. Fue el señor Haliday quien fabricó la estrella y quien la colocó en los puntos de unión de la trampilla. Eso era lo que estaba limando el viejo Jack cuando lo vi en su banco de trabajo. Lo había hecho porque Mortimer y su mujer se habían estado acostando. Después de todo, aquellas chicas tenían razón. Claro, las puntas de acero habían impedido que la trampilla se abriera. Por eso, cuando Mortimer salió disparado, se rompió el cuello.

Pero en aquel momento me sobrecogió una idea terrible. Si Jack lo había hecho, era un asesino y lo colgarían. Después de todo, era con su mujer con quien se había acostado el acróbata. El viejo Jack la amaba más que a sí mismo y había sido muy bueno con ella, y ella era su mujer. Aquel pedazo de acero iba a hacer que lo colgaran, si es que se llegaba a conocer su existencia. Pero nadie, salvo yo y quienquiera que lo fabricara y lo colocara en la trampilla, sospechaba de su existencia. El señor Haliday era mi maestro, y el hombre que estaba muerto, un canalla.

Por aquella época, yo vivía en Quarry Place. En la vieja cantera había una charca tan profunda que los chicos solían decir que muy abajo el agua hervía porque estaba cerca del infierno.

Nadie supo nada. Nunca he dicho una palabra de esto hasta hoy. Me llamaron a declarar. Todo el mundo tenía prisa: el juez, el jurado y la policía. Nuestro jefe también tenía prisa porque queríamos seguir con el espectáculo todas las noches y hablar demasiado de la tragedia habría perjudicado al negocio. No se averiguó nada y todo siguió como siempre. Todo, salvo una cosa. Después de lo ocurrido, la señora Haliday ya no se quedaba entre bastidores durante los números de acrobacia, y estaba tan enamorada de su anciano marido como cualquier mujer lo estaría del suyo. Era a él a quien miraba y siempre con una especie de adoración respetuosa. Ella lo sabía, aunque todos lo ignoraban, al igual que lo sabíamos su esposo y yo.

Las almas gemelas

1

Bis DAT QUI NON CITO DAT

En casa de los Bubb reinaba la alegría.

Durante diez largos años, Ephraim y Sophonisba Bubb se habían lamentado de lo solos que se sentían. Durante todo este tiempo, se habían dedicado a mirar las tiendas de ropa de bebé y los almacenes, donde las cunas

aparecían en tentadoras filas. Habían rezado y suspirado, habían llorado y anhelado aquel día, pero el médico nunca les había dado la más mínima esperanza.

Pero ahora, al fin, había llegado el momento tan esperado. Mes tras mes habían tenido todo el cuidado del mundo, y los días transcurrieron lentamente. Los meses dieron paso a semanas, las semanas a días, los días se hicieron horas, las horas minutos. Ya no quedaban ni siquiera minutos, solo unos segundos.

Ephraim Bubb se sentó con miedo en la escalera. Desde allí, intentó afinar el oído para captar los acordes de la maravillosa música que saldría de los labios de su primer hijo. En la casa reinaba el silencio, esa calma mortal que precede a un huracán. ¡Ay, Ephraim Bubb!, ¿no pensaste nunca que algo podía destruir para siempre la paz y la alegría de tu hogar, y que abrirías tus ojos atónitos a las puertas de esa maravillosa tierra donde reina la infancia, donde el niño tirano, con un simple movimiento de su manita y con su aguda vocecita condena a sus padres a la bóveda mortal bajo los fosos del castillo? Tan pronto como piensas en ello, palideces. ¡Cómo tiembles al sentirte al borde del abismo! ¡Si pudieras volver al pasado!

Pero, escucha, para bien o para mal, la suerte ya está echada. Atrás quedan por fin largos años de espera y súplica. Del interior de la alcoba sale un grito desgarrado que se repite poco después. Ephraim, ese grito es fruto del esfuerzo de unos labios infantiles que no están aún acostumbrados a la lucha, es una forma de articular la palabra «padre». Cuando más nervioso estabas, se desvanecieron todas tus dudas. Cuando venga el médico, mensajero de la dicha, te encontrará radiante ante este nuevo gozo recién llegado.

Querido amigo, permítame felicitarle. Le doy mi enhorabuena por partida doble. Señor Bubb, han tenido gemelos.

Días de Alción[2]

Los gemelos eran los mejores niños que se hubiera visto nunca. Al menos, eso decían todos los conocidos, y los padres se lo creían.

La opinión de la niñera era una clara prueba de ello: «Señora, no es que sean buenos porque son gemelos, cada uno es un ángel». Y ella debía de saberlo bien porque había criado muchos bebés en su vida, tanto gemelos como no gemelos. Lo único que les faltaba a las criaturas era no tener piernecitas, sino un par de alas en sus hombritos. Así, podrían colocarlos a cada lado de la lápida de mármol, consagrada a los restos mortales de Ephraim Bubb, lo que sucedería, señor mío, si la esposa sobrevivía al padre de estos dos maravillosos gemelos. Sería una osadía por parte de ella decir, sin ánimo de ofender, que su marido era un apuesto caballero, aunque fuera uno o dos

años mayor que ella. Siempre había oído decir que los caballeros nunca son demasiado mayores y, además, los prefería así. Odiaba a los hombres que parecían medio niños, que no sabían qué hacer. Aunque, al caballero que fuera padre de aquellos dos angelicales gemelos (Dios los bendiga), no podían llamarle otra cosa que niño. Pero, en su larga experiencia, que era mucha, nunca había oído que un niño tuviera gemelos o que unos gemelos hubieran pasado por una situación parecida.

Los padres estaban locos por sus hijos. Eran su dicha y su dolor. Si Zerubbabel tosía, Ephraim se despertaba de su dulce sopor con un grito de inquietud; en sueños había visto un sinfín de gemelos con la cara amarotada por un ataque de asfixia que les sobrevinía de noche. Si Zacariah chillaba, Sophonisba salía con sus rizos despeinados y dando gritos hacia la cuna de sus hijos. Ya fuera por unos pinchacitos que les molestaban o por la sensación de ahogo o por el roce de la ropa o de una mosca o por el exceso de luz o por el miedo a la oscuridad o porque tuvieran hambre o sed, pero, eso sí, los dos bebés siempre en perfecta sincronía, el hogar de los Bubb veía interrumpido su sueño o la rutina de las labores domésticas.

Los gemelos crecieron en paz, los destetaron, echaron los dientes y, al final, cumplieron tres años.

Crecieron en belleza uno junto a otro, llenaron un hogar, etc[3].

Tambores de guerra

Harry Merford y Tommy Santón vivían en la misma hilera de casas que Ephraim Bubb. Los padres de Harry tenían su residencia en el número 25, y en el 27 solo se oían las continuas risas de Tommy. Entre ambas viviendas, en el número 26, Ephraim Bubb criaba a sus retoños.

Harry y Tommy se veían a diario desde siempre. Se comunicaban a través de los tejados hasta que sus respectivos padres tuvieron que pagar a Bubb los desperfectos del tejado y de las ventanas de la buhardilla. A partir de entonces, la autoridad familiar les prohibió verse, aunque, por si acaso, su vecino tomó la precaución de reforzar los muros del jardín y colocó trozos de vidrio en lo alto, para evitar así visitas inesperadas. Sin embargo, Harry y Tommy eran dos espíritus osados, orgullosos, impetuosos y cabezotas, así que desafiaron el escarpado muro de Bubb y siguieron viéndose en secreto.

Si se compara a estos dos jóvenes con Cástor y Pólux[4], con Damón y Pitias[5], con Eloísa y Abelardo[6], se ve que son claros ejemplos de compenetración, de constancia y amistad. Todos los poetas, desde Higinio[7] hasta Schiller[8], cantarían las hazañas y los peligros en que ambos se vieron en nombre de su amistad, pero habrían enmudecido al conocer el cariño mutuo que se tenían Harry y Tommy. Día tras día, y a menudo noche tras noche, estos

dos valientes sorteaban a la niñera, a su padre, la amenaza del látigo y del castigo, el hambre y la sed, la soledad y la oscuridad para verse. Nadie sabía de lo que hablaban. Nadie podía decir qué oscuros pensamientos se fraguaban en aquellas conversaciones. Quedaban a solas, hablaban a solas y solos volvían a casa. En el jardín de Bubb había un cenador cubierto de yedra y rodeado por unos álamos jóvenes que había plantado el padre el día en que nacieron sus dos hijos y cuyo rápido crecimiento contemplaba con orgullo. Estos árboles tapaban el cenador, y era allí donde se veían Harry y Tommy, tras comprobar que no había nadie dentro. Con el tiempo, llegaron incluso a no temer encontrarse con alguien y continuaron viéndose. Pero levantemos el velo del misterio y veamos qué era ese gran desconocido ante cuyo altar se arrodillaban.

En Navidad, a Harry y a Tommy les regalaron una navaja nueva a cada uno. Durante bastante tiempo, casi un año, las dos navajas, bastante parecidas en la forma y en el tamaño, fueron su mayor pasatiempo. Con ellas cortaban y rayaban todo lo que pudiera pasar inadvertido. Actuaban con sigilo pues ninguno quería que la tristeza oscureciera sus momentos de diversión. Su habilidad dejaba muestras en el interior de los cajones, escritorios y cajas, en los bajos de las mesas, en el reverso de los marcos de los cuadros e incluso en el suelo (allí donde se podía levantar disimuladamente la esquina de las alfombras). Cuando comparaban sus hazañas artísticas, les invadía la alegría. No obstante, al cabo de un tiempo, llegó un momento crítico. Tenían que buscar nuevos entretenimientos; se habían cansado de sus viejos juguetes y habían saciado su apetito de ir cortándolo todo por ahí. Tenían que llevar más allá su afán destructivo. De todas formas, no corrían casi ningún riesgo de ser descubiertos porque hacía tiempo que actuaban con total precaución. Pero el riesgo, fuera grande o pequeño, había que correrlo, había que encontrar nuevas diversiones; la tierra se estaba volviendo yerma y el anhelo de emociones se hacía cada vez más fuerte.

El momento de cambio estaba allí: ¿quién podía prever sus consecuencias?

Fanfarria de trompetas[9]

Quedaron en el cenador, decididos a discutir tan grave asunto. Sus corazones latían con fuerza; tenían la cabeza llena de planes y estrategias y los bolsillos llenos de ricos caramelos, más ricos aún por ser robados. Después de comerse los caramelos, los dos conspiradores empezaron a explicar sus respectivos puntos de vista en relación con la idea de ensanchar su campo de acción. Tommy expuso todo orgulloso un plan que consistía en hacer una serie de agujeros en la tabla de armonía del piano con el fin de destruir sus propiedades musicales. Harry no se quedó a la zaga. Había pensado en cortar por la parte de atrás el lienzo del retrato de su bisabuelo, a quien su padre tenía en gran estima entre todos sus lares y penates, de modo que, cuando movieran

el cuadro, la capa de pintura se resquebrajaría y la cabeza se vendría abajo.

A esas alturas de la reunión, Tommy tuvo una idea brillante.

—¿Por qué no duplicamos la diversión y sacrificamos en el altar del placer los instrumentos musicales y los cuadros familiares de las dos casas?

La idea cuajó y la reunión se aplazó para ir a cenar. La próxima vez que se vieron, se dieron cuenta de que había una pieza que no encajaba en el plan, que había algo corrupto en el estado de Dinamarca[10]. Tras un momento de discusión, reconocieron que la vigilancia materna había echado por tierra todos sus planes. Sus madres habían descubierto en parte sus planes y les habían reñido mucho. Por este motivo, tuvieron que abandonar su plan (hasta ese momento, por lo menos, su fuerza física, cada vez mayor, había permitido a los dos reformadores reírse de las amenazas y prohibiciones de sus padres).

Los dos desolados jóvenes sacaron sus navajas y se quedaron contemplándolas. Con tristeza, se quedaron pensativos, como otrora le ocurriera a Otelo[11] cuando vio alejarse para siempre todas las posibilidades de conseguir honor, gloria y triunfo. Compararon sus navajas como hace el típico padre al que se le cae la baba por su hijo. Allí estaban: iguales en tamaño, resistencia y belleza, sin la más mínima mancha de óxido, bien brillantes, y con la hoja como la espada de Saladino[12].

Eran tan idénticas que, de no ser por las iniciales que llevaban grabadas en el mango, ninguno de los dos habría sido capaz de reconocer la suya. Después de un rato, cada uno se puso a alardear de las grandes cualidades de su arma.

Tommy insistía en que la suya estaba más afilada, mientras que Harry afirmaba que la suya era la más resistente de las dos. Poco a poco, aquella disputa verbal se fue caldeando, hasta que el genio de Harry y Tommy salió a relucir y les invadió un sentimiento de odio. En ese momento, el ambiente se enrareció con un espíritu propio de otros tiempos, que llegó a penetrar incluso en el oscuro cenador de Bubb. Ese espíritu les susurró al oído antiguas consignas del rito del sufrimiento y, de repente, el odio se calmó. Por algún inexplicable impulso, los muchachos decidieron que debían poner a prueba la calidad de sus navajas.

Dicho y hecho. Harry puso la hoja de su navaja mirando hacia arriba. Tommy cogió la suya por el mango con fuerza y colocó la hoja sobre la de Harry formando una cruz. Luego, invirtieron el proceso y Harry fue el agresor. Acabado el ritual, comprobaron el resultado. Saltaba a la vista: en cada navaja había dos mellas de igual profundidad. Por tanto, había que repetir la prueba, aunque de otra manera.

¿Qué necesidad hay de contar los detalles de esta terrible disputa? Ya hacía un buen rato que el sol se había escondido y, la luna, con su hermosa cara

sonriente, se alzaba sobre el tejado de Bubb. Harry y Tommy, hartos y exhaustos, se marcharon a sus casas. Las navajas habían perdido para siempre su brillo. ¡Maldición, maldición, la gloria se había desvanecido! ¡Ya solo quedaban los despojos de dos armas inservibles con las hojas melladas!

A pesar de sentirse terriblemente apenados por el destino de sus queridas armas, los corazones de los chicos estaban felices. El día que acababa de terminar les había abierto los ojos a nuevas posibilidades de diversión, tan amplias como los límites del mundo.

La primera cruzada

Aquel día marcó una nueva etapa en la vida de Harry y Tommy. Mientras en sus casas lo soportaran, su nueva diversión iba a seguir adelante. Con mucha sutileza, se fueron haciendo a escondidas con las piezas de la cubertería familiar que ya no usaban, y las fueron llevando, una a una, a sus citas secretas.

De la alacena del mayordomo salían limpias e inmaculadas pero ¡ay, luego no volvían igual!

Con el paso del tiempo ya no quedaron más objetos punzantes, y los muchachos tuvieron que volver a echar mano de su imaginación. Pensaron lo siguiente:

«El juego de la navaja ya no tiene ningún secreto, pero vamos a seguir disfrutando cortando las cosas. Sí, vamos a hacer algo diferente, vamos a seguir divirtiéndonos, pero con otros objetos que no sean las navajas».

Estaba decidido. En adelante, no fueron las navajas las que atrajeron la atención de los dos impetuosos jóvenes. Ahora lo que hacían era machacar y deformar las cucharas y tenedores; las pimenteras luchaban en combate contra las pimenteras, y luego las retiraban moribundas del campo de batalla; las palmatorias se encontraban en medio de la lucha y ya no salían de la tumba. Incluso los fruteros servían como armas en esta cruzada.

Pero se volvió a agotar todo lo que había en la alacena del mayordomo. Empezó una nueva estrategia de destrucción que, en poco tiempo, acabó con todo el mobiliario de los hogares de Harry y Tommy. La señora Santón y la señora Merford empezaron a darse cuenta de que el destrozo era desmesurado. Todos los días parecía ocurrir una nueva desgracia doméstica. Un día era la edición de un libro valiosísimo, cuyas lujosas tapas lo hacían digno de aparecer expuesto en un museo, el que sufría un percance inexplicable: aparecía con las esquinas rotas y con el canto desprendido o sin él. Al día siguiente, el mismo destino horrible lo corría algún marco en miniatura. Al otro día, eran las patas de una silla o de una mesa en forma de araña las que mostraban signos de violencia. Los lamentos salían incluso del cuarto de los

niños. Era algo que ocurría a diario. Cuando las niñas se iban a la cama por la noche, dejaban encima con mucho cuidado sus queridas muñecas pero, al despertarse, se encontraban con que ya no quedaba nada de toda aquella hermosura; les habían amputado las piernas y los brazos, y de sus caras había desaparecido toda apariencia humana.

A continuación, empezaron a desaparecer las piezas de la vajilla. No se pudo encontrar al ladrón. Le echaron la culpa a los mayordomos y se lo descontaron del sueldo, que comenzó a ser más nominal que real. Mientras la señora Melford y la señora Santón se dolían de tanta desgracia, Harry y Tommy gozaban cada vez más con los destrozos que causaban, y apilaban sus trofeos, cada vez en mayor número, en el escondido cenador de Bubb. Se habían aficionado hasta tal punto a cortar las cosas que aquel pasatiempo se convirtió para ellos en una obsesión, en una locura, un frenesí.

Y llegó el aciago día. Los mayordomos de las casas de los Merford y los Santón, atormentados por las constantes desapariciones de objetos y por las continuas quejas, al ver que los descuentos que se les aplicaban en sus sueldos eran mayores que sus salarios, optaron por buscarse una nueva ocupación donde, si no llegaban a cobrar un sueldo aceptable o no se reconocía su labor, sí al menos no perderían dinero ni su reputación. Así, antes de devolver las llaves de la casa y los otros objetos que se les habían confiado, pasaron a revisar sus cuentas con el fin de asegurarse de que todo estaba en orden. Es fácil imaginar su inquietud al comprobar hasta dónde habían llegado los estragos. Si su angustia por el presente era terrible, mayor era su amargura cuando se paraban a pensar en el futuro. Les falló el corazón, arqueado por el peso del dolor; sus fuertes mentes, que antaño habían vencido a enemigos más mortales que la pena, se vinieron abajo; sus fornidos cuerpos se desplomaron en el suelo de sus habitaciones.

Al día siguiente, ya casi de noche, los señores requirieron sus servicios. Los buscaron en el cenador y en el vestíbulo y, al fin, los encontraron a ambos tirados en el suelo.

Pero ¡ay de la justicia! Los acusaron de estar borrachos y de haber roto, mientras se encontraban en tal estado, todos los objetos que estaban a su alcance. ¿Acaso no eran evidentes las pruebas de su culpabilidad a la vista de tal destrozo? Los acusaron de todas las desgracias acaecidas en las dos casas. Tommy y Harry negaron tener nada que ver y, cada uno en su casa, siguieron con su plan. Aliviaron su mente del peso mortal que hasta entonces los había atenazado en secreto. La versión que mantuvieron fue que cada uno de ellos había visto a su respectivo mayordomo, cuando estos creían que nadie los miraba, destrozar los cuchillos de la despensa, las sillas, los libros y los cuadros del salón y del estudio, las muñecas del cuarto de las niñas y los platos de la cocina. Luego, por supuesto, los cabezas de ambas familias reclamaron

que se hiciera justicia. Los mayordomos fueron acusados de embriaguez y de destrozo de la propiedad.

Aquella noche Harry y Tommy durmieron plácidamente en sus camitas. Parecía que oyeran el susurro de los ángeles, porque sonreían como si estuvieran perdidos en sueños placenteros. Llevaban en el bolsillo el premio que les habían dado sus padres en señal de orgullo y gratitud. Sus corazones se sentían felices de haber cumplido con su deber.

Dulce es el sueño de los justos.

Deja que los muertos entierren a sus muertos[13]

Cabría pensar que, a partir de entonces, Harry y Tommy suspenderían sus planes.

Pero no fue así. Tenían unas mentes fuera de lo común y no eran de los que se echan atrás a las primeras de cambio. Como Nelson[14], no conocían el miedo; como Napoleón[15], creían que imposible es un adjetivo propio de tontos, y habían descubierto que entre su léxico no existía la palabra error. Así pues, al día siguiente de haberse esclarecido el delito perpetrado por los mayordomos, volvieron a encontrarse en el cenador para hacer planes.

Cuando más desanimados estaban y parecía que no se les iba a ocurrir nada, los intrépidos muchachos tomaron una decisión:

—Hasta ahora hemos jugado con tonterías, con cosas muertas. ¿Por qué no entrar en los dominios de la vida? Los muertos pertenecen al pasado, que los vivos cuiden de sí mismos.

Se vieron esa noche, cuando ya todo el mundo se había retirado a dormir, y la única señal de vida que se oía era el ronroneo amoroso de los gatos. Cada uno fue al cenador con su mascota, un conejo, y con un trozo de esparadrapo. Allí, a la luz de una luna tranquila y silenciosa, comenzaron un rito marcado por el misterio, la sangre y las tinieblas. Le colocaron a cada conejo un trozo de esparadrapo en la boca para que no hicieran ruido. A continuación, Tommy cogió a su conejo por el rabito. El animal, boca abajo, meneaba su cuerpo blanco a la luz de la luna. Harry puso muy despacio a su conejo en la misma posición que el de Tommy, hasta que las cabezas de los animales estuvieron a la misma altura.

Pero habían calculado mal. Los chicos sostenían con fuerza a los animales por la cola, pero la mayor parte del cuerpo de los conejos tocaba el suelo. Antes de que las pobres criaturas pudieran escapar, sus captores se abalanzaron sobre ellos. Continuaron la tortura, pero esta vez los sujetaron por las patas traseras.

El juego se prolongó hasta altas horas de la noche. Cuando por el cielo de

Levante empezaron a aparecer las primeras señales del nuevo día, cada niño sostenía triunfalmente con sus manos el cadáver de su conejito, y lo colocaron en la que durante algún tiempo fuera su conejera.

A la noche siguiente, repitieron el juego con un nuevo conejo y, durante más de una semana, mientras quedaron conejos, continuó la batalla. Es cierto que había tristeza en los corazones y en los jóvenes espíritus del hijo de los Santón y el de los Merford. También es cierto que se les enrojecían los ojos cuando, una por una, morían sus queridas mascotas, pero Harry y Tommy tenían el corazón de acero de los héroes para aguantar el sufrimiento y no oír los gritos de clemencia que brotaban del fondo de su infancia. Por eso, llevaron aquella feroz lucha hasta su amargo final.

Cuando ya no quedaron conejos, no buscaron otra víctima. Durante varios días se las arreglaron con ratones blancos, lirones, erizos, cobayas, palomas, corderos, canarios, periquitos, pardillos, ardillas, loros, marmotas, caniches, cuervos, tortugas, perros foxterrier y gatos. De todos ellos, como era de esperar, los más difíciles de dominar eran los foxterrier y los gatos y, de estos dos, la dificultad de cortar a un foxterrier comparada con un gato es como intentar descubrir el lac de la Pharmacopoeia británica[16] que se echa a la leche y que los lecheros le cuelan a un público demasiado confiado, cuando no es más que agua. Más de una vez, en plena faena de despellejar gatos, Harry y Tommy hubieran deseado que una silenciosa tumba abriera sus pesadas y macizas mandíbulas y se tragara a aquellas bestias, porque las víctimas felinas no tenían paciencia durante la agonía de la muerte y ponían en peligro la seguridad de los artistas y se tiraban sobre sus verdugos.

Al final, terminaron con todos los animales, pero la pasión por acuchillar seguía aún latente. ¿Cómo acabaría todo aquello?

Una nube recubierta de oro

Tommy y Harry estaban sentados en el cenador, abatidos y desconsolados. Lloraban como Alejandro Magno[17] porque no había más mundo que conquistar. Al final, tuvieron que admitir que no quedaba nada más que acuchillar. Aquella misma mañana habían mantenido una brutal batalla. Su ropa daba buena cuenta de la bestialidad de la misma: sus gorros no eran sino masas amorfas, sus zapatos habían perdido la suela y el tacón y tenían las palas rotas; tenían los tirantes, las mangas y los pantalones completamente desgarrados y, si hubieran llevado esos abrigos tan masculinos de faldones, también habrían quedado hechos trizas.

Acuchillar era una pasión que los obsesionaba. De una manera fiera y continua, se habían visto arrastrados por aquella pasión demoniaca que les impedía hacer el bien. Pero entonces, enardecidos aún por el combate, enloquecidos por su éxito con las armas, con la codicia por la victoria aún por

saciar, decidieron con más ardor que nunca encontrar nuevas formas de diversión. Eran como los tigres, que, una vez probada la sangre, están sedientos de una libación mayor y más intensa.

Mientras permanecían sentados con el espíritu inquieto por el deseo y la desesperación, algún espíritu maligno condujo a los gemelos, los retoños más queridos del árbol de los Bubb, al jardín. Zacariah y Zerubbabel avanzaban de la mano desde la puerta de atrás de la casa; se habían escapado de sus niñeras y, guiados por ese instinto tan innato al ser humano de explorar nuevos mundos, se adentraron valientes en el gran mundo, la terra incognita[18], la última Thule[19] del dominio paterno.

Se fueron acercando a la hilera de álamos detrás de la que los veían aproximarse los ávidos ojos de Harry y Tommy. Ambos sabían que el lugar donde estaban los gemelos era donde solían juntarse a charlar las niñeras. Temían que los descubrieran, si les cortaban la retirada.

Aquellas dos criaturas eran un placer para la vista: idénticos en la forma, en sus rostros, en su altura, la misma expresión y la misma ropa. De hecho, eran tan iguales que nadie podía distinguirlos. Cuando Tommy y Harry se percataron del fascinante parecido entre los gemelos, se volvieron, se cogieron por el hombro y se susurraron al oído:

—¡Mira, son exactamente iguales. Esto va a ser el culmen de nuestro arte!

Con la excitación dibujada en el rostro y las manos temblándoles, hicieron planes para atraer a los inocentes bebés, que no sospechaban nada, hacia el osario.

Y les salió bien. Poco después, los gemelos ya habían dado unos pasos vacilantes hasta sobrepasar los árboles y quedaron fuera de la vista de la casa paterna.

Los vecinos no conocían a Harry y a Tommy precisamente por su amabilidad, pero el sutil método que usaron con aquellos indefensos bebés habría conmovido el corazón de cualquier filántropo. Con una sonrisa y bromas y ardides disfrazados de dulzura consiguieron que los gemelos entraran en el cenador. Después, con la excusa de cogerlos para columpiarlos por el aire, juego que gusta tanto a los niños, los levantaron del suelo. Tommy cogió a Zacariah, mientras su carita de luna sonreía a las telarañas del techo del cenador, y Harry, con gran esfuerzo, levantó al querubín de Zerubbabel.

Ambos tomaron aliento para llevar a cabo aquella gran empresa: Harry para actuar y Tommy para soportar la impresión. Zerubbabel daba vueltas por el aire alrededor de la cara decidida e iluminada por el placer de Harry. A continuación, se produjo un estruendo repugnante y el brazo de Tommy cedió.

El pálido rostro de Zerubbabel cayó justo encima del de Zacariah. Tommy y Harry eran por aquel entonces artistas con una dilatada experiencia, demasiada como para perderse el más mínimo detalle. Las naricillas regordetas se achataron, las mejillas regordetas se aplastaron. Cuando un instante después los separaron, las caras de ambos bebés estaban cubiertas de sangre reseca. El ambiente se llenó de tales chillidos que bien podrían haber despertado a los muertos. Inmediatamente, llegó de la casa de los Bubb el eco de unos gritos y el ruido de unos pasos. A medida que los pasos se aproximaban, Harry le gritó a Tommy:

—Estarán aquí de un momento a otro. Subamos al tejado del establo y tiremos al suelo la escalera.

Tommy asintió con la cabeza. Ambos niños, sin atender a las consecuencias, cogieron cada uno a un gemelo, subieron al tejado del establo por una escalera que solía estar apoyada contra la pared y, luego, la empujaron hacia el suelo.

Ephraim Bubb salió de casa para buscar a sus dos queridos pequeños. Se le heló el alma al contemplar aquel espectáculo: arriba, en el alero del tejado del establo, Harry y Tommy permanecían de pie y se disponían a reiniciar el juego. Parecían dos jóvenes demonios que perpetraran un plan diabólico. Lanzaban a los gemelos por el aire, primero uno y luego el otro y, al caer, chocaba con el cuerpo del hermano. Solo un padre tierno y sensible puede llegar a imaginar cómo se sentía Ephraim. Aquello habría sido suficiente para destrozarse el corazón de cualquier progenitor, por insensible que fuera, que viera a sus dos hijos, el báculo de su vejez, sus amados gemelos, sacrificados en aras de satisfacer el placer brutal de unos jóvenes degenerados que no tenían conciencia alguna de estar perpetrando un crimen.

Ephraim, y también Sophonisba, que había aparecido con los rizos despeinados, se lamentaban a voces ante la desgracia de sus pequeños, y comenzaron a pedir ayuda a gritos. Mas, por alguna extraña mala suerte, solo ellos fueron testigos de aquella carnicería, solo ellos oyeron sus gritos de angustia y desesperación. Ephraim, fuera de sí, se subió a los hombros de su mujer, e intentó escalar la pared del establo.

Agotado, corrió hasta la casa y volvió enseguida con una escopeta de dos cañones. Mientras corría, iba cargando un par de cartuchos. Se acercó al establo y exhortó a los jóvenes asesinos.

—Soltad a los gemelos y bajad o dispararé sobre vosotros como si fuerais un par de perros.

—¡Eso jamás! —exclamaron a un tiempo los dos héroes.

Siguieron con su horrible pasatiempo y, mientras, su alegría se

multiplicaba por diez al comprobar que los ojos agonizantes de los padres se llenaban de lágrimas.

—¡Entonces, vais a morir! —aulló Ephraim en tanto abría fuego por los dos cañones, derecha e izquierda, hacia los dos acuchilladores.

Pero ¡ay, el amor hacia sus pequeños hizo vacilar la mano que nunca antes vacilara! En cuanto se desvaneció la humareda y Ephraim se recuperó del culatazo, escuchó dos carcajadas de victoria y vio que Harry y Tommy estaban ilesos y movían de un lado a otro el cuerpo decapitado de los gemelos. El cariñoso padre había volado la cabeza de sus retoños con los disparos.

Tommy y Harry aullaron de felicidad y empezaron a jugar a pasarse los cuerpos durante un rato, contemplados únicamente por los ojos atónitos del infanticida y de su esposa. Seguidamente, ambos muchachos lanzaron los cuerpos al aire. Ephraim corrió a coger lo que en otro tiempo había sido Zacariah, y Sophonisba acudió frenética a alcanzar los restos de su amado Zerubbabel.

Pero ninguno de los padres tuvo en cuenta el peso de los cuerpos y la altura desde la que caían. Ignorantes de tan sencilla fórmula dinámica, intentaron realizar una operación que la calma, el sentido común y unos mínimos conocimientos científicos habrían tachado de inviable. La masa de los cuerpos cayó al fin, y Ephraim y Sophonisba recibieron el impacto mortal del cuerpo de los gemelos al caer. Así, los bebés fueron póstumamente culpables de parricidio.

Un espabilado juez de instrucción declaró a los padres culpables de infanticidio y suicidio. Se valió para ello del testimonio de Harry y Tommy, quienes declararon de mala gana que aquellos monstruos inhumanos, enajenados por la bebida, habían matado a sus hijos; los habían tirado al aire y habían disparado contra ellos un arma de doble cañón, que previamente habían robado, y los cuerpos de los bebés les cayeron encima como una maldición. Después, se habían matado entre sí con sus propias manos.

A Ephraim y a Sophonisba se les negó el consuelo de un sepelio cristiano y se les enterró con un mínimo ritual. Cercaron su tumba sin bendecir con estacas para dejarlos allí hasta el día del Juicio Final.

Harry y Tommy fueron reconocidos con honores nacionales y los nombraron caballeros, a pesar de su edad.

La fortuna pareció sonreírles durante largos años. Vivieron hasta muy mayores, con buena salud y amados y respetados por todos.

A menudo, en las soleadas tardes de verano, cuando toda la naturaleza parecía descansar, cuando el tonel más viejo estaba abierto y la lámpara más

grande permanecía encendida, cuando las castañas se tostaban en los rescoldos y al niño se le hacía la boca agua, cuando sus bisnietos hacían como si arreglaran el cenador imaginario y recortaran el penacho ficticio de un casco, cuando las lanzaderas de las buenas esposas de sus nietos destellaban cada una en su rueca, solían contar entre gritos y carcajadas la historia de LAS ALMAS GEMELAS O LA MALDICIÓN DE LA DOBLE IDENTIDAD.

El sueño de las manos ensangrentadas

Lo primero que oí acerca de Jacob Settle fue una sencilla afirmación que describía su carácter: «Es un tipo triste». Sin embargo, más tarde me di cuenta de que esa opinión solo expresaba lo que sus compañeros de trabajo pensaban de él. En aquellas palabras había cierto grado de intolerancia; les faltaba el lado positivo que toda opinión que se precie debe tener y que sitúa a la persona en la justa medida de la estima social. Pero había algo que no encajaba con el aspecto del personaje. Esto me dio que pensar y, poco a poco, y a medida que fui conociendo cada vez más el lugar y a sus compañeros de trabajo, fue creciendo mi interés por él. Supe que siempre estaba haciendo favores que podía cumplir y que en todo momento se dejaba guiar por la previsión, la paciencia y el autocontrol, verdaderos valores de la vida. Las mujeres y los niños confiaban ciegamente en él pero, por extraño que parezca, él los evitaba, salvo cuando alguien estaba enfermo; entonces, aparecía tímido y desgarbado para ofrecer su ayuda.

Llevaba una vida muy solitaria. Él mismo se hacía las cosas de casa. Vivía en una pequeña casa de campo, lo más parecida a una cabaña, de una sola habitación y alejada del mundo, en los límites del páramo. Su existencia parecía tan triste y solitaria que me entraron ganas de animarla. Me decidí a ello un día que nos encontramos ayudando a incorporarse a un chico herido, con el que choqué accidentalmente. Fue entonces cuando me ofrecí a prestarle unos libros. Él aceptó de buen grado y, al separarnos, ya al amanecer, sentí que entre nosotros había surgido cierto grado de confianza.

Los libros me los devolvía siempre en perfecto estado y en la fecha convenida y, con el tiempo, Jacob Settle y yo llegamos a ser buenos amigos. Una o dos veces que me decidí a cruzar el páramo en domingo, me reuní con él, pero noté que no se encontraba a gusto ni relajado, por lo que no supe si debía volver a verle o no. Lo que sí sabía es que él nunca vendría a visitarme a mí bajo ninguna circunstancia. Una tarde de domingo, regresaba yo de dar un largo paseo por el páramo y, al pasar por la cabaña de Settle, me detuve en la puerta y pregunté: «¿Qué tal está?». Como la puerta estaba cerrada, pensé que

había salido. Aun así, y para guardar las formas o por simple costumbre, llamé sin esperar respuesta. Para mi sorpresa, oí una débil voz que provenía de dentro, aunque no pude descifrar lo que decía. Entré y me encontré a Jacob medio desnudo y tendido en la cama. Estaba pálido como la muerte. Las gotas de sudor le caían por el rostro. Sus manos se aferraban inconscientemente a las sábanas, del mismo modo que un hombre que se está ahogando se agarra a lo primero que encuentra. Al verme entrar, trató de incorporarse con una expresión salvaje en los ojos; los tenía muy abiertos y miraban como si algo horrible hubiese sucedido. Cuando me reconoció, volvió a tumbarse con un contenido sollozo de alivio y cerró los ojos. Permanecí de pie junto a él apenas un instante mientras jadeaba.

Entonces, abrió los ojos y me miró con una expresión de desesperación tal que, tan cierto como que estoy vivo, mejor habría sido no ver aquella mirada de terror. Me senté a su lado y le pregunté cómo se encontraba. Al principio, solo decía que no estaba enfermo pero, entonces, después de examinarme, se incorporó apoyándose en el codo y dijo:

—Se lo agradezco, señor, le estoy diciendo la verdad. No estoy enfermo, lo que entendemos comúnmente por enfermedad, aunque solo Dios sabe si hay peor enfermedad que la que conocen los médicos. Le contaré lo que me ocurre porque usted ha sido muy amable conmigo. Confío en que nunca se lo mencionará a nadie pues, de hacerlo, sería terrible para mí. Estoy viviendo una auténtica pesadilla.

—¿Una pesadilla? —dije con intención de animarle—. Los sueños desaparecen con la luz, incluso cuando uno despierta.

Entonces, dejé de hablar porque, antes de que pudiera decir nada más, vi la respuesta en su mirada.

—¡No, no! Eso es lo que le sucede a la gente que vive en paz y rodeada de sus seres queridos, pero es mil veces peor para los que tenemos que vivir solos. ¿Qué alegría puedo encontrar aquí cuando me despierto en medio del silencio de la noche, rodeado por este vasto páramo, lleno de voces y rostros que hacen de mi despertar una pesadilla peor que la de mis propios sueños? Usted, no tiene un pasado que le envía sus legiones en la oscuridad y en el vacío. Le ruego a Dios que nunca le ocurra.

A medida que hablaba, me di cuenta de que estaba tan seguro de sus palabras que decidí olvidarme de mi crítica. Sentí que me encontraba en presencia de una influencia que yo mismo era incapaz de comprender. No sabía qué más decirle pero, para alivio mío, continuó hablando:

—He soñado con ello las dos últimas noches. La primera noche fue bastante intenso, pero logré superarlo. Sin embargo, en la última, el temor fue

casi peor que el propio sueño porque, cuando este llegó, acabó con el recuerdo de otros momentos de dolor. Permanecí despierto justo hasta antes de que empezara a amanecer. Después, la pesadilla volvió y, desde entonces, he sentido tal angustia que he creído morir y con ella he sido presa de todos los temores que me acechan esta noche.

Antes de que hubiese terminado la frase, mi mente se había repuesto lo suficiente como para darle algunas palabras de aliento:

—Intente irse a dormir esta noche un poco más temprano, antes de que anochezca. Le aseguro que descansar le vendrá bien. A partir de hoy ya no volverá a tener más pesadillas.

Movió la cabeza resignado. Estuve un poco más a su lado y, después, le dejé solo.

Cuando llegué a casa, preparé mis cosas. Había decidido pasar con Jacob Settle su vigilia en la cabaña del páramo. Pensé que si conseguía dormirse antes de la puesta de sol, se despertaría antes de medianoche y, entonces, justo cuando las campanas de la ciudad diesen las once, yo estaría apostado justo a su puerta con una bolsa con la cena, un termo grande, un par de velas y un libro. La luna brillaba e inundaba todo el páramo con una luz tan intensa que parecía de día. De repente, cruzaron el cielo unas nubes negras, que crearon una oscuridad casi tangible. Abrí la puerta con cuidado y entré sin despertar a Jacob. Dormía boca arriba y pude ver su rostro lívido. Estaba bañado en sudor. Intenté imaginar qué visiones estarían pasando por aquellos ojos cerrados, visiones capaces de llevar consigo el sufrimiento y el dolor que se plasmaban en aquel rostro. No pude hacerme a la idea, y esperé a que se despertara. Fue algo tan repentino y extraño que me estremecí. Mientras se incorporaba y volvía a echarse hacia atrás, de sus labios blanquecinos salió un gemido cavernoso que no debía de ser sino el final de una serie de pensamientos que le habían invadido con anterioridad.

—Si está soñando, debe de ser con algo terrible. ¿Cuál puede ser ese suceso desgraciado del que me habló? —pensé para mis adentros.

Mientras me detenía en este pensamiento, Jacob se dio cuenta de mi presencia. Me sorprendió que no dudase si se encontraba dormido o despierto, tal y como suele sucedemos recién despertados.

Con un grito de alegría, me agarró la mano entre las suyas, húmedas y temblorosas, como un chiquillo atemorizado agarra a alguien a quien ama. Intenté tranquilizarle:

—Ya está, ya está, no pasa nada. He venido para estar con usted, juntos intentaremos luchar contra ese maldito sueño.

De repente, me soltó la mano. Se dejó caer en la cama y se cubrió los ojos con las manos.

—¿Enfrentarnos a ese maldito sueño? ¡No, señor, no! Ninguna fuerza mortal puede enfrentarse a este sueño que proviene de Dios y arde aquí —dijo mientras se golpeaba la frente. A continuación, siguió hablando:

—Es el mismo sueño, siempre el mismo, cada vez más fuerte. Me tortura una y otra vez.

—¿Con qué sueña? —le pregunté creyendo que hablar de ello podría aliviarle.

Se apartó de mí y, tras una larga pausa, dijo:

—No, creo que es mejor no contárselo. Puede que no vuelva a soñar.

Estaba claro que ocultaba algo, algo que se escondía en el sueño.

—Está bien. Espero que no sueñe más pero, si vuelve de nuevo, prometa contármelo, ¿de acuerdo? No se lo pregunto por curiosidad, sino porque creo que hablar de ello puede servirle de ayuda.

Me contestó con solemnidad:

—No se preocupe. Si vuelvo a soñar, le prometo que se lo contaré todo.

Intenté distraerle con cosas más mundanas. Preparé la cena y la compartí con él, incluido el contenido del termo. Después de un rato, se tranquilizó. Me encendí un puro, le di otro a él, y fumamos durante una hora y hablamos de muchos temas. Poco a poco la placidez que sentía su cuerpo se adueñó de su mente, y pude ver cómo las dulces manos del sueño le acariciaban los párpados. También él las sintió. Me dijo que se sentía mejor y que podía dejarle e irme tranquilo, pero le dije que iba a esperar a que amaneciera. Encendí la otra vela y empecé a leer, mientras él se quedaba dormido. Poco a poco me fui ensimismando de tal forma en la lectura que casi se me caía el libro de las manos. Miré y comprobé que Jacob seguía dormido. Me agradó ver en su rostro una expresión de felicidad poco habitual, mientras parecía que sus labios pronunciaban palabras mudas. Regresé de nuevo a la lectura, y me volví a despertar aterrado por una voz que procedía de la cama que estaba junto a mí.

—¡Con esas manos ensangrentadas no, nunca, nunca!

Le miré y me di cuenta de que seguía dormido. Sin embargo, se despertó al instante y no pareció sorprenderse de verme. De nuevo había en él esa extraña indiferencia. Entonces, le dije:

—Settle, cuénteme su sueño. Puede hablar sin miedo. No contaré nada. Mientras vivamos los dos, jamás contaré lo que va a decirme.

—Prometí que se lo contaría, pero es mejor que conozca antes la historia. Así podrá comprenderlo mejor. En mi juventud, fui profesor. Trabajaba en una escuela en una pequeña ciudad del Suroeste de Inglaterra. No hace falta mencionar su nombre. Es mejor que no. Me prometí en matrimonio con una joven a la que amaba y casi adoraba.

»Pero ocurrió lo de siempre. Mientras esperábamos el momento en que pudiésemos tener una casa donde vivir juntos, apareció otro hombre. Tenía casi los mismos años que yo. Era elegante y amable. Tenía todos los atractivos que adoran las mujeres de nuestra clase. Mientras yo estaba trabajando en la escuela, él iba a pescar y ella se encontraba con él. Intenté convencerla, incluso llegué a implorarle que le dejase. Le prometí casarme con ella enseguida y marcharnos de allí, comenzar una nueva vida en un lugar diferente. Pero jamás habría escuchado nada de lo que yo le hubiera dicho. Estaba perdidamente enamorada de él.

»A continuación, decidí hablar con aquel hombre para que la tratara bien. Pensé que la quería y que no habría posibilidad alguna de convencerle. Me dirigí a donde sabía que podría encontrarme con él a solas, y mis temores se confirmaron.

Jacob Settle tuvo que hacer una pausa; parecía como si tuviera algo que le molestara en la garganta. Casi jadeaba al respirar. Después continuó:

—Señor, pongo a Dios por testigo, juro por Dios que no me movía ningún pensamiento egoísta. Amaba tanto a mi querida Mabel que me conformaba con solo una parte de su amor. Había pensado demasiado en mi desgracia como para no darme cuenta de que no tenía nada que hacer. Aquel hombre se comportó de forma insolente conmigo. Usted, señor, que es un caballero, tal vez no sepa lo humillante que puede llegar a ser la insolencia de alguien que se cree superior a ti. Pero conseguí soportarlo. Le supliqué que tratase bien a la joven. Le advertí que si lo que buscaba era simplemente diversión, no iba a conseguir sino romperle el corazón.

»No me preocupaba que ella no le quisiera sino que sufriera. No quería que fuese desgraciada. Pero cuando le pregunté cuándo pensaba casarse con ella, su risa me hizo perder los nervios. Le dije que no me iba a cruzar de brazos para ver cómo mi amada era infeliz. Él también se enfureció y, en su furia, dijo tales crueldades de ella que juré que no iba permitir que siguiera vivo para hacerle daño a mi amada. Solo Dios sabe cómo ocurrió. En esos momentos de ofuscación es difícil recordar cómo se pasa de las palabras a las manos. De repente, me encontré de pie junto a su cadáver. Tenía las manos manchadas del color carmesí de la sangre que le brotaba del cuello roto. Estábamos solos. Él era forastero, ningún familiar le buscaría. Sus huesos deben de estar aún en la represa del río donde lo arrojé. Su ausencia no levantó sospechas. Nadie

preguntó por él, excepto mi pobre Mabel, pero no se atrevió a hablar. Mis esfuerzos no valieron de nada. Tras ausentarme durante unos meses, no podía seguir viviendo en aquel lugar, comprendí que la vergüenza había sido la causa de su muerte. Hasta la fecha pensaba que con aquel acto terrible había conseguido salvar su futuro pero, cuando supe que había llegado demasiado tarde y que mi pobre amada estaba manchada con el pecado de aquel hombre, me invadió un sentimiento de culpabilidad tal que no pude sobrellevarlo.

»Señor, usted, que nunca ha cometido un pecado como aquel, no sabe lo que es cargar con ello. Quizá piense que la rutina puede hacerlo más llevadero, pero no es así. Crece y crece con cada hora que pasa, hasta que se hace insoportable.

»Y con él crece también la seguridad de que ya no hay sitio para mí en el Cielo. Usted no sabe lo que es sentir esto, y le pido a Dios que nunca llegue a sentirlo. Los hombres normales, para los que todo es posible, no suelen pensar en el Cielo. Para ellos el Cielo no es más que una palabra, nada más. Se sienten satisfechos con esperar y dejar que las cosas sigan su curso. Pero para los que estamos condenados a quedarnos fuera para siempre, no puede imaginarse lo que significa, no puede adivinar el eterno deseo de ver las puertas abiertas y de acompañar a las figuras blancas que hay dentro. Ese es mi sueño. Veo la entrada delante de mí. Tiene unas enormes puertas de acero, con unos barrotes del grosor de un mástil, que se alzan hasta las mismísimas nubes. Los barrotes están tan juntos unos de otros que entre ellos solo se alcanza a ver una gruta de cristal, en cuyos brillantes muros están talladas muchas figuras con vestiduras blancas cuyos rostros irradian alegría. Cuando estoy frente a la puerta, mi corazón y mi alma se encuentran tan extasiados y tan llenos de deseo que me olvido de todo. Y allí, junto a la puerta, hay dos poderosos ángeles que agitan sus alas con una mirada terriblemente grave. Cada uno de ellos sostiene en una mano una espada llameante y en la otra lleva un manojo de llaves que mueve suavemente de un lado a otro. Más cerca hay unas figuras cubiertas de negro, con la cabeza tapada por completo, solo se les ven los ojos. A todo aquel que llega le dan unas vestiduras blancas como las que llevan los ángeles. Un suave murmullo anuncia que todos deben ponerse la túnica, que no deben mancharla o, de lo contrario, los ángeles no les dejarán pasar y les golpearán con las espadas. Yo estoy ansioso por ponerme mi túnica; rápidamente me la echo por encima y voy corriendo hacia la puerta. No se mueve. Los ángeles abren la cerradura y señalan mi túnica. Yo miro hacia abajo y me horrorizo al verla toda ella manchada de sangre.

»Mis manos están rojas, brillan con la sangre que gotea de ellas, igual que ocurrió aquel día en la ribera del río. Y, entonces, los ángeles alzan sus ardientes espadas para acabar conmigo. Me invade un terror enorme y me despierto. Una y otra vez, este sueño regresa una y otra vez. Nunca aprendo

del sueño anterior, nunca lo recuerdo. Al empezar a soñar, la esperanza siempre está ahí presente para hacer que el final sea cada vez más cruel. Sé que este sueño no viene de la oscuridad de la que provienen el resto de los sueños, Dios me lo envía como castigo. Nunca, nunca seré capaz de atravesar la puerta. La mancha de mi túnica siempre vendrá de estas manos asesinas.

Escuché medio hechizado las palabras de Jacob Settle. Había algo extraño en el tono de su voz, algo tan místico y ensoñador en sus ojos que me atravesaban como un espíritu del más allá, algo tan solemne en su acento y en tan marcado contraste con su ropa raída y la pobreza que le rodeaba que llegué a pensar que todo aquello no era más que un sueño.

Permanecimos en silencio durante mucho tiempo. Con creciente asombro, continué observando a aquel hombre que tenía frente a mí. Ahora que me había confesado su secreto, su alma, que había vuelto a la realidad, parecía erigirse de nuevo con renovada fuerza. Cualquiera se hubiera horrorizado con su historia pero, aunque resulte extraño decirlo, yo no lo estaba. No es agradable en absoluto escuchar la confesión de un asesino, pero este pobre hombre parecía no solo haberse visto llevado a ello, sino tan arrepentido que yo no me sentía capaz de juzgarle. Quería tranquilizarle, así que le hablé con toda la calma de que fui capaz, aunque mi corazón latía con fuerza.

—No desespere, Jacob Settle. Dios es bueno y misericordioso. Viva con la esperanza de que algún día se sentirá liberado del pasado.

A continuación, me callé porque me di cuenta de que el sueño, un sueño natural esta vez, se aproximaba sigilosamente hacia él.

—Váyase a dormir —le dije—. Me quedaré aquí con usted y no tendrá más pesadillas esta noche.

Hizo un esfuerzo por calmarse y me contestó:

—No sé cómo agradecerle lo bueno que es conmigo, pero creo que es mejor que me deje a solas. Intentaré dormir. Es como si el habérselo contado todo me hubiera quitado un peso de encima. Debo luchar yo solo por mi vida.

—Me iré, si es lo que desea —le contesté—, pero deje que le dé un consejo: no viva tan solo. Vaya a donde haya otros hombres y mujeres. Viva entre ellos. Comparta sus alegrías y tristezas, eso le ayudará a olvidar. Esta soledad le hará enloquecer.

—Le haré caso —contestó ya medio inconsciente mientras el sueño se adueñaba de él.

Me volví para marcharme y él me siguió con la mirada. Toqué el cerrojo de la puerta, lo solté y me dirigí de nuevo a la cama. Le tendí la mano; él la estrechó entre las suyas mientras se incorporaba. Entonces, le di las buenas

noches e, intentando animarle, le dije:

—Valor, hombre, valor. Quedan muchas cosas por hacer en este mundo, Jacob Settle. Algún día podrá vestir esa túnica blanca y atravesará la puerta de acero.

A continuación, le dejé solo. Una semana después me encontré su cabaña vacía. Pregunté en la fábrica y me dijeron que se había marchado al Norte, aunque nadie supo decirme exactamente a dónde.

Dos años más tarde, disfrutaba yo de unos días en Glasgow en compañía de mi amigo el doctor Munro. El doctor era un hombre muy ocupado y no disponía de mucho tiempo libre para estar conmigo, así que yo me pasaba el día haciendo excursiones a los Trossachs, a Loch Katrine y a El Clyde.

El segundo día de estar allí, regresé un poco más tarde de lo habitual, pero mi anfitrión tampoco estaba en casa. La criada me dijo que le habían llamado del hospital por un accidente ocurrido en las obras de la conducción del gas y que la cena se posponía una hora. Le dije que daría un paseo y que iba a buscar a su señor. Ambos regresaríamos juntos. Me encontré con él en el hospital lavándose las manos para regresar a casa.

Le pregunté cuál había sido el motivo del accidente.

—¡Lo de siempre! Una cuerda podrida y, sin más explicación, unos hombres pierden la vida. Dos hombres estaban trabajando en el gasómetro, cuando la cuerda que sostenía el andamiaje se partió. Debió de ocurrir justo antes de la hora de la cena, porque nadie se dio cuenta de que faltaban hasta que volvieron al trabajo. En el gasómetro había más de siete pies de agua. Tuvo que ser muy duro, pobre gente. Uno de ellos estaba vivo, pero nos costó mucho sacarlo. Parecía como si le debiera la vida a su compañero, nunca he visto nada tan heroico. Nadaron juntos mientras les quedaban fuerzas pero, al final, estaban tan agotados que, a pesar de las luces que tenían por encima y de los hombres que bajaron con cuerdas, no pudieron salvarse. Uno de ellos se puso de pie sobre el fondo y alzó a su compañero por encima de su cabeza. Ese esfuerzo le llevó a la muerte. Fue horrible cuando los sacaron. El agua, mezclada con el gas y el alquitrán, tenía el aspecto de un tinte de color morado. Parecía como si el hombre que estaba más arriba estuviera bañado en sangre. ¡Puuag!

—¿Y el otro?

—Ese estaba aún peor, pero debió de ser un gran compañero. La lucha bajo el agua tuvo que ser espantosa. No había más que ver cómo le chorreaba la sangre por las extremidades. Al mirarle, parecía como si tuviera estigmas. Estoy seguro de que el valor de ese hombre podría haber cambiado el mundo por completo. Con él se abrirían las puertas del Cielo. Mira esto. No es que sea

muy agradable, sobre todo antes de cenar, pero eres escritor y se trata de un caso extraño. Hay algo que no puedes perderte, casi seguro que nunca vas a ver algo parecido.

Mientras hablaba, me llevó hacia el depósito de cadáveres del hospital. En el ataúd había un cuerpo cubierto con una sábana blanca, que lo envolvía.

—Parece una crisálida, ¿verdad? Jack, si alguna vez el alma del ser humano se ha representado como una mariposa, la que ha salido de esta crisálida debe de ser muy hermosa y sus alas deben de tener todos los colores del arco iris. ¡Mira!

Y descubrió el rostro del cadáver. Era horrible, parecía como si estuviera teñido de sangre. Pero le reconocí enseguida. ¡Era Jacob Settle!

Mi amigo tiró de la sábana hacia atrás. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho púrpura, como si alguien de buen corazón se hubiera preocupado en colocárselas así. Cuando las vi, mi corazón empezó a latir con fuerza y se me vino a la mente aquel sueño suyo tan terrible. Aquellas valientes manos estaban inmaculadas, no tenían ni el más mínimo rastro de tinte.

De alguna manera, mientras le miraba, supe que el maldito sueño había terminado para siempre. Aquella alma noble había encontrado la forma de cruzar la puerta. Las manos, apoyadas en la túnica blanca que le cubría, estaban limpias de culpa.

Una profecía gitana

—Creo que lo mejor —dijo el doctor— es que uno de nosotros vaya a comprobar si se trata o no de un engaño.

—De acuerdo —contestó Considine—. Cuando acabemos de cenar, nos fumamos un puro y nos acercamos al campamento.

Y así, después de cenar, y tras haber terminado el Latour[20], Joshua Considine y su amigo el doctor Burleigh se encaminaron hacia el lado este del páramo, donde se levantaba el campamento gitano. Según salían, Mary Considine, que se había acercado hasta el final del jardín, justo donde empezaba el camino, llamó a su marido:

—Joshua, por favor, recuerda que vas a darles una oportunidad, no la fórmula para hacerse ricos. No tontees con ninguna mujer gitana ni dejes que Gerald haga ninguna tontería.

Considine alzó la mano como única respuesta, como si estuviera haciendo

un juramento, y se puso a silbar la vieja canción «La Condesa Gitana[21]». Gerald se le unió en la melodía y, entre risas, saludaron una y otra vez con la mano a Mary, que estaba apoyada en la verja contemplando cómo se alejaban a la luz del atardecer.

Era una hermosa noche de verano. Todo estaba en completa calma y se respiraba una felicidad serena, como si aquella alegría y aquel sosiego hubieran hecho del hogar de la joven pareja un paraíso. La vida de Considine había sido bastante normal. El único acontecimiento digno de mención, del que él tuviera conciencia, había sido su relación con Mary Winston y la continua oposición de sus ambiciosos padres, que esperaban un buen partido para su única hija.

Cuando el señor y la señora Winston descubrieron el amor que su hija sentía por aquel joven abogado, intentaron mantener separada a la joven pareja. Enviaron a su hija fuera a hacer un sinfín de visitas y le hicieron prometer que no escribiría a su enamorado durante su ausencia. Pero Amor pasó la prueba. Ni la lejanía ni la falta de noticias parecieron enfriar la pasión del joven, quien no conocía los celos. Así, y tras una larga espera, los padres cedieron y los jóvenes se casaron.

Vivieron unos meses en la casa de campo y empezaron a sentirse cómodos. Una semana antes, había ido a pasar unos días con ellos Gerald Burleigh, un viejo compañero de Joshua y víctima en el pasado de la belleza de Mary. Se quedaría allí hasta que se lo permitiera su trabajo en Londres.

Cuando ya casi no veía a lo lejos a su marido, Mary entró en la casa, se sentó al piano y tocó durante una hora a Mendelssohn[22].

No era más que un corto paseo por los alrededores. Antes de que se les acabaran los puros, los dos hombres habían llegado ya al campamento gitano. El lugar era tan pintoresco como suele serlo este tipo de sitios (cuando acampan en los pueblos y el negocio se da bien). Había algunas personas alrededor del fuego jugando, y otras muchas, bien porque fueran más pobres o más tacañas, se mantenían apartadas a un lado, pero lo suficientemente cerca como para ver lo que sucedía.

A medida que los dos caballeros se iban acercando, los gitanos, que conocían a Joshua, se apartaban. De entre ellos salió una hermosa y dulce muchacha y les preguntó si querían que les dijese la buenaventura. Joshua acercó hacia ella su mano, pero la chica, como si no se hubiera dado cuenta del gesto, le miró a la cara de una forma muy extraña. Gerald le dio un codazo.

—Tienes que darle una moneda de plata. Forma parte del misterio.

Joshua sacó del bolsillo media corona y se la alargó pero, sin atender a lo que ocurría, la joven respondió:

—Tiene que darme una moneda de oro.

Gerald se echó a reír:

—Vales mucho —añadió.

Joshua era de ese tipo de hombres que son capaces de mantener la mirada de una joven. Por eso, tras dudarlo un instante, contestó:

—De acuerdo. Toma, cariño, pero no olvides que tienes que decirme algo bueno —y le dio medio soberano.

Ella lo cogió y dijo:

—No soy yo quien va a darte buena o mala suerte, solo leo lo que dicen las estrellas.

Le cogió la mano derecha y volvió la palma hacia arriba. Nada más verla, la soltó, como si estuviera ardiendo, y asustada, se marchó corriendo. Alzó la cortina de una tienda enorme que estaba situada en el centro del campamento y desapareció.

—Te han vuelto a engañar —dijo con cierto cinismo Gerald.

Joshua estaba un poco asombrado y no del todo satisfecho. Los dos hombres miraron hacia la tienda. De ella no salió la muchacha, sino una mujer de mediana edad, de porte elegante y cuya sola presencia imponía respeto.

El silencio pareció invadir todo el campamento. Durante unos segundos cesó el alboroto, las risas y el ruido. Los hombres y las mujeres, ya estuvieran sentados, agachados en cuclillas o recostados, se pusieron de pie y miraron a la señorial gitana.

—La Reina —susurró Gerald—. Es nuestra noche de suerte.

La Reina miró con sus ojos penetrantes todo el campamento y, sin dudarlo, se acercó a Joshua y se detuvo ante él.

—Enséñeme la mano —dijo en tono imperativo.

Gerald susurró otra vez:

—Nadie me hablaba así desde que estuve en el colegio.

—Ponga una moneda de oro en su mano.

—Ese es el misterio del juego —susurró Gerald, mientras Joshua volvía a poner otro soberano en la palma de su mano.

La gitana miró la mano y frunció el ceño. Le miró a la cara y dijo:

—¿Tiene un corazón lo bastante grande, una voluntad lo bastante fuerte como para luchar por la persona que ama?

—Eso espero. Me temo que no tengo la vanidad suficiente como para responder con un rotundo sí.

—Entonces, yo contestaré por usted. Veo la valentía en su rostro, cierto valor que no se detendría ante nada. ¿Tiene usted mujer, la ama?

—Sí —respondió categóricamente.

—Debe dejarla enseguida, no debe volver a verla nunca más. Apártese de ella, ahora que todavía siente amor y que su corazón está exento de maldad. Ha de darse prisa, huya lejos y no vuelva a verla.

Joshua retiró la mano y le dio las gracias en un tono duro, pero sarcástico.

—Ya te lo advertí —dijo Gerald—. Sabía que no te iba a gustar. Pero no tiene ningún sentido enfadarse con las estrellas ni con sus profetas. No tires tu dinero. Al menos, escucha lo que dice.

—¡Cállese, blasfemo! —le ordenó la Reina—. No sabe ni lo que dice. Deje que se vaya, que se vaya sin escucharme, si no quiere hacerme caso.

Joshua se volvió:

—Sea lo que sea —dijo—, prefiero que me lo diga. Señora, usted me ha dado un consejo y yo le he pagado para que me leyera la buenaventura.

—¡Tenga cuidado! —dijo la gitana—. Las estrellas han estado calladas durante mucho tiempo. No haga que desvelen el misterio ahora.

—Señora, no todos los días se encuentra uno con un misterio y, ya que he le pagado, prefiero saberlo todo. Cuando me propongo algo, no paro hasta conseguirlo.

Gerald repitió el mismo pensamiento:

—No tenemos nada que perder.

La Reina gitana les lanzó una mirada severa y, a continuación, dijo:

—Como quieran. Ustedes deciden. No han querido hacer caso de mi advertencia. ¡Que sobre sus cabezas se cierna la maldición!

—¡Amén! —respondió Gerald.

La Reina agarró de nuevo la mano de Joshua y comenzó a decirle la buenaventura.

—Veó sangre, la sangre va a correr dentro de poco. La veo correr. Fluye entre un anillo partido en dos.

—¡Vámonos! —dijo Joshua con una sonrisa. Gerald permanecía en silencio.

—¿Quieren que sea más explícita?

—Por supuesto. A los mortales nos gustan las cosas claras. Las estrellas están muy lejos y sus palabras no nos dicen demasiado.

La gitana se estremeció y habló en un tono sobrecogedor:

—¡Es la mano de un asesino, del asesino de su mujer!

Soltó la mano y se volvió de espaldas.

Joshua se rio.

—¿Sabe? —le dijo—. Creo que, si yo fuera usted, sería más convincente. Por ejemplo, usted ha dicho: «Es la mano de un asesino». Bien, lo que pueda ocurrir en el futuro no tiene demasiado sentido ahora, en el presente. Usted debería decir la buena ventura en términos como «esta será la mano de un asesino», mejor dicho, «la mano de alguien que asesinará a su mujer». Veo que a las estrellas no se les da muy bien esto de las cuestiones técnicas.

La gitana no dijo ni una sola palabra pero, desanimada y mirando hacia el suelo, se dirigió hacia la tienda. Levantó la cortina y desapareció.

Los dos hombres se encaminaron de vuelta a casa en silencio y atravesaron el páramo. Tras dudarlo unos instantes, Gerald rompió el silencio.

—No es más que una broma, una broma de mal gusto, pero no deja de ser una broma. ¿No sería bueno no contarle?

—¿Qué quieres decir?

—No se lo cuentes a tu mujer. Podría asustarse.

—¿Asustarse? Querido Gerald, ¿qué quieres decirme con eso? Mary no se asustaría ni tendría miedo de mí ni aunque todos los gitanos del mundo, que nunca son de Bohemia, le dijeran que yo voy a asesinarla o que quiero lo peor para ella.

Ante aquellas palabras, Gerald protestó:

—Querido amigo, las mujeres son mucho más supersticiosas que nosotros, los hombres. Además, tienen un sistema nervioso diferente al nuestro. Lo veo todos los días en mi trabajo. Hazme caso, no se lo digas. Vas a asustarla.

Mientras le respondía, Joshua endureció sin darse cuenta la expresión de su rostro:

—Mi querido amigo, nunca tendría secretos con mi mujer. De ser así, todo cambiaría entre nosotros. No nos tenemos secretos. Pero si algún día ocurre, puedes empezar a pensar que hay algo raro.

—Bueno —dijo Gerald—. Para impedir que pase nada desagradable, te

vuelvo a pedir que me hagas caso.

—Eso mismo dijo la gitana —añadió Joshua—. Parece que os habéis puesto de acuerdo. Dime, ¿lo teníais preparado? Porque fuiste tú quien me habló del campamento gitano. ¿Lo arreglaste todo con Su Majestad?

Lo dijo en un tono burlón. Gerald le aseguró que había oído hablar por primera vez del campamento aquella mañana y se rio de las preguntas que le había hecho su amigo. Entre broma y broma llegaron de vuelta a la casa.

Mary estaba sentada junto al piano, pero no tocaba. El anochecer la había llenado de melancolía y las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Al entrar los dos hombres, se acercó a su marido y le besó. Joshua estaba serio.

—Mary —le dijo en un tono seco—, antes de acercarte, escucha las palabras del Destino. Las estrellas han hablado y se avecina la tragedia.

—¿Qué dices, cariño? Cuéntame lo que han dicho las estrellas, pero no me asustes.

—No quiero asustarte, mi amor, pero hay algo que debes saber. Mejor dicho, debes saberlo para que todo salga bien.

—Cuéntamelo todo, cariño. Te escucho.

—Mary Considine, tu figura bien podría estar en el Museo Madame Tussaud. Las imprudentes estrellas han traído un hado funesto: esta mano está manchada de sangre, de tu sangre. ¡Mary, Dios mío!

Corrió hacia ella, pero fue demasiado tarde. Su mujer cayó al suelo desmayada.

—Te lo advertí —dijo Gerald—. Las conozco mejor que tú.

Tras unos instantes Mary recobró la consciencia, pero le dio un ataque de nervios. Se reía, lloraba, deliraba y gritaba:

—Apártate de mí, Joshua.

Estas y otras palabras de súplica y miedo salían de su boca.

A Joshua Considine le invadió la angustia. Cuando Mary se tranquilizó, se arrodilló a su lado y le besó los pies, las manos, el cabello; le dijo palabras tiernas y la llamó con los nombres más dulces que conocía. Se pasó toda la noche sentado junto a ella, con sus manos entre las suyas. Cuando estaba a punto de amanecer, la joven se despertó y gritó como si tuviera miedo, pero se calmó al ver que su marido estaba a su lado.

Desayunaron tarde y, mientras, Joshua recibió un telegrama. Le reclamaban en Withering, a unas veinte millas de allí. No le apetecía ir, pero seguro que Mary no querría que se quedase. Así que salió solo antes del

mediodía en su coche de caballos.

Cuando se hubo marchado, Mary se retiró a su habitación. No bajó a comer, pero sí salió a reunirse con su invitado a tomar el té en el jardín debajo del sauce llorón. Apenas se percibía en ella rastro alguno de la enfermedad de la noche anterior. Después de charlar de forma desenfadada durante un rato, la joven le dijo a Gerald:

—Anoche me comporté como una estúpida, pero no pude evitar asustarme. Incluso ahora, me quedo helada solo de pensarlo. Pero, al fin y al cabo, puede que solo sean imaginaciones de esa gente. Sin embargo, sé qué hacer para descubrir si era mentira, si es que lo era realmente —apuntilló con cierto tono de tristeza en la voz.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Gerald.

—Voy a ir al campamento gitano para que la Reina me diga la buenaventura.

—¡Estupendo! ¿Puedo ir contigo?

—¡No, no saldría bien! Podría reconocerte, nos relacionaría e intentaría no contradecirse. Iré yo sola esta noche.

Cuando se hizo de noche, Mary Considine se encaminó hacia el campamento gitano. Gerald la acompañó hasta el límite del campamento y volvió solo.

Apenas había transcurrido media hora cuando Mary entró en el salón. Allí estaba Gerald sentado en un sofá leyendo. Estaba terriblemente pálida y nerviosa. Nada más traspasar la puerta, se dejó caer en el suelo y comenzó a llorar sobre la alfombra. Gerald corrió a ayudarla. No sin gran esfuerzo, la joven consiguió calmarse y le indicó con la mano que no dijera nada. Él la obedeció, y fue el mejor remedio porque, en unos minutos, estaba recuperada y pudo contarle lo que había ocurrido.

—Cuando llegué al campamento, parecía como si no hubiera ni un alma. Me coloqué en el centro y me quedé allí quieta. De repente, apareció a mi lado una mujer alta. «Algo me dice que quiere verme», me dijo. Extendí la mano y puse una moneda de plata en ella. La mujer se quitó del cuello una fina cadena de oro y me la puso también en la mano. Entonces, cogió la moneda y la cadena y las lanzó al riachuelo que pasa por allí. Sujetó mis manos entre las suyas y me dijo: «Solo veo sangre», y se volvió para irse. La agarré y le pedí que me contara algo más. Dudó unos instantes pero, al final, se decidió a continuar. «Te veo tendida a los pies de tu marido. Sus manos están llenas de sangre».

Gerald se sentía incómodo y trató de tomárselo a risa.

—Claro —dijo—. Lo que pasa es que a esa mujer le vuelve loca la sangre.

—No te burles —le respondió Mary—. No lo soporto. —Y, movida por un impulso repentino, se fue de la habitación.

Poco después, regresó Joshua, alegre, animado y tan hambriento como un cazador tras un largo día de caza. Su mujer, que ahora parecía mucho más animada, se puso muy contenta al verle, pero no le contó nada de su visita al campamento gitano, y Gerald tampoco dijo la más mínima palabra sobre aquello. Como si se tratara de un acuerdo tácito, no mencionaron el tema durante toda la velada. Pero Gerald no pudo dejar de observar algo extraño en la mirada de Mary.

A la mañana siguiente, Joshua bajó a desayunar más tarde de lo habitual. Mary ya llevaba despierta y dando vueltas por la casa desde hacía casi una hora pero, a medida que iba pasando el tiempo, parecía cada vez más nerviosa y su mirada volvía a reflejar de nuevo cierta angustia. Gerald se dio cuenta de que nadie podía con el desayuno. Las chuletas estaban duras y los cuchillos no cortaban. Él no era más que un invitado y, por supuesto, no dijo nada, pero pudo ver a Joshua pasando el dedo pulgar por la hoja del cuchillo en actitud medio ausente. Al verlo, Mary se puso pálida y casi perdió el conocimiento.

Después de desayunar, salieron al jardín. Mary se puso a coger flores para hacer un ramo, y le dijo a su marido:

—Corta unas cuantas rosas de té, cariño.

Joshua cogió algunas de las que había a la entrada de la casa. Dobló los tallos, pero eran demasiado fuertes para partirlos. Se metió la mano en el bolsillo y buscó su navaja. No la tenía.

—Gerald, déjame tu navaja.

Como Gerald tampoco tenía, Joshua fue a la sala donde habían desayunado y cogió un cuchillo de encima de la mesa. Salió al jardín. Iba pasando el dedo por la hoja y refunfuñando:

—¿Qué les ha pasado a los cuchillos? Parece como si hubieran cortado con ellos tierra.

Mary se dio la vuelta y entró en casa. Joshua intentó cortar los tallos con el cuchillo desafilado, como cuando los cocineros cortan el cuello a los pollos o los colegiales cortan una cuerda. No le costó mucho y, como vio que había muchas rosas, decidió hacer un ramo grande.

En el aparador donde se guardaban los cubiertos no había ni un solo cuchillo afilado. Llamó a Mary y le contó lo que pasaba. Ella estaba tan nerviosa y triste que Joshua se dio cuenta y, asombrado y dolido, le preguntó:

—¿Has hecho tú esto?

Ella le interrumpió:

—¡Joshua, tenía miedo!

Él permaneció en silencio unos instantes. Su rostro se le fue poniendo cada vez más pálido y rígido:

—¡Mary! —le dijo—, ¿es esto todo lo que confías en mí? Jamás habría pensado nada igual de ti.

—¡Joshua, Joshua! —gritó suplicándole—. ¡Perdóname!

Y comenzó a llorar con amargura.

Joshua se quedó pensativo y añadió:

—Ya sé lo que está pasando. O terminamos con esta historia o nos vamos a volver todos locos.

Entró corriendo en el salón.

—¿Adónde vas? —le gritó Mary.

Gerald comprendió lo que quería decir su amigo: no se iba a conformar con unos cuchillos que no cortaban solo porque lo dijera una superstición. Así, no se sorprendió cuando le vio a través de la contraventana con un enorme cuchillo gurja, que solía estar en la mesa de centro y que su hermano le había traído del norte de la India. Era uno de esos grandes cuchillos de caza que se utilizaban durante los motines contra los enemigos de los leales gurjas[23]. Pesaban bastante, pero se manejaban con facilidad y parecían más ligeros de lo que realmente eran. La hoja cortaba como una cuchilla. Un gurja era capaz de partir una oveja en dos con uno de ellos.

Cuando Mary lo vio salir de la habitación con el arma en la mano, dio un grito de terror y volvió a sufrir un nuevo ataque de nervios.

Joshua corrió hacia ella y, al verla desvanecerse, arrojó a un lado el cuchillo e intentó cogerla.

Pero le faltó un segundo, solo uno. Los dos hombres gritaron a la vez cuando la vieron desplomarse sobre la hoja desnuda.

Cuando Gerald se abalanzó sobre ella, vio que, en la caída, la mano de la joven se había golpeado contra la hoja del cuchillo, que permanecía con la parte afilada hacia arriba sobre la hierba. El corte le había seccionado algunas pequeñas venas y la sangre brotaba de la herida. Mientras le taponaba el corte, le dijo a Joshua que el cuchillo había cortado también la alianza.

La joven había perdido el conocimiento, y la llevaron dentro de casa. Poco

después, volvió en sí. Llevaba el brazo en cabestrillo, pero se sentía tranquila y feliz. Le dijo a su marido:

—La gitana estuvo muy cerca de la verdad, demasiado cerca para que se cumpliera, cariño.

Joshua se inclinó sobre ella y le besó la mano herida.

La cadena del destino

El aviso

El día que llegué a Scarp era tan tarde que apenas me di cuenta del aspecto exterior de la casa pero, por lo que pude apreciar a la débil luz del crepúsculo, se trataba de un edificio majestuoso, de aspecto bastante antiguo y construido en piedra blanca. Sin embargo, al atravesar el pórtico, pude apreciar más de cerca su belleza: en el vestíbulo ardía una gran chimenea y todas las habitaciones y pasillos estaban iluminados. El vestíbulo podía ser, por su tamaño, el de un palacio y daba a una escalera de roble oscuro tan ancha y empinada que casi podía subir por ella un carruaje. Las habitaciones eran espaciosas, de techos altos y con las paredes revestidas de roble negro igual que la escalera. Este oscuro material habría hecho que la casa pareciera terriblemente lóbrega de no ser por lo espacioso y alto de las habitaciones y los pasillos. La impresión que causaba era una acogedora combinación de calidez y estilo. Las ventanas estaban encajadas en profundos alféizares y, en la planta baja, casi llegaban desde el suelo hasta el techo. Las chimeneas eran de estilo antiguo, grandes y con tallas de roble macizo, que representaban escenas de la Historia Sagrada. A ambos lados de las mismas se erguían dos atizadores de hierro macizo con forma de perro. Era justo el tipo de edificio que hubiera emocionado a Washington Irving[24] o a Nathaniel Hawthorne[25].

Hacía poco que habían restaurado la casa, sin olvidar por ello las comodidades, y le habían añadido todas aquellas mejoras que pudieran hacer más acogedoras las habitaciones. Las viejas ventanas de hoja romboidal, que probablemente databan de la época isabelina, habían sido sustituidas por otras de vidrio, mucho más prácticas. Y, de idéntica manera, se habían incorporado otros muchos cambios, pero se había hecho con tan buen gusto que nada de lo antiguo desentonaba con lo moderno. Se había conseguido una armonía de conjunto.

Pensé que no era nada extraño que la señora Trevor se hubiera enamorado de aquel lugar nada más verlo. Solo le bastó decir que le gustaba para que su

marido se lo comprara, pues era lo suficientemente rico como para permitirse casi cualquier cosa que pudiera conseguirse con dinero. Era un hombre de buen gusto pero, en este aspecto, se sentía inferior a su mujer, por lo que ni se atrevía a llevarle la contraria en algo en lo que hubiera que elegir o dar su opinión. Sin lugar a dudas, la señora Trevor tenía el gusto más refinado que he visto nunca y, curiosamente, ese buen gusto no se limitaba a una rama específica del arte. Ni escribía, ni pintaba, ni cantaba, pero sus amigos jamás ponían en entredicho sus opiniones sobre literatura, pintura o música. Parecía como si la naturaleza le hubiese negado el don de expresarse en cualquiera de estas artes pero, a cambio, le había concedido el talento de distinguir lo auténtico y lo bello. Era toda una experta en el buen gusto, en el arte de la vida diaria. Su marido solía decir en tono de broma que estaba seguro de que su ascendente era Libra, pues todo lo que decía y hacía mostraba un equilibrio perfecto.

El señor y la señora Trevor hacían una pareja perfecta. No parecían dos personas distintas, sino una sola. Tenían algo del concepto francés de marido y esposa: lo menos que podían ser era amigos, pues les unían una serie de lazos indisolubles, que les obligaban a compartir tanto las alegrías como las penas. Lo primero compensaba con creces lo segundo. Eran tan alegres que sabían disfrutar de todo, incluso sabían encontrar consuelo cuando los golpeaba la mala suerte. A pesar de todo, por debajo de esa fachada de felicidad, discurría un hilo de preocupación, que afloraba en el momento menos pensado, para volver a desaparecer de nuevo, pero que le daba un tono apagado a todo el tejido: no tenían hijos.

Había en ellos una sombra de tristeza pero, llegado el momento,
su dolor se convirtió en un aliento
que se transformó de nuevo en calma,
y dejó a su paso un deseo desconocido[26].

Había algo de sencillez y santidad en su forma de sobrellevar aquella existencia solitaria (una casa sin niños siempre resulta triste para quienes se aman de verdad). El suyo no era el deseo impaciente y frustrado de aquellos cuya unión es estéril. Vivían en esa resignación sencilla, paciente y desesperanzada de quien se ha dado cuenta de que una pena compartida une más que muchas alegrías. Solo con ver la forma en que me trataban, pude percibir el calor de sus corazones y su fuerte sentimiento paternal.

Desde que estuve enfermo en la universidad, momento en que la señora Trevor apareció ante mis febriles ojos como un ángel, sentí cómo el cariño hacia mí se apoderaba de sus corazones. Nadie puede imaginar mi gratitud hacia una dama que, por el simple hecho de enterarse por un amigo de la

universidad de que yo estaba enfermo y solo, vino y me cuidó día y noche hasta que me desapareció la fiebre. Cuando tuve fuerzas suficientes para moverme, me llevó al campo, donde el aire puro, la atención y los cuidados me hicieron sentir más fuerte que nunca.

Desde aquel entonces, me convertí en un invitado habitual en casa de los Trevor y, a medida que pasaban los meses, me fui dando cuenta de que me querían cada vez más. Durante cuatro veranos seguidos, pasé las vacaciones en su casa. Cada año sentía que, cuando el señor Trevor me daba la mano, lo hacía cada vez con más cordialidad, y el beso que su esposa me daba en la frente, a modo de saludo, se hacía más tierno y maternal.

Su cariño hacia mí era tal que, en el fondo de sus corazones, un lugar sagrado para ambos, me amaban como a un hijo. Aquel muchacho solitario, cuyo cariño hacia sus mejores amigos de juventud se había ido afianzando con el tiempo, les había devuelto ese amor con creces. Yo mismo me avergonzaba de todo lo que los quería; idolatraba a la señora Trevor como antes había adorado a mi madre, a la que perdí siendo muy joven y cuyos ojos veía brillar algunas veces sobre mí en sueños como si fueran estrellas.

Es curioso lo tímidos que podemos llegar a ser en todo lo relativo a nuestros sentimientos. Tan solo porque nunca había sido capaz de decirle que la quería como a una madre y tampoco ella me había dicho que me quería como a un hijo, la miraba con cierto aire de sospecha que solo era producto de mi imaginación. Incluso, en algunas ocasiones, evitaba pensar en ella pero, cuando el sentimiento de cariño se hacía demasiado intenso como para poder desterrarlo, entonces, pensaba en ella en silencio y la quería cada vez más. Mi vida era tan solitaria que me aferraba a aquella mujer como si fuera el único ser al que pudiera amar. Claro que yo también quería a su marido, pero nunca pensaba en él de la misma manera; los hombres se muestran menos su afecto e incluso les cuesta reconocer el cariño que se tienen.

La señora Trevor era una excelente anfitriona. Sus invitados, hasta la más mínima visita inesperada, eran siempre bienvenidos. Como es fácil de imaginar, tenía mucho éxito entre todas las clases sociales, pero lo más sorprendente es que también lo tenía entre los dos sexos. El que te aprecien las mujeres, siendo tú mujer, no es sino una demostración de lo que vales. Los campesinos a los que visitaba decían que era un ángel y que llevaba consuelo por donde quiera que pasaba. Ella sabía cómo comportarse con los pobres: los ayudaba con dinero, pero nunca ofendía sus sentimientos. Todos los jóvenes la idolatraban.

Sentía una gran curiosidad por saber la clase de sitio que sería Scarp pues, para darme una sorpresa, no me habían contado nada, salvo que debía esperar y juzgar por mí mismo. Durante mucho tiempo había anhelado aquella visita

con una mezcla de expectación y curiosidad.

Cuando entré en el vestíbulo, la señora Trevor salió a darme la bienvenida y me besó en la frente, como era habitual en ella. Algunos de los viejos criados se acercaron sonriendo, me hicieron reverencias y dieron la bienvenida al señorito Frank. Estreché la mano de varios de ellos, mientras su señora observaba la escena con una sonrisa de satisfacción.

Cuando nos disponíamos a entrar en un cómodo salón, donde estaba puesta una mesa con todo lo necesario para una agradable cena, la señora Trevor me dijo:

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto tan pronto, Frank. No tenemos ningún invitado más en casa, así que creo que te vas a sentir bastante solo con nosotros durante unos cuantos días. Puede que esta tarde también te sientas solo, pues Charley tiene una cena en Westholm.

Le dije que estaba encantado de que no hubiera nadie más en Scarp, pues prefería estar con ella y su esposo antes que con ninguna otra persona en el mundo. Sonrió y dijo:

—Frank, si cualquier otra persona me hubiera dicho eso, lo habría tomado como un cumplido, pero sé muy bien que siempre dices lo que sientes. No está mal estar a solas durante dos o tres días con un par de viejos como Charley y yo, pero espera a que llegue el jueves y te parecerá que has estado perdiendo el tiempo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Frank, ese día va a llegar una joven para quedarse aquí conmigo, y voy a intentar que te enamores de ella.

Yo respondí jocosamente:

—Oh, muchas gracias por sus amables intenciones, señora Trevor, pero suponga por un momento que es imposible: por mucho que quieras que algo ocurra, si no ha de ocurrir, no ocurrirá.

—Frank, no seas tonto. No voy a hacer que te enamores contra tu voluntad, pero creo y espero que ocurra.

—Bueno, yo espero no causarle un disgusto, pero todavía no he oído hablar bien de una persona sin que luego me lleve una decepción al conocerla.

—Frank, ¿acaso he hablado yo bien de alguien?

—Bueno, soy bastante vanidoso como para pensar que si usted dice que me voy a enamorar de ella, eso se trata más bien de una alabanza indirecta.

—Frank, querido, ¡qué modesto te has vuelto! ¡Una alabanza indirecta! Tu

humildad me conmueve.

—¿Puedo preguntar quién es la dama para la que soy un buen partido?

—No creo que deba decírtelo, ya que has dudado de sus cualidades. Además, eso podría disminuir el efecto que va a causar en ti cuando te la presente. Si consigo mantener tu curiosidad, será un punto a mi favor.

—De acuerdo. Supongo que solo me queda esperar.

—Muy bien, Frank, te lo diré. No es justo hacerte esperar. Se trata de la señorita Fothering.

—¿Fothering, Fothering? Ese nombre me suena. Recuerdo haberlo oído en alguna parte hace mucho tiempo, si no me equivoco. ¿De dónde es?

—Su padre es el reverendo de Norfolk, pero pertenece a la familia Warwickshire. Yo la conocí hace algunos meses en Winthrop, la propiedad de Sir Harry Blount, y nos encariñamos y llegamos a ser grandes amigos. Le hice prometer que me haría una visita este verano, así que su hermana y ella vendrán el jueves para quedarse unos días.

—¿Y puedo atreverme a preguntar cómo es?

—Puedes preguntar todo lo que quieras, Frank, pero no voy a responderte. No voy a intentar describírtela. Debes esperar y juzgar por ti mismo.

—¿Esperar tres días enteros? —dije yo—. ¿Cómo voy a hacerlo? Por favor, dígamelo.

Pero no conseguí hacerle cambiar de idea. A lo largo de la tarde, intenté varias veces averiguar algo más sobre la señorita Fothering. Sentía una gran curiosidad, pero la única respuesta que pude obtener fue:

—Espera, Frank, y juzga por ti mismo.

Al ir a darle las buenas noches, la señora Trevor me dijo:

—A propósito, Frank, a partir de mañana tendrás que cambiar de habitación. Va a haber tanta gente en la casa que no puedes tener una habitación doble para ti solo. Les daré tu habitación a las señoritas Fothering y tú te subirás a la segunda planta. Ahora quiero que veas tu nuevo cuarto: tiene unas vistas románticas y conserva el viejo mobiliario que había aquí cuando llegamos. Hay varios cuadros que merece la pena que veas.

El dormitorio era una habitación inmensa (demasiado grande para ser un dormitorio), con dos ventanas que se abrían a ras de suelo, como la de los comedores y los salones. El mobiliario era de estilo antiguo, aunque no lo bastante como para llamar mi atención; de las paredes colgaban muchos cuadros, retratos (la casa estaba llena de ellos) y paisajes. Solo les eché un

vistazo; los miraría con más detenimiento por la mañana. Luego me fui a la cama. En la habitación había una chimenea y, tumbado en la cama, me quedé ensimismado contemplando las sombras de los muebles, que revoloteaban por las paredes y el techo, mientras las llamas saltaban y caían, y los rescoldos al rojo vivo se volvían blancos. Intenté hacerme con las riendas de mis pensamientos, pero estos giraban una y otra vez en torno a un único tema: la misteriosa señorita Fothering, de la que tenía que enamorarme. Estaba seguro de haber oído su nombre en alguna parte y, a ratos, creía tener vagos recuerdos de un rostro infantil. Deseaba salir de ese estado de ensueño pero, cuando lograba reunir mis pensamientos dispersos, parecía como si hubiera cambiado de idea. No podía recordar ni cuándo ni dónde había oído aquel nombre, ni siquiera la expresión del rostro de la niña. Debía de haber sido hacía mucho, mucho tiempo, cuando yo también era niño. Mi madre aún vivía. Mi madre, madre, madre... De repente, me encontré medio despierto, repitiendo una y otra vez aquella palabra. Luego, caí dormido.

Creo que me desperté de golpe, con esa extraña sensación que a veces tenemos al salir del sueño, como si alguien hubiera estado hablando junto a nosotros en la habitación y el eco de su voz permaneciera todavía en ella. Todo estaba en silencio y el fuego ya se había apagado. Miré por la ventana que estaba justo frente a los pies de mi cama. Fuera vi una luz que, poco a poco, se fue haciendo cada vez más brillante, hasta que la habitación quedó iluminada como si fuera de día. La ventana parecía un cuadro enmarcado por la cornisa que estaba entre los pies de la cama y las columnas macizas envueltas en cortinajes que la sostenían.

Con la luz, eché un vistazo a la habitación, pero no había cambiado en nada. Todo estaba como antes. Sin embargo, algunos muebles y algunos objetos de adorno llamaron ahora más mi atención. De entre ellos destacaba una cama que estaba atravesada en la habitación y un viejo cuadro que colgaba a sus pies de la pared. Como la cama era idéntica a la mía, miré el cuadro. Lo observé de cerca con gran interés. Parecía antiguo: era el retrato de una joven, tras cuyo rostro amable y alegre se podía ver a una persona reflexiva que sentía casi pasionalmente. En algunos momentos, según la contemplaba, se me vino a la cabeza la Beatriz de Shakespeare[27] y, hasta una vez, pensé en Beatrice Cenci[28]. Pero quizá la asociación de ideas se debía solo a la similitud entre ambos nombres.

La luz de la habitación se iba haciendo cada vez más intensa, así que miré de nuevo por la ventana para averiguar de dónde provenía. Y vi una imagen deliciosa. Había tres niños adorables que parecían flotar en el aire. Era como si la luz procediera de un punto lejano tras ellos y, a su lado, había algo sombrío y oscuro que hacía aumentar aún más el resplandor de los pequeños.

Los niños parecían sonreír a algo que había en mi habitación. Siguiendo

sus miradas, vi que sus ojos se dirigían hacia la otra cama. Allí, aunque suene extraño decirlo, apoyada sobre la almohada, estaba la cabeza que yo había contemplado en el cuadro. Miré a la pared, pero el marco estaba vacío, el lienzo había desaparecido. Entonces, volví a mirar hacia la cama y allí vi a la joven dormida; la expresión de su rostro cambiaba constantemente, como si estuviera soñando.

Mientras la observaba, su rostro reflejó una repentina expresión de terror; se levantó como una sonámbula, con los ojos abiertos, y miró fijamente por la ventana.

Yo también miré hacia allí y me quedé helado: algo había cambiado de una manera misteriosa. Las figuras continuaban allí, pero sus rasgos y su expresión eran bien distintos. La inocencia infantil de los niños había dejado paso a la malignidad. Habían envejecido y lo que yo tenía delante de mí en ese momento no eran sino tres brujas decrepitas y deformes.

Pero mil veces peor que aquella metamorfosis era la masa oscura que estaba cerca de ellas. De una nube densa e indefinida surgió una sombra que fue tomando forma. A medida que miraba, aquella masa se fue haciendo cada vez más oscura y compacta, hasta que solo su visión me hizo estremecer. Era el fantasma del Diablo.

Se hizo un silencio mortal; podía oír los latidos de mi corazón. El fantasma habló con las otras figuras. Las palabras parecían salir de sus labios de forma mecánica, inexpresiva:

—Mañana, mañana, mañana. El más bello y mejor.

Era tan horrible que me asaltó una pregunta: ¿Sería capaz de mirarlo cara a cara sin la ventana?, ¿se atrevería alguien a ir junto a esos demonios?

Una risa cruel, estridente, diabólica, que llegaba del exterior, pareció responder a mi pregunta.

Pero, además de la risa, oí otro sonido. Era una voz triste, dulce y desesperada, que atravesaba la habitación.

—¡Ay, estoy sola! ¿No hay nadie cerca de mí? No hay esperanza, no hay esperanza. Me volveré loca... o moriré.

A las últimas palabras les siguió un suspiro.

Intenté saltar de la cama, pero no podía moverme. Tenía los miembros paralizados.

La cabeza de la joven se inclinó de golpe hacia atrás; la mandíbula le colgaba flácida, y la boca, muy abierta, contó lo que había pasado.

Desde el exterior, volví a oír las carcajadas salvajes y diabólicas, que

llenaban el aire cada vez con más fuerza, hasta que se hicieron tan patentes que se me quitó el sueño y me senté en la cama. Escuché. Llamaron a una puerta. Me acabé de espabilar y me di cuenta de que el sonido procedía del vestíbulo. Sin duda, era el señor Trevor, que volvía de la fiesta.

La puerta del vestíbulo se abrió y se cerró. Luego llegó un sonido suave de pasos y voces, que se fue diluyendo, y la casa volvió a quedarse en silencio.

Me mantuve despierto bastante tiempo, pensando y paseando la vista por la habitación, sobre todo por el cuadro y la cama vacía. Veía la luz de la luna, y la noche se iluminaba de vez en cuando con el centelleo de un relámpago de verano. A ratos, el grito de una lechuza rompía el silencio.

Tumbado, empecé a pensar en lo que había visto pero, más tarde, al casar unos hechos con otros, llegué a la conclusión de que había tenido el sueño que cabría esperar. Si relacionaba el relámpago, alguien llamando a la puerta del vestíbulo, el grito de la lechuza, la cama vacía y el rostro del cuadro, había razones de sobra para explicar mi visión. El resto era, por supuesto, fruto de mi imaginación y la consecuencia natural de todos esos elementos juntos.

Me levanté y miré por la ventana pero no vi nada, salvo el amplio haz de luz de luna que brillaba sobre la superficie del lago, que se extendía a lo lejos millas y millas hasta que su orilla se perdía en la neblina nocturna y sobre el césped verde punteado de arbustos y matorrales, que se encontraba entre el lago y la casa.

La visión se había desvanecido por completo. Sin embargo, el sueño, supongo que debía llamarlo así, había sido muy intenso. No pude dormir más hasta que la luz del día entró por mi ventana. Entonces, me invadió un ligero sueño.

Más eslabones

Ya tarde, me despertó Parks, el mayordomo del señor Trevor, que solía ocuparse de mí cuando iba a visitar a mis amigos. Me trajo agua caliente y el periódico local. Mientras charlaba con él, me olvidé por un rato de la angustia que me había sobrecogido por la noche.

Parks era serio y mayor, un tipo de persona en peligro de extinción, de esa clase de viejos criados tan orgullosos de su lealtad hereditaria para con sus señores como estos lo están de su nombre y su abolengo. Como todos los viejos sirvientes, veneraba las tradiciones. Creía en ellas, las temía y mostraba el más profundo respeto hacia cualquier cosa que tuviera historia.

Le pregunté si conocía algo de la leyenda de Scarp. Me respondió con una mezcla de duda y vacilación, como si sopesara una opinión que no tenía del todo clara.

—Bueno, ya ve usted, señorito Frank, que Scarp es un lugar con tantos años que en torno a él debieran haberse forjado cientos de leyendas, pero ha estado tanto tiempo sin habitar que nadie en el pueblo las recuerda. Parece como si este lugar hubiera estado olvidado de la gente. Me temo mucho, señor, que su auténtica historia se ha perdido.

—¿Qué quiere decir con eso de su auténtica historia? —le pregunté.

—Bueno, señor, quiero decir su verdadera historia y no esos chismes que cuenta la gente. He oído al sepulturero contar algunas historias, pero estoy casi seguro de que no eran verdad. Ni él mismo se las creía, solo quería asustarnos.

—¿Y no ha oído ninguna historia que parezca real?

—No, señor, y mire que he intentado enterarme de alguna. Ya sabe, señorito Frank, que hay una especie de club, formado por caballeros muy respetables, que se reúne cada semana en la taberna que hay en el pueblo. Me pidieron que fuera su presidente. Lo hablé con mi señor y me dio permiso para aceptar el cargo. Acepté porque ellos insistieron. Imaginé que esa era una buena forma de hacer averiguaciones. Anoche estuve en el club. Por eso no estaba aquí para atenderle, lo cual espero pueda disculparme.

Al hablar de su club, tan elegante, Parks mostraba una mezcla de orgullo y superioridad, y el efecto que conseguía crear en su interlocutor quedaba realzado por la franqueza con la que hablaba. Le insistí en sí no había encontrado ningún indicio acerca de la existencia de alguna de las leyendas que debía de haber sobre un lugar tan antiguo como aquel. Me respondió con desgana:

—Bueno, señor, en el pueblo había una mujer terriblemente fea y chocha, que debía de saber algo sobre Scarp porque cuando oía ese nombre mascullaba entre dientes algo sobre las «espantosas historias» y las «épocas de horror» y ese tipo de cosas, pero no pude hacerle comprender lo que quería saber ni que me hablara del tema.

—¿Pero lo ha intentado de veras, Parks? ¿Por qué no prueba de nuevo?

—Porque está muerta, señor.

Mientras Parks hablaba de aquella vieja, sentí ganas de reírme. Soy incapaz de describir cómo se recreaba al pronunciar las palabras «horribles historias» y «épocas de horror». Había que haberlo visto y oído para comprender a lo que me refiero. Su voz se volvió profunda y misteriosa, y casi se relamía de placer de solo pensar que todo aquello podía ser la base para una pesadilla. Pero cuando me dijo que la mujer estaba muerta, un sentimiento de incompreensión, mezclado con pavor, se apoderó de mí. En ella, en la mujer, se había roto el último eslabón entre el misterioso pasado y yo, sin que nunca

más pudiera volver a recomponerse. Se habían perdido para siempre todas las leyendas y toda una tradición que provenía de extrañas coincidencias y de las creencias y la imaginación de antiquísimas familias de lugareños, leales a su soberano señor. Me sentí triste y disgustado. Ni Parks ni yo intentamos continuar la conversación. En ese momento, el señor Trevor entró en mi habitación y, tras intercambiar afectuosos saludos, bajamos juntos a desayunar.

Durante el desayuno, la señora Trevor me preguntó qué me había parecido el retrato de la joven que había en mi habitación. Muchas veces habíamos discutido acerca de los rasgos del carácter que dejan traslucir los retratos (ambos nos teníamos por buenos fisionomistas), así que me hizo la pregunta como si realmente le interesara mi opinión. Le dije que solo lo había mirado un instante, de modo que prefería no emitir un juicio de valor sin llevar a cabo antes un estudio más minucioso. Pero lo poco que había visto me había causado buena impresión.

—Bueno, Frank, después del desayuno, vuelve a mirar el retrato con atención, y luego dime exactamente qué te parece.

Después del desayuno hice lo que me había pedido y volví al comedor, donde me esperaba sentada la señora Trevor.

—Y bien, Frank, ¿qué te parece? No me malinterpretes. No es curiosidad malsana, tengo razones para querer saberlo.

Le dije lo que pensaba del carácter de la joven. Si algo había de cierto en la ciencia de la Fisionomía, esta debía de haber sido extraordinaria.

—Entonces, ¿te gusta su cara?

A eso le respondí:

—Es una pena que no haya mujeres así hoy en día. Deben de haberse extinguido con Sir Joshua[29] o con Greuze[30]. Si encontrara una chica como creo que fue la modelo del retrato, no pararía hasta hacerla mi esposa.

Para sorpresa mía, mi anfitriona dio un salto y se puso a aplaudir. Le pregunté qué pasaba. Se rio y me contestó con tono burlón imitando mi voz:

—Suponga por un momento que sus buenas intenciones se frustraran. Por mucho que quieras que algo ocurra, si no ha de ocurrir, no ocurrirá.

—Bueno —añadí yo—. Seguro que lo ha dicho por algo, porque, si no, no habría dicho nada, pero no la entiendo.

—¡Ah, olvidé comentarte, Frank, que ese retrato tiene un extraordinario parecido con Diana Fothering!

Sentí cómo el rubor se apoderaba de mi rostro. Ella también se dio cuenta y me cogió las manos entre las suyas mientras nos sentábamos en el sofá. A

continuación, me dijo con ternura:

—Querido Frank, no quiero bromear más contigo sobre este asunto. Estoy segura de que te gustará Diana. Me lo dice la admiración que te ha producido ese retrato y, por lo que conozco de la naturaleza humana, sé que tú también le gustarás. Tanto Charley como yo deseamos verte casado, y no habríamos querido para ti una esposa que no fuese la adecuada. En toda mi vida he conocido una muchacha como Di y, si os gustáis, a Charley y a mí nos encantará ayudarte con la boda, al menos, en todo lo que podamos. No digas nada ahora. Sabes perfectamente lo mucho que te queremos. Siempre te hemos tratado como a un hijo y, seguirás siéndolo aun cuando Dios quiera separar nuestros caminos. Olvídate, pues, de todo hasta que llegue el momento de conocer a Diana. Pero, entiéndeme: a menos que os améis de verdad, no queremos veros casados. En cualquier caso, pase lo que pase, solo queremos tu felicidad. Dios te bendiga, mi pequeño Frank.

Mientras decía esto, los ojos se le llenaron de lágrimas. Cuando terminó, se inclinó, me cogió la cabeza y me besó la frente con muchísima ternura. Luego, se levantó suavemente y salió de la habitación. Sentí unas inmensas ganas de llorar; sus palabras habían sido tiernas, sensibles, maternales, pero no puedo describir la infinita ternura y amabilidad de su voz y sus gestos. En lo más hondo de mi corazón, deseé todo lo mejor para aquella mujer, aunque la emoción impidió poner voz a mis plegarias. En el mundo debe de haber mujeres como la señora Trevor pero, en cualquier caso, nunca he conocido a ninguna como ella.

Como es fácil imaginar, estaba muy ansioso por conocer a la señorita Fothering. Durante el resto del día, no pude quitármela de la cabeza. Aquella tarde llegó una carta de la más joven de las Fothering en la que se disculpaba por no poder cumplir su promesa de visitar a mis anfitriones; una tía suya, con la que debía ir a París durante algunos meses, se había presentado de forma inesperada.

Esa noche dormí en mi nueva habitación y no tuve más sueños ni visiones. Por la mañana me desperté medio avergonzado de haber hecho caso a algo tan infantil como el sueño que tuve mi primera noche en aquella casa antigua.

A la mañana siguiente, después de desayunar, iba yo por el pasillo y vi la puerta de mi antiguo dormitorio abierta, así que entré a echar otro vistazo al retrato. Mientras lo miraba, me preguntaba cómo aquel cuadro podía tener tanto parecido con la señorita Fothering, como afirmaba la señora Trevor.

Cuanto más pensaba en ello, más confuso me sentía. De repente, volvió el sueño: el rostro del cuadro y la figura de la cama, los fantasmas fuera en la noche y las palabras siniestras: «El más bello y mejor». Mientras pensaba en ello, se fueron agolpando en mi mente todas las posibles leyendas sobre

aquella vieja casa. Comencé a sentir un zumbido en los oídos y la cabeza empezó a darme vueltas. Tuve que sentarme.

—¿Es posible —me pregunté— que haya caído alguna maldición sobre la familia que un día vivió entre estas paredes y que ella, la señorita Fothering, pertenezca a esa familia? Cosas peores se habían visto.

La idea se me antojaba terrible porque evocaba una realidad que yo había considerado un mero sueño provocado por mi imaginación. Habría sido horrible si esta idea me hubiera venido en la oscuridad y el silencio de la noche. ¡Qué feliz me sentía de estar a plena luz del día, con un sol radiante y el aire invadido del trinar de los pájaros y el graznar estridente y penetrante de la colonia de grajos!

Me quedé en la habitación un poco más pensando en la escena y, como es natural, cuando al fin me sobrepuse a mis temores, la razón empezó a cuestionarse la autenticidad, la verosimilitud del sueño. Comencé buscando pruebas para demostrar la falsedad de los hechos pero, tras reflexionar un rato, lo único que me pareció relevante fue la disculpa de la señorita Fothering. En el sueño, la joven, aterrorizada, estaba sola, y el simple hecho de que fueran a venir de visita dos damas iba en contra de lo previsto. Pero, como si los hechos conspiraran para que el sueño se cumpliera, una de las hermanas no podía venir y la otra joven era la viva imagen del retrato que yo había visto en la visión. Me costaba aceptar que fuera un simple sueño.

Decidí pedirle a la señora Trevor que me explicara el motivo del enorme parecido entre la señorita Fothering y la mujer del retrato, así que salí en su búsqueda. La encontré en el salón, sola. Después de hablar de algunos asuntos intrascendentes, le mencioné el tema del que quería encontrar información. Desde el día anterior la señora Trevor no había vuelto a mencionar el tema del matrimonio, pero cuando nombré a la señorita Fothering, pude ver una expresión de alegría en su rostro, lo cual me produjo un gran placer. No hizo ninguno de esos comentarios vulgares que muchas mujeres creen necesario hacer cuando están hablando con un hombre sobre una muchacha por quien suponen que este tiene algún afecto. Con su actitud logró que me sintiera cómodo, mientras yo permanecía nervioso en el sofá tirando de las hebras de lana de uno de los macasares, consciente de que mis mejillas estaban rojas y de que mi voz sonaba forzada y antinatural.

Ella simplemente dijo:

—Por supuesto, Frank. Estoy dispuesta a charlar de la señorita Fothering o de cualquier cosa.

A continuación, puso una señal en el libro que estaba leyendo, lo dejó a un lado y cruzó los brazos. Me miró con una sonrisa solemne, amable y

expectante.

Le pregunté si sabía algo de la historia de la familia Fothering.

—Nada, salvo lo que ya te he contado. Su padre es de una buena y honorable familia, aunque venida a menos.

—¿Tiene algo que ver con alguna familia de este condado? ¿Con los primeros dueños de Scarp, por ejemplo?

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría averiguar por qué se parece tanto al retrato.

—Nunca me lo había planteado. Puede que exista alguna relación entre su familia y los Kirk, los primeros propietarios de Scarp. Se lo preguntaré cuando venga. Mientras tanto, podemos ver si hay algún libro antiguo o algún árbol genealógico que nos lo aclare en la biblioteca. Frank, ahora nuestra biblioteca está bastante bien porque, además de nuestros libros, también tenemos los que pertenecieron a la primitiva biblioteca de Scarp. Están muy desordenados pero, como sabemos lo mucho que disfrutas con ese trabajo, estábamos esperando a que llegaras para colocarlos.

—Nada me agradaría más que ordenar todos estos espléndidos libros. ¡Qué magnífica biblioteca! Es una pena que esté en una casa privada.

Nos pusimos a buscar alguno de esos viejos libros sobre la historia de las distintas familias que suele haber en las casas antiguas. Así, pude comprobar que la biblioteca de Scarp era muy valiosa y, mientras proseguíamos la búsqueda, me tropecé con espléndidos y raros volúmenes que decidí examinar en mi tiempo libre, ya que mi visita a Scarp se iba a prolongar.

Primero buscamos en las viejas carpetas de manuscritos y, después de unas cuantas desilusiones, encontramos por fin un gran volumen, magníficamente impreso y encuadernado, que contenía bocetos y planos de la casa, aclaraciones sobre el escudo heráldico de los Kirk, todas las familias con las que estaban relacionados y la historia de todas ellas cuidadosamente expuesta. Su título era «El Libro de Kirk». Estaba lleno de anécdotas y leyendas, y contaba una buena parte de la tradición familiar. Como era justo el libro que necesitábamos, no seguimos buscando. Una vez desempolvado el volumen, lo llevamos al gabinete de la señora Trevor, donde podríamos analizarlo sin que nadie nos molestase.

En el índice encontramos el apellido Fothering. Al ir a la página señalada, pudimos comprobar que las armas de los Kirk estaban cruzadas con las de los Fothering. Por el texto supimos que una de las hijas de Kirk se había casado en 1573 con el hermano de Fothering, en contra de la voluntad tanto del padre como del hermano de ella; tras una profunda enemistad que duró unos diez o

doce años, este último, por entonces señor de Scarp, se batió en duelo con el hermano de Fothering y lo mató. Al conocer la noticia, Fothering juró vengar a su hermano. Juró que, si dejaba de cortar la mano que había asesinado a su hermano y no la clavaba en la puerta de los Fothering, caerían sobre él y su estirpe las más terrible de las maldiciones. La enemistad se hizo tan visceral que parecía como si Kirk hubiera perdido la razón por ese asunto. Cuando se enteró del juramento de Fothering, comprendió que tenía pocas posibilidades de vencer, pues el enemigo lo superaba en el manejo de cualquier arma. Por ello, decidió adoptar una forma de venganza con la que, aún costándole la vida, esperaba lograr acabar para siempre con su cuñado. Su propio juramento se volvería contra él. Envió a Fothering una carta en la que le maldecía a él y a toda su familia, y pedía a Dios que se cumpliera esta maldición. La carta terminaba pidiendo la muerte en cuerpo, alma y mente del primer Fothering que atravesara la puerta de Scarp, que esperaba fuera el más bello y mejor de la familia. Tras enviar la carta, se cortó la mano derecha y la arrojó a un fuego que él mismo había encendido para tal propósito. Cuando las llamas se hubieron consumido por completo, se clavó su propia espada y murió.

Mientras leía las palabras «el más bello y mejor», me recorrió un escalofrío. Al instante, volvió a hacerse presente mi sueño y me pareció escuchar de nuevo en mis oídos el eco de aquella risa diabólica.

Miré a la señora Trevor y vi que se había quedado muy seria. Su rostro parecía asustado, como si la hubiera invadido un pensamiento que ni ella misma fuera capaz de explicar. Yo me sentía más atemorizado que nunca; nada hace aumentar más nuestros miedos que el ver que también atemorizan a los demás. Intenté ocultar mi pánico. Nos sentamos en silencio durante algunos minutos. Luego, la señora Trevor se levantó y dijo:

—Ven conmigo, vamos a ver el retrato.

Recuerdo que dijo «el» y no «ese» retrato, como si todo el tiempo hubiera estado pensando en el cuadro. Por una extraña coincidencia, la sobrecogía el mismo pavor que había causado en mí la visión. Yo era la persona idónea para tener miedo.

Fuimos al dormitorio y permanecemos de pie ante el cuadro. Su mirada parecía el fiel reflejo de nuestros temores. En un tono un poco nervioso, mi acompañante me dijo:

—Frank, descuelga el cuadro para que podamos ver la parte de atrás.

Obedecí. Escrito en el mugriento lienzo con una extraña y anticuada caligrafía había un nombre y una fecha que, tras muchas cábalas, logramos deducir que correspondía a Margaret Kirk, 1572. Era el nombre de la dama que mencionaba el libro.

La señora Trevor se volvió y me miró con temor.

—Frank, esto no me gusta nada. Aquí hay algo raro.

Estuve tentado de contarle mi sueño, pero me dio vergüenza hacerlo. Además, temí asustarla demasiado, pues ya estaba bastante preocupada.

Seguí mirando el cuadro para disimular mi turbación. Me extrañó que la parte de atrás del lienzo estuviera tan sucia, en comparación con la pintura. Comenté este detalle con la señora Trevor. Se lo pensó unos instantes y, de repente, dijo:

—Ya sé lo que ha podido pasar. Ha estado dando la vuelta, con el retrato mirando a la pared.

No dije ni una sola palabra. Volví a colgar el cuadro y regresamos al gabinete.

Por el camino, empecé a pensar que mi sueño era demasiado inverosímil como para hablar de él. Resulta muy difícil dar crédito a los horrores que crea la oscuridad cuando a uno le envuelve la luz del sol. Era como si la señora Trevor hubiera estado pensando en lo mismo pues, según entrábamos en la habitación, me dijo:

—Frank, creo que los dos somos bastante ingenuos al permitir que nuestra imaginación nos lleve tan lejos. Esa historia es simplemente una leyenda, y tú y yo sabemos muy bien cómo un relato puede distorsionar hasta los hechos más inocentes. Lo único cierto en todo esto es que la familia Fothering estuvo emparentada con los Kirk y que el retrato es de la señorita Kirk, quien se casó en contra de la voluntad de su padre. Parece que este se enfadó con ella por actuar así y, como represalia, volvió el cuadro contra la pared (reacción, por lo demás, muy común entre los padres enfadados de cualquier época), pero nada más. No hay nada más. Vamos a dejar de pensar en este asunto, porque solo nos va a hacer decir tonterías. Sin embargo, independientemente de su parecido con Diana, el cuadro es muy hermoso, así que mandaré ponerlo en el comedor.

Lo colgaron esa misma tarde, pero la señora Trevor no volvió a hacer alusión alguna al tema. La notaba un poco reservada al hablarme y me pareció raro. Era como si temiera que yo reanudara el tema prohibido. Creo que no quería que su imaginación la confundiera y desconfiaba de sí misma. No obstante, antes de la noche, volvió a ser la misma, pero nunca más tocó el asunto en cuestión.

Aquella noche dormí bien, sin sueños de ningún tipo. A la mañana siguiente, la tercera mañana del sueño, al bajar a desayunar, me anunciaron que podría ver a la señorita Fothering antes de que llegara la tarde.

No pude evitar sonrojarme y balbucear algunos comentarios intrascendentes. Luego, al levantar la vista con timidez, vi a mi anfitriona mirarme con una sonrisa más amable que de costumbre. Me dijo:

—Frank, ya sabes que ayer me asusté cuando estuvimos viendo el cuadro, pero lo he pensado bien y he llegado a la conclusión de que no había ninguna razón para reaccionar así. Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo. De hecho, nuestros temores me parecen ahora hasta graciosos y creo que se lo contaré a Diana cuando llegue.

Una vez más estuve a punto de contarle mi sueño, pero de nuevo me retuvo la vergüenza. Sabía que la señora Trevor no se iba a reír de mí ni iba a menospreciar mis temores; tenía demasiada clase y era demasiado buena y amable como para hacer algo así. Además, ambos habíamos compartido el mismo miedo.

¿Cómo confesar mi temor a lo que, ante los ojos de los otros, no era más que un ridículo sueño, cuando ella había conseguido dominar un miedo que se había apoderado de nosotros dos y que había surgido de una conjunción extraña de hechos? Parecía tan segura que yo no podía llevarle la contraria. Y así lo hice, de momento.

La tercera mañana

Por la tarde, había salido al jardín a tumbarme a la sombra de una inmensa haya, cuando vi acercarse a la señora Trevor. Había estado leyendo las «Estrofas escritas con desánimo[31]» de Shelley y mi corazón rebotaba melancolía y un vago anhelo de compasión humana. Había estado pensando en el cariño que la señora Trevor sentía por mí, pero incluso ese cariño se me hacía insuficiente. Yo quería el amor de alguien más próximo a mí, alguien con un espíritu similar al mío. La señora Trevor no dejaba de ser para mí como una madre. Seguí pensando en la señorita Fothering, casi podía verla a través de la imagen que tenía del retrato. Había empezado a preguntarme «¿no estarás enamorado?», cuando oí la voz de mi anfitriona, que se acercaba.

—Hola, Frank. Sabía que te encontraría aquí. Quiero que me acompañes a mi gabinete.

—¿Para qué? —le pregunté, mientras me levantaba de la hierba y recogía el libro de Shelley.

—Di ha llegado hace un rato. Quiero presentártela y que charlemos antes de cenar —me contestó mientras nos dirigíamos a la casa.

—¿Pero no va a dejar que me cambie de ropa? Este no es el mejor traje para la tarde.

Me sentía algo asustado ante aquella belleza desconocida que estaban a

punto de presentarme. Tal vez era porque me había creído demasiado la predicción de la señora Trevor.

—Tonterías, Frank. Hablas como si a una mujer le preocupase cómo va vestido un hombre.

Entramos en el gabinete y vi a una joven sentada junto a una ventana que daba a la pista de críquet. Al oírnos, se volvió hacia nosotros. La señora Trevor nos presentó y enseguida nos enfrascamos en una agradable charla. La contemplé, como se puede suponer, con algo más que curiosidad y me di cuenta de que valía la pena admirarla.

Era bellísima, pero esa belleza no estaba en sus rasgos, sino en la expresión de su rostro. Al principio, no me fascinó tanto como lo haría después, debido al maravilloso parecido que guardaba con la dama del retrato, a la que me había acostumbrado. Pero no tardé en percibir la diferencia entre el retrato y la realidad. Un retrato, por perfecto que sea, nunca podrá superar al modelo. Siempre hay algo en el rostro de la persona que no puede reflejar un lienzo (una diferencia mayor a la que hay entre la expresión que recoge el cuadro, hermosa pese a todo, y el movimiento de los rasgos y la variedad de la expresión en la realidad). En un rostro de carne y hueso hay algo vivo y encantador que el arte no puede reproducir.

Después de haber estado un rato charlando, la señora Trevor dijo:

—Di, cariño, quiero contarte el descubrimiento que hemos hecho Frank y yo. Al señor Stanford siempre le llamo Frank. Le quiero más como a un hijo que como a un amigo, le tengo mucho cariño.

Tomó a la señorita Fothering por la cintura. Se sentaron en el sofá y se dieron un beso. La señora Trevor se volvió hacia mí y me dijo:

—No me gusta que las damas se besen en presencia de un caballero, pero es como si Frank no estuviera aquí. Este lugar es secreto y quien se atreva a entrar en él ha de atenerse a las consecuencias. Pero permíteme que te cuente nuestro descubrimiento.

Entonces se puso a contar la leyenda y cómo habíamos encontrado el nombre de Margaret Kirk en el reverso del cuadro.

La señorita Fothering se rio alegremente con aquella historia y, de repente, dijo:

—¡Ah, se me había olvidado contárselo, querida señora Trevor! El otro día me llevé un susto tremendo. Pensé que no me iban a dejar venir. La tía Deborah vino a vernos hace una semana para quedarse unos días con nosotros y, cuando se enteró de que estaba a punto de hacer una visita a Scarp, pareció asustarse mucho. Fue a ver rápidamente a papá y le pidió que me prohibiera

venir. Papá le preguntó por qué le pedía tal cosa y ella le contó una vieja maldición que caería sobre aquel de nosotros que viniera a Scarp. Y es justo la misma historia que usted acaba de contarme. Dijo que estaba segura de que iba a ocurrir alguna desgracia si yo venía. Como puede ver, la leyenda también se conserva en nuestra familia. Ay, no puede ni imaginarse la escenita que se formó entre papá y la tía Deborah. Ahora me río cada vez que lo pienso, pero entonces no me hacía gracia pensar que la tía no me iba a dejar venir. Papá se puso muy serio y la tía creyó que se había salido con la suya. Pero papá se levantó y, con esos modales suyos tan anticuados y pomposos, le dijo: «Deborah, Diana le ha prometido a la señora Trevor hacerle una visita y, por supuesto, no va a faltar a su palabra. Si fuera por otra razón, me pensaría dejarla o no ir a Scarp. Siempre he intentado inculcarles a mis hijos que no se dejen influir por supersticiones como esa. Espero que actúen conforme a la educación que les he dado». La pobre tía se quedó bastante desconcertada. Parecía como si durante unos instantes se hubiera quedado sin habla ante la sola posibilidad de que sus deseos no se tuvieran en cuenta. Ya sabe que los deseos de la tía Deborah son órdenes para toda nuestra familia.

A esto la señora Trevor dijo:

—Espero que la señora Howard no se haya ofendido.

—Claro que no. Papá le habló seriamente y, al final, aunque con dificultad, he de admitirlo, consiguió convencerla de que sus temores eran infundados. Al menos, la obligó a aceptar que aquello que tenía no tenía ningún sentido.

Se me vino a la cabeza una coplilla:

Un hombre contra sí convencido

Cambiar su opinión solo ha fingido[32].

Pero no dije nada.

La señorita Fothering terminó su historia:

—La tía acabó deseándome que disfrutara de mi estancia aquí. Estoy segura de que así será, señora Trevor.

—Eso espero, querida.

Durante la conversación, me quedé muy sorprendido cuando se mencionó a la señora Howard. Intenté recordar dónde había oído su nombre: Deborah Howard. De repente, me acordé de todo. La señora Howard era la señorita Fothering, una vieja amiga de mi madre. Por eso me sonaba el nombre. Recordé que en cierta ocasión había venido a visitarnos con una niñita preciosa, casi un bebé. La niña era su sobrina. Comprendí por qué aquel nombre me había resultado familiar y lo ocurrido en mi primera noche en Scarp. Al pensar en mi sueño, me acordé de que la señora Trevor quería llevar

a la señorita Fothering a su gabinete, así que le dije a esta última:

—¿Cree usted en esas leyendas?

—Claro que no, señor Stanford. Solo son sandeces.

—Entonces, tampoco creerá en fantasmas ni en visiones.

—No.

¿Cómo iba a contarle mi sueño a una muchacha tan incrédula? Y, sin embargo, noté como si algo me susurrara que debía contárselo. Sin duda, era una tontería por mi parte tener miedo a un sueño, pero no podía evitarlo. Iba a arriesgarme a que se rieran de mí para descargar mi mente, cuando la señora Trevor se levantó de repente, después de mirar el reloj, y dijo:

—Queridos, disculpadme, no creí que fuera tan tarde. He de salir a ver si han llegado los demás. No quiero descuidar a mis invitados.

Todos nos fuimos del gabinete. Mientras salíamos, sonó el gong que anunciaba la hora de vestirse para la cena, de modo que cada uno se fue a su habitación.

Cuando bajé al salón, me encontré reunidas allí a varias personas que habían ido llegando a lo largo de la tarde. Me las presentaron a todas y estuve charlando con ellas hasta que anunciaron la cena. Me tocó acompañar a la señorita Fothering. Al acabar la cena, comprobé que nos conocíamos mucho mejor. Era una muchacha deliciosa y, mientras la miraba, pensé con un destello de satisfacción en la predicción de la señora Trevor. De vez en cuando veía que nuestra anfitriona nos observaba; al comprobar que charlábamos animadamente y que nos divertíamos, se le dibujaba en el rostro una sonrisa de felicidad.

No era sino una forma de ocuparse de sus mejores amigos, sin por ello olvidarse del resto de los presentes. No importaba dónde se encontrara, porque siempre se acordaba de que había personas que nunca olvidarían un detalle como aquel.

Después de cenar, no me apetecía ir con el resto de los caballeros al salón, así que salí yo solo a pasear por el jardín, a pensar en mis cosas, sobre todo en la señorita Fothering. Me abstraí por completo de la realidad, más incluso de lo que hubiera deseado. De repente, tomé conciencia de mí mismo y miré a mí alrededor. Me había alejado bastante de la casa y caminaba en medio de la oscuridad, por el oscuro paseo de viejos tejos. Eran tan grandes que no dejaban ver nada a ambos lados. Además, como el sendero dibujaba una curva, apenas podía ver nada delante ni detrás de mí. Miré hacia arriba y vi un cielo amarillento y luminoso cubierto de pesadas nubes, que lo cruzaban perezosas. La luna aún no había salido y aquella atmósfera de tinieblas me

hizo recordar algunos de los cuadros encantados que tanto le gustaba pintar a William Blake[33]. Reinaba una especie de vaga melancolía y un ambiente fantasmagórico que me produjo escalofríos, así que aceleré el paso.

A lo lejos, el sendero se abría. Fui a dar a una pradera en pendiente, salpicada aquí y allá de tejos y de enormes matorrales coronados por unas inmensas flores plateadas. A la derecha estaba la casa, que se alzaba adusta y gigantesca en la oscuridad y, a la izquierda, el lago, que se perdía entre las sombras de la noche. La hierba iba desde el terraplén que rodeaba la casa hasta el borde del agua y solo la interrumpía el sendero que serpenteaba alrededor de la vivienda dando un gran rodeo.

Al acercarme a la casa, se encendió una luz en la ventana que estaba justo enfrente.

Cuando miré hacia arriba, vi que era la habitación que salía en mi sueño. Sin darme cuenta, me encontré subiendo por el terraplén y, ya en la parte más alta, pude ver a través del profundo foso que rodeaba la casa y observé atentamente el interior de la habitación. Temblé al mirar. El paseo entre los tejos había sumido mi alma en un estado de tinieblas y desolación. El sueño y todas sus visiones volvieron a aparecer ante mí de una forma tan nítida que de nuevo se apoderó de mí el terror, pero ahora más intensamente que antes. Me fijé en la ropa de la cama y grité al ver que la cama en que yacía la mujer del retrato estaba ya hecha; la otra cama, en la que yo había dormido, tenía las cortinas del dosel echadas. No era sino un eslabón más en la cadena de la maldición. Mientras yo permanecía allí de pie contemplando la escena, entró una sirvienta y bajó una de las persianas. Cuando estaba a punto de hacer lo mismo con la otra, entró en la habitación la señorita Fothering, quien, al ver lo que iba a hacer, debió de decirle que lo dejara. La sirvienta soltó la cuerda y subió la persiana que previamente había bajado. Después, salió con su señora de la habitación. Yo estaba tan absorto en todo lo que ocurría allí que en ningún momento tuve sentimiento alguno de culpa por ver lo que sucedía en la habitación.

Permanecí allí aterrado un rato más sin hacer nada. El pánico crecía en mí de tal forma, mientras pensaba en los acontecimientos de los últimos días, que decidí contarle mi sueño a la señorita Fothering con el fin de que no se asustase si veía algo parecido o, al menos, que estuviese preparada ante cualquier cosa que pudiera ocurrir. Tan pronto como tomé la decisión, surgió la inevitable pregunta: ¿pero cuándo? Me desagradaba profundamente tener que decírselo pero, como ya lo había decidido, pensé que lo mejor era contárselo cuanto antes. Por tanto, decidí encaminarme hacia el salón, donde sabía que encontraría a la señorita Fothering y a la señora Trevor; estaba claro que iba a hacer partícipe a esta última de mi revelación. Como me horrorizaba volver a atravesar el tenebroso y oscuro bosque de tejos, le di la vuelta a la

casa y entré por la puerta de atrás, desde donde encontré fácilmente el camino que llevaba al salón.

Cuando entré, la señora Trevor, que estaba sentada cerca de la puerta, me dijo:

—Alabado sea Dios, Frank, ¿dónde has estado para venir con esa cara tan pálida? Cualquiera diría que has visto un fantasma.

Le dije que había estado dando una vuelta por el jardín, y no hice más comentarios. No quería contar mi sueño delante de las personas con las que ella estaba hablando, pues no las conocía de nada. Esperé durante un rato una oportunidad de charlar con ella a solas, pero sus obligaciones de anfitriona la mantenían tan ocupada que no sirvió de nada. Así pues, decidí contarle todos los hechos a la señorita Fothering y hacer lo mismo con la señora Trevor cuando hubiera una ocasión.

Con bastante dificultad porque no quería que se notase, conseguí sacar a la señorita Fothering del grupo de personas con las que estaba y me la llevé a uno de los alféizares con la disculpa de enseñarle lo hermosa que estaba la noche. Allí estábamos bastante aislados de cualquier intruso, pues el hueco de la ventana lo cubrían unas inmensas cortinas, que casi nos aislaban del resto de la gente como si hubiéramos estado en una sala aparte. Abordé el tema sin más demora; temía que el menor contacto con el bullicio del salón pudiera desvanecer mis temores y romper la única barrera que se alzaba entre ella y el Destino.

—Señorita Fothering, ¿sueña usted alguna vez?

—Oh, sí, con frecuencia. Pero la verdad es que la mayoría de las veces los sueños son ridículos.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, no importa si son buenos o malos. Mientras sueño, me parecen reales pero, al despertarme y cuando consigo recordarlos, me parecen totalmente incoherentes. La verdad es que no son más que una sarta de disparates.

—¿Le gustan los sueños?

—¡Claro que sí! Me gustan porque, aunque puedan tener sentido o no ser más que un galimatías al despertarte, mientras duermes son reales.

—¿Cree en los sueños?

—Por supuesto que no, señor Stanford.

—¿Le gusta que se los cuenten?

—Sí, si son dignos de contarse. ¿Ha estado usted soñando con algo? Cuéntemelo.

—Me encantará hacerlo. Se trata de un sueño que tiene que ver con usted y quiero contárselo.

—¿Sobre mí? ¡Qué interesante! Por favor, siga.

Le conté todo mi sueño, aunque primero mencioné nuestra conversación en el gabinete como forma de entrar en el asunto. Procuré no engrandecer el relato ni desviarme del tema. Traté de no incluir mis propias emociones y dejé que los hechos hablaran por sí solos. Me escuchó con gran atención pero, al menos hasta donde yo pude apreciar, mis palabras no produjeron en ella el menor atisbo de temor ni interpretó el sueño como un aviso. Cuando terminé, se rio y dijo:

—Es delicioso. ¿Y yo era esa chica que usted vio, a la que le asustaban los fantasmas? Si papá lo oyera, aunque no se trata más que de un sueño, me soltaría una buena charla. Me encantaría soñar algo así.

—Tenga cuidado —le dije—. Sería horroroso. Podría ser incluso una prueba de que se ha cumplido la maldición de la leyenda que leímos en aquel libro y que usted oyó contar a su tía.

Volvió a reírse e hizo un gesto con la cabeza.

—Por favor, no diga más tonterías y no intente asustarme. Le aseguro que no va a conseguirlo.

—Le doy mi palabra de honor, señorita Fothering, de que no he hablado más en serio en toda mi vida.

—¿No le parece que deberíamos volver al salón? —añadió tras una breve pausa.

—Quédese solo un momento, se lo ruego —le respondí—. Lo que le he contado es verdad, hablo en serio.

—Discúlpeme si lo que le dije antes le hizo pensar que dudaba de su palabra. Tan solo lo dije porque no estoy de acuerdo con las conclusiones a las que ha llegado. Pensé que bromeaba para asustarme.

—Señorita Fothering, no me atrevería a tomarme esa libertad, pero me alegro de que confíe en mí. ¿Puedo pedirle un favor? ¿Me promete una cosa?

Su respuesta fue clara:

—No. ¿De qué se trata?

—No se va a asustar de nada de lo que pueda ocurrir esta noche.

Se rio otra vez.

—No pensaba hacerlo. ¿Eso es todo?

—Sí, señorita Fothering, eso es todo. Pero quiero asegurarme de que no se va a almar, de que estará preparada para cualquier cosa que pueda ocurrir. Tengo un espantoso presentimiento de que algo malo va a ocurrir, algo en lo que me horroriza pensar, y me sentiría más tranquilo si hiciera una cosa.

—¡Qué tontería! Bueno, si realmente lo desea, le diré si voy a hacerlo o no cuando sepa de qué se trata.

Su frivolidad se desvaneció cuando vio lo serio que estaba yo. Me miró fijamente y sin temor, pero con una mirada tierna y casi piadosa, como si se creyera más fuerte que yo. Tenía un carácter libre e independiente, pero en sus ojos había un atisbo de tristeza. Yo proseguí:

—Señorita Fothering, la peor parte de mi sueño fue ver la mirada de sufrimiento que había en el rostro de la joven cuando comprobaba que estaba sola. ¿Le importaría llevarse alguna prenda y guardarla hasta mañana para recordarle, en caso de que ocurra algo, que no está sola, que hay alguien pensando en usted, un ser humano pendiente de usted, aunque el resto del mundo pueda estar dormido o muerto?

En mi excitación, le hablé apasionadamente. A cada instante, creía cada vez más posible que ella pudiera padecer el mismo terror que me asaltaba a mí. A veces, desde aquella espantosa noche, he pensado que las premoniciones no existen. Pero, cuando la idea me asaltaba en la oscuridad, no podía dejar de creer en ellas, porque todo parecía poblarse de fantasmas en mi febril imaginación. Aquella noche estaba totalmente seguro de que todo era una premonición. El miedo que había sentido paseando entre los tejos y todos los pensamientos sombríos y fantasmales que habían surgido en medio de las tinieblas tenían mucha parte de culpa.

Hubo una breve pausa. La señorita Fothering se inclinó sobre la ventana y miró a la oscuridad, al cielo sin luna. Al cabo de un rato, se volvió y me dijo pensativa:

—La verdad, señor Stanford, es que no me gusta hacer nada por miedo a lo sobrenatural o por creer en ello. Sin embargo, lo que me está pidiendo es tan sencillo que no voy a dudar ni por un momento en complacerle, pero papá siempre me ha enseñado que es casi imposible que esas cosas de las que usted tiene tanto miedo ocurran, y sé que se sentiría defraudado si yo hiciera algo que pudiera demostrar que creo en ello.

—Señorita Fothering, honestamente pienso que no hay hombre en el mundo que pueda desear menos que yo que usted o cualquiera desobedezca a

su padre, ya sea de palabra o de pensamiento, y menos aún si su padre es pastor protestante. Pero le ruego que me haga caso. No puede ocasionarle ningún mal, y le aseguro que, si no lo hace, me sentiré el hombre más desgraciado. He sufrido lo inimaginable estos tres últimos días, y esta noche siento un temor que no puedo expresarle con palabras. Sé que no tengo derecho a pedirle este favor y que no hay ningún motivo para pedírselo, salvo que, por suerte o por desgracia, tuve ese sueño. Me disculpo de todo corazón por haberme tomado tal libertad pero, créame, actúo con la mejor intención.

Estaba tan nervioso que me temblaban las piernas y me caían enormes gotas de sudor por la cara.

Permanecimos callados un largo rato. Me había hecho a la idea de que iba a rechazar mi petición, cuando ella habló de nuevo:

—Señor Stanford, solo por el pretexto que ha puesto voy a aceptar hacer lo que me ha pedido. Por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, veo que está usted muy preocupado y que yo puedo evitar su sufrimiento, de modo que haré lo que desea. Solo tiene que decirme qué desea que haga.

Al escucharla, pensé que estaba enfadada conmigo. No obstante, le expliqué mis intenciones:

—Quiero que, cuando se vaya a la cama, se lleve con usted algún objeto que le recuerde lo que ha pasado entre nosotros dos, de modo que, pase lo que pase, no se sienta sola ni asustada.

—Así lo haré. ¿Qué quiere que me lleve?

Mientras hablaba, tenía un pañuelo en la mano. Puse mi mano sobre él y lo bendije en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Hice esto para que todo se le quedara grabado en la memoria y para asustarla un poco.

—Así sabrá —le dije— que no está sola.

Al bendecir de aquella forma el pañuelo, había conseguido de sobra mi objetivo. La joven parecía atemorizada, pero me lo agradeció con una dulce sonrisa:

—Veo que actúa de corazón —respondió—, y se lo agradezco.

Mientras hablaba, me dio la mano de una forma tan sincera y honesta que recordaba más el carácter independiente de un hombre que la timidez de una mujer. Al estrechársela, sentí cómo la sangre me fluía por el rostro pero, antes de permitir que la retirase, se apoderó de mí un impulso que me hizo inclinarme y besársela. Ella la apartó rápidamente y dijo con frialdad:

—No esperaba esto de usted.

—Créame, no pretendía tomarme esa libertad. Es solo una forma de

expresarle mi gratitud. Me ha hecho un gran favor. No tiene ni idea de cómo ha conseguido aliviar mi corazón, tan atemorizado hace solo una hora, o no me habría reprochado haberla ofendido.

Mientras me disculpaba, la miré entristecido. Ella me miró sin temor y con una sonrisa de perdón. Movi6 la cabeza como para olvidarse del asunto.

Permanecemos en silencio un instante y, a continuaci6n, ella a1adi6:

—Me alegro de serle 6til pero, si hay alguna posibilidad de que se cumplan sus temores, la primera beneficiada ser6 yo. Pero, esc6cheme, no debe decir ni una sola palabra de esto a nadie. Pensar6n que estamos locos.

—No, no, se1orita Fothering. Yo puedo estar loco, pero usted solo hace lo que le parece que es una tonter6a para evitar que yo sufra. Pero ¿no se lo puedo contar ni siquiera a la se1ora Trevor?

—No, tampoco a ella. Me morir6a de verg6enza si alguien, adem6s de nosotros, supiera algo de esto.

—Conf6e en m6. Guardar6 el secreto, si es eso lo que desea.

—Pase lo que pase, esperaremos hasta ma1ana. Pero si ma1ana me r6o de usted, espero que usted haga lo mismo.

—Se lo prometo. Espero poder re6rme de todo esto.

A continuaci6n, nos reunimos con el resto de los invitados.

Cuando me retir6 a mi habitaci6n aquella noche, estaba demasiado nervioso como para poder dormirme, pese a que mi promesa no me lo prohib6a. Me dediqu6 a dar vueltas y a reflexionar. No acababa de creerme lo que yo mismo pensaba que pasar6a y, sin embargo, me sent6a invadido por un temor incierto. Pens6 en lo ocurrido la noche anterior, sobre todo en el paseo despu6s de la cena por aquel sendero entre los tejos y en la habitaci6n que hab6a visto en sue1os. De ah6, mis recuerdos pasaron al profundo alf6izar de la ventana donde hab6a dado la prenda a la se1orita Fothering. Apenas pod6a creer que aquel encuentro hubiera sido real; sab6a que hab6a ocurrido, pero nada m6s. Me resultaba extra1isimo evocar una escena que, ahora que ya hab6a sucedido, se me antojaba mitad comedia, mitad tragedia, y recordar que hab6a ocurrido en secreto en este pragm6tico siglo XIX, aunque bien podr6a haberlo 6ido un mont6n de gente, pues a la se1orita Fothering y a m6 solo nos cubr6a una cortina. Me sent6a alterado, en parte por los nervios, en parte por la verg6enza que me produc6a pensar en todo aquello. Pero mis pensamientos volvieron a la forma en que la se1orita Fothering hab6a accedido a mi extra1a petici6n. Al pensar en ella, la verg6enza que me produc6a pensar que pod6a haberme equivocado se convirti6 en un rayo de esperanza. Record6 la predicci6n que hab6a hecho la se1ora Trevor («conozco bien al ser humano y

creo que tú le gustarás»), y sentí que me había encariñado con la señorita Fothering. Pero mi dicha se volvió enojo al pensar en lo que podía llegar a sufrir; la sola idea de su dolor, de su sufrimiento, me produjo un desasosiego enorme, mayor del que había sentido nunca. Volví a pensar en mi propio miedo y en mi sueño, en todo lo que aquella visión había traído consigo. Volví a sentir un inmenso terror; era como si presintiera que algo estaba a punto de suceder, como si la tragedia se acercara a su clímax. Sabía que era muy tarde. Miré el reloj. Faltaban unos minutos para la una. Recordé que, después de que el señor Trevor regresara a casa la noche de mi sueño, el reloj había dado las doce. En Scarp había un reloj que daba tan alto las horas que, en bastantes millas a la redonda, la gente se regía por él. Los minutos pasaban tan lentos que cada segundo parecía una eternidad.

Estaba de pie, con el reloj en la mano, contando los segundos, cuando, de repente, entró en la habitación una luz tan brillante que hizo que la que procedía de la vela que estaba en la mesa pareciera insignificante. Aquella luz que entraba a raudales por la ventana proyectó mi sombra sobre la pared. Mi corazón dejó de latir durante unos instantes y la sangre fluyó de forma tan violenta a mis sienes que se me nubló la vista y la cabeza me empezó a dar vueltas. Enseguida me recuperé y fui hacia la ventana con el temor de que mi sueño se volviera a repetir.

La luz seguía allí, pero no había niños ni brujas ni demonios. La luna acababa de salir y pude ver su reflejo al final del lago. Volví inquieto la mirada hacia el lugar donde había visto a los niños y a las brujas, pero solo vi los sombríos tejos y los altos matorrales de flores plateadas mecidos por el viento de la noche. La luz hacía destacar la silueta de las flores y las hacía más llamativas.

Mientras contemplaba la escena, un pensamiento repentino cruzó por mi mente como un chispazo. En un segundo comprendí toda aquella visión. La luz de la luna y su reflejo en el agua, que penetraba en mi habitación, era la luz de mi sueño o el fantasma que creí haber visto. Aquellos tres arbustos de flores plateadas eran los tres niños adorables, y las hojas secas y el follaje oscuro de los tejos eran lo que a mí me había parecido el diablo. En cuanto al resto, la cama vacía y el rostro del cuadro, mi vago recuerdo del apellido Fothering y la olvidada leyenda de la maldición... ¡Qué estúpido, qué estúpido había sido! Había sido víctima de las circunstancias y de mi propia imaginación. Después pensé en las dudas que estarían asaltando a la señorita Fothering. ¿Acaso el haberle contado mi sueño, el haberle pedido una prenda, todo ello junto a qué fuera de noche y a aquel paisaje tenebroso, no producirían en ella el efecto que yo temía? Fue solo en ese momento tan amargo, tan amargo, cuando me di cuenta de lo estúpido que había sido. Pero ¿cómo le afectaría a ella mi angustia? Por un momento pensé en levantar a la

señora Trevor y contarle todo lo ocurrido; así podría acercarse a la habitación de la señorita Fothering y decirle que no había ningún motivo de alarma. Pero no tuve tiempo de hacerlo. Mientras me dirigía a la puerta, el reloj dio la una. Oí un grito que procedía de la habitación que estaba debajo de la mía.

Era un grito agudo, más de sorpresa que de miedo. La campanada del reloj había despertado, sin duda, a la señorita Fothering, y esta, al asomarse a la ventana, había visto las mismas figuras que yo le había descrito.

Me precipité escaleras abajo y llegué a la puerta de su dormitorio, que estaba justo debajo del que yo ocupaba. Estaba a punto de entrar cuando, instintivamente, el respeto a su intimidad me contuvo. Durante unos segundos permanecí allí de pie, en silencio, con la mano en el pomo de la puerta.

De dentro venía una voz, su voz, que exclamaba sorprendida.

—¿Todo esto está sucediendo de verdad? ¿Estoy sola? —pero luego continuó en un tono más alegre—. No, no estoy sola. ¡La prenda que él me dio! ¡Oh, gracias a Dios, gracias a Dios!

Sus palabras hicieron que una enorme dicha invadiera mi corazón. Noté que mi pecho se desbordaba y unas lágrimas de felicidad brotaron de mis ojos. Entonces comprendí que tenía la fuerza y el valor suficientes para enfrentarme yo solo al mundo por ella. Pero antes de que mis ilusiones tuvieran tiempo de hacerse realidad, se desvanecieron. De nuevo su voz salió de la habitación, esta vez teñida de desesperación, y me dejó helado de pies a cabeza.

—¡Aaah! ¿Todavía está ahí? ¡Oh, Dios mío, no me hagas perder la razón! ¡Ojalá hubiera alguien a mi lado! —Luego su voz sonó en tono de súplica—. No me dejará usted sola, ¿verdad? Su prenda. Sí, recuerda su prenda. ¡Ayúdeme, ayúdeme ahora!

Su voz se volvió entonces más frenética. De repente, oí un grito inarticulado, de lamentación, que reflejaba el terror que sentía.

Al oír aquel grito agónico, me di cuenta de que la locura no tardaría en apoderarse de ella, de que yo ya había vacilado demasiado. Debía dejar a un lado los convencionalismos, si quería remediar mi fatal error. Nada podía salvarla de salir malparada de aquella situación (tal vez la demencia, tal vez la muerte), salvo una fuerte impresión que rompiera el hechizo que dominaba su miedo y su imaginación desbordada. Me lancé sobre la puerta y entré en la habitación gritando:

—¡Valor, valor! ¡No está sola, yo estoy aquí! ¡Recuerde la prenda!

Instintivamente, agarró el pañuelo, pero apenas oía mis palabras y tampoco parecía notar mi presencia. Estaba sentada en la cama, tenía la cara desencajada por el miedo y miraba hacia afuera. De fuera llegó el ulular de un

búho que volaba por encima del lago. Ella también lo escuchó y chilló:

—¡También se ríen! ¡Ya no hay esperanza! Ni siquiera él se atreverá a enfrentarse a ellos.

A continuación, soltó un grito tan salvaje, tan desgarrado que, nada más oírlo, me puse a temblar y se me erizó el pelo. Por toda la casa se oían gritos de espanto, tintineos de campanillas y pasos apresurados, pero aquella desgraciada joven no era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Ella seguía mirando por la ventana, esperaba la consumación del sueño.

Comprendí que había llegado el momento de actuar y de autoinmolarse. Solo había una manera de remediar mi error fatal: lanzarme contra la ventana y tratar de esa forma de despertarla y de sacarla del trance.

No dije nada. Simplemente corrí por la habitación y me lancé de espaldas contra la gruesa lámina de cristal. Al volverme, vi a la señora Trevor entrar corriendo alarmada en la habitación.

—¡Diana, Diana! ¿Qué ocurre?

El cristal se rompió, saltó en mil pedazos. Pude sentir cómo sus bordes afilados se me clavaban como cuchillos. No me quejé del dolor que sentía porque, por encima del ruido de los pasos corriendo, del crujir de los cristales y de los gritos que venían de dentro y fuera de la habitación, pude escuchar su voz, que gritaba con alegría:

—¡Estoy salvada! ¡Los ha vencido!

Luego, se dejó caer en los brazos de la señora Trevor, quien yacía tumbada en la cama.

Sentí un choque fortísimo. Era como si todo el Universo se hubiera llenado de chispas de fuego que giraran a mí alrededor a la velocidad de la luz. Creí estar en el centro de un mundo en llamas. A continuación, oí el rumor de un viento que zumbaba cada vez más fuerte. La oscuridad lo invadió todo y los sonidos se apagaron. Parecía que el mundo se hubiera acabado. No recuerdo nada más.

Después

Cuando recobré la consciencia, me encontré echado en una cama en una habitación a oscuras. Me pregunté qué hacía allí e intenté mirar a mí alrededor, pero ni siquiera pude mover la cabeza unos centímetros. Intenté hablar, pero mi voz salía sin fuerza (era como un susurro de otro mundo). El esfuerzo para hablar hizo que perdiera de nuevo el conocimiento y la oscuridad me volvió a invadir.

Poco a poco sentí algo frío en la frente, pero no sabía lo que era. Pensé en cientos de objetos, pero no pude identificarlo con ninguno de ellos. Permanecí tumbado durante un tiempo y, al cabo de un rato, abrí los ojos y vi a mi madre inclinada sobre mí: era su mano la que producía aquella agradable sensación de frescor en mi frente. De todos modos, me extrañé. Esperaba verla, pero estaba sorprendido porque hacía mucho, muchísimo tiempo que no la veía. Sabía que estaba muerta... ¿Estaría yo también muerto? La miré otra vez con más detenimiento y vi que sus rasgos desaparecían, pero la expresión continuaba siendo la misma. Entonces, fue el rostro tan querido y conocido de la señora Trevor el que poco a poco fue tomando forma ante mí. Sonrió al comprobar que la había reconocido y se inclinó a besarme con ternura. Cuando retiró la cabeza, algo cálido me cayó en la cara. Me pregunté qué podía ser y, tras pensar un buen rato con los ojos cerrados, llegué a la conclusión de que había sido una lágrima. Después de otro instante de reflexión, abrí los ojos para saber por qué lloraba, pero ya se había ido. Aunque las persianas no estaban echadas, pude darme cuenta de que la habitación estaba casi a oscuras. Me sentía más despierto y más fuerte que antes. Intenté llamar a la señora Trevor. Detrás de las cortinas de la cama se levantó de una silla una mujer y fue hacia la puerta. Masculló algo, se volvió y me colocó la almohada.

—¿Dónde está la señora Trevor? —le pregunté sin fuerzas—. Estaba aquí hace un momento.

La mujer me sonrió y respondió:

—Vuelve enseguida. ¡Por Dios, qué feliz se va a poner de verlo tan fuerte y consciente!

Al cabo de unos minutos, la señora Trevor volvió a la habitación; se inclinó sobre mí y me preguntó cómo me sentía. Le dije que estaba bien pero, de repente, me asaltó una idea y le pregunté:

—¿Qué me ha pasado?

Me contó que había estado enfermo, muy enfermo, pero que ahora me encontraba mejor. Algo, no sé el qué, me hizo recordar de golpe la habitación y el susto que había provocado en el resto de la casa. La sangre se me subió a la cabeza y me mareé, pero la señora Trevor me sujetó con su brazo y, unos instantes después, me recobré y recuperé completamente la memoria. Me agarré con fuerza al brazo que me sostenía y le pregunté:

—¿Ella está bien?

Dijo que estaba a salvo.

—¿Está bien?

—Calma, querido, calma. Está perfectamente. No te preocupes.

—¿No me está engañando? —le pregunté—. Cuéntemelo todo, lo soportaré. ¿Está bien o no?

—Ha estado muy enferma, pero ahora está mejor y más fuerte, gracias a Dios.

Me puse a llorar, mitad de debilidad, mitad de alegría. La señora Trevor, al darse cuenta, gracias a su instinto femenino, de que prefería quedarme solo, se fue enseguida de la habitación, después de hacerle un gesto a la enfermera, quien volvió a sentarse tras las cortinas de la cama.

Estuve pensando un rato. Todo el tiempo que había transcurrido desde mi llegada a Scarp hasta el momento en que perdí la consciencia, después de estrellarme contra la ventana, se me antojaba un sueño. Lentamente, la oscuridad se fue apoderando de la habitación y con mis pensamientos empecé a dar forma a los objetos que me rodeaban. Al final, mis ojos, agotados, se cerraron a la realidad y, en sueños, seguí pensando en todo lo ocurrido. Tengo un vago recuerdo de haber comido algo y de haberme vuelto a dormir, pero no recuerdo nada más hasta que me desperté por la mañana y volví a ver a la señora Trevor en la habitación. Se acercó a mi cama, se sentó y me dijo:

—¡Ay, Frank! Esta mañana tienes mejor cara y pareces más fuerte. Espero que te pongas bien muy pronto.

Con sus hábiles y frías manos me colocó el almohadón y retiró el cabello que caía sobre mi frente. Le cogí la mano y se la besé: Hacerlo me llenó de felicidad. Luego le pregunté cómo estaba la señorita Fothering.

—Mejor, esta mañana está mucho mejor. Lleva preguntando por ti desde que ha tenido fuerzas para hacerlo y, hoy, en cuanto le he dicho que te encontrabas mejor, se ha puesto muy contenta.

Mientras hablaba, me sentí enrojecer, pero ella prosiguió:

—Me ha pedido que le permita verte en cuanto ambos estéis bien. Quiere agradecerte lo mucho que hiciste aquella espantosa noche. Pero ya basta, no quiero contarte más batallas. Que te cuente ella lo que quiera.

—¿Agradecerme qué? ¿Haberla arrastrado hasta el borde de la locura o quizá hasta la muerte por mis miedos tontos y mi imaginación? ¡Ay, señora Trevor, sé que usted nunca se burla de nadie, pero todo esto me parece una burla!

Ella se inclinó sobre mí, se sentó junto a mi cama y, con el mismo grado de dulzura que de firmeza, dijo algo que me hizo comprender que hablaba en serio:

—Si tuviera un hijo, desearía que hubiera pensado como tú has pensado, que hubiera actuado como tú has actuado. Lo estaría pidiendo día y noche y, si mi hijo hubiera sufrido como tú has sufrido, me inclinaría sobre él como me inclino sobre ti ahora y me sentiría feliz, como me siento ahora, de que hubiera pensado y actuado como un hombre de buen corazón. Daría gracias a Dios por haberme dado un hijo así y, si hubiera muerto como al principio pensé que iba a ocurrirte a ti, me sentiría una mujer feliz y orgullosa, y me arrodillaría junto a su cuerpo sin vida, como si sostuviera entre mis brazos a un hijo vivo.

Cómo latía mi corazón débil, pero emocionado, mientras ella hablaba. Me sentía apenado ante aquellos instintos maternos desaprovechados, alegre porque una mujer honesta hubiera aprobado mi forma de actuar hacia una mujer a la que amaba, dichoso por el profundo cariño que profesaba hacia mí. No podía dudar de la autenticidad de sus palabras, su rostro resplandecía al decirlas.

Levanté los brazos, con todas las fuerzas de que era capaz, y le rodeé el cuello.

A continuación, le susurré al oído una sola palabra: Madre.

No se lo esperaba porque se quedó atónita. Me abrazó con fuerza. Al mirar sus ojos, llenos de amor y de una dicha tan anhelada, pude sentir cómo una lluvia de lágrimas caía por mi rostro.

Al contemplarla, me sentí mejor, más fuerte. Su felicidad consiguió darme fuerzas.

Permaneció en silencio durante un momento. Luego, como si hablase consigo misma, dijo:

—Dios por fin me ha dado un hijo. Os lo agradezco, oh, Padre. Perdonadme si en algún momento he dudado. El hijo por el que tanto he rogado podía haber sido diferente del que anhelaba. Pero siempre hacéis las cosas lo mejor posible.

Volvió a quedarse en silencio un instante, mientras me sujetaba entre sus brazos. Yo me sentía tremendamente feliz. En torno a mí reinaba el amor, un amor que llevaba esperando toda la vida. El amor de una madre, tan ansiado desde mi infancia en el orfanato, había llegado al fin; el amor de una mujer a la que quería tanto como a una madre y cuyo cariño estaba ahora tan cerca de mí.

Empecé a sentirme cansado y la señora Trevor me recostó sobre la almohada. Me agradaba sobremanera observar sus maneras tan maternas. Por fin se había roto el hielo que nos separaba, nos habíamos declarado nuestro cariño, y esa mujer de cabellos blancos se sentía tan feliz con aquella

declaración como el propio joven.

A la mañana siguiente, me sentí algo más fuerte y un poco mejor todavía al otro día. Siempre me atendía la señora Trevor, y lo que me contaba de la mejoría de la señorita Fothering contribuía no poco a animarme. Así fueron pasando los días, pero aún habrían de transcurrir muchos más hasta que me permitieran levantarme de la cama.

Un día, la señora Trevor vino a mi habitación. Parecía como si estuviera gratamente sorprendida. Ya por entonces podía sentarme un rato cada día y había comenzado a recuperar fuerzas, al menos a sentirme menos débil, aunque aún estaba convaleciente.

—Frank, el médico dice que mañana te podemos cambiar de habitación y que ya puedes ver a Di.

Como es de suponer, estaba impaciente por ver a la señorita Fothering. Durante el tiempo que había sido capaz de pensar a lo largo de mi enfermedad, el único pensamiento que me había invadido día y noche había sido ella. Estaba enamorado de aquella joven incluso antes de la fatídica noche. Mi corazón se había encargado de confesarme aquel secreto mientras esperaba oír las campanadas del reloj y comprendía la estupidez de mi sueño. Pero ahora, no solo amaba a aquella mujer, sino que casi llegaba a idolatrar la imagen que tenía de ella. Nuestras conversaciones habían ayudado, en gran medida, a aumentar mi afecto. Ahora solo ansiaba verla.

A la mañana siguiente, me desperté antes de lo habitual y sentí que me subía la fiebre a medida que se acercaba el momento de verla. Sin embargo, rápidamente me bajó la temperatura pues casi llegaron a amenazarme: si no estaba en condiciones, tendría que aplazar la visita para otro día.

Por fin llegó el momento esperado. Sentado en mi silla de ruedas, me llevaron al gabinete de la señora Trevor. En cuanto entré, miré por todas partes hasta que vi, sentada en otra silla, cerca de una de las ventanas, a una joven que movía lánguidamente la cabeza y cuyos rasgos se parecían a los de la señorita Fothering. Estaba muy pálida y tenía la mirada perdida en el vacío; daba la sensación de estar muy delicada, pero ante mis ojos aquello no hacía sino ensalzar su belleza. Al verme, un hermoso rubor se apoderó de su rostro e incluso tiñó de color su frente de alabastro. Pero la emoción se desvaneció enseguida; se tranquilizó y palideció incluso más que antes. Me acercaron la silla hasta ella, y la señora Trevor, mientras se inclinaba sobre ella y le daba un beso después de colocarle el cojín de la silla, le dijo:

—Di, mi amor, he traído a Frank para que te vea. Podéis estar charlando un rato, pero no olvides que las órdenes del médico son muy estrictas. Si cualquiera de los dos se pone nervioso por cualquier motivo, me veré obligada

a prohibiros que os volváis a ver hasta que estéis recuperados.

Estas últimas palabras las dijo mientras salía de la habitación.

Me sentí ruborizado y pálido, con calor y frío. Miré a la señorita Fothering y titubeé. No obstante, al cabo de uno o dos segundos, tomé aliento para hablar con ella:

—Señorita Fothering, espero que me perdone por todo el dolor y el peligro al que la he expuesto solo por un estúpido miedo mío. Le aseguro que nada de lo que hice...

Pero ella me interrumpió:

—Señor Stanford, le ruego que no hable más así. He de agradecerle todas las atenciones que ha tenido conmigo. No sabe lo orgullosa que estoy del valor y la madurez que demostró al rescatarme del horror de aquella escena diabólica.

Al decir estas últimas palabras, se puso más pálida, incluso más de lo que ya lo estaba y empezó a temblar. Me asusté y dije en el tono más animado de que fui capaz:

—No se preocupe. Cállese. Todo ha acabado, ya pasó. No permita que el miedo se apodere de nuevo de usted.

Aunque mis palabras la tranquilizaron, no bastaron para acallar sus miedos. Al verla tan nerviosa, llamé a la señora Trevor, quien vino de la habitación contigua y se quedó hablando un rato con nosotros. Poco a poco, la señora Trevor, con su charla animosa, consiguió calmar los temores de la señorita Fothering. La pobre chica se había llevado un enorme susto y la sola idea de ser yo culpable me llenaba de angustia. Después de un rato de apacible charla, conseguí animarme, pero comencé a sentirme mareado y me llevaron de vuelta a mi cuarto y me acostaron.

Durante muchos días, que se me hicieron interminables, continué estando muy débil y apenas mejoraba. Veía a la señorita Fothering a diario y cada día la amaba más. A medida que pasaban los días, ella se fue recuperando y, al cabo de unas semanas, gozaba de cierta salud, mientras yo seguía bastante débil. Su enfermedad solo había sido la consecuencia lógica del miedo que había pasado aquel desdichado día, pero la mía era una debilidad tras un largo período de ansiedad, que iba desde el momento en que tuve el sueño y la visión, a la que se añadía la debilidad física producida por las heridas que me hice al atravesar la ventana. Durante toda aquella época, la señora Trevor se portó conmigo como una madre. Me cuidó día y noche y, en la medida en que fue capaz, me hizo la vida lo más feliz posible. Pero el momento de mayor felicidad de aquellos días era cuando pensaba en una idea que se fue haciendo

cada vez más patente: Diana se preocupaba por mí. A petición de la señora Trevor, la joven se quedó más tiempo en Scarp, puesto que su padre se había ido al continente a pasar el invierno y, así, junto con mi madre adoptiva, ella se ocupó de mí. Día tras día, solo le preocupaba atender mis deseos, y llegué a imaginármela como un ángel guardián pendiente de mí en todo momento. Con la peculiar hipersensibilidad que acompañaba a la postración física, percibí que, a medida que aumentaba su sentimiento de lástima, aumentaba también su fortaleza. Mi amor crecía entre ambas realidades; a veces me preguntaba si no sería por simpatía, y no solo por pena, por lo que se anticipaba a mi voluntad y a mis deseos, o si era amor lo que surgía como respuesta en su corazón cuando el mío latía por ella. Sus actos y palabras solo daban muestras de ternura y lástima, pero yo seguía esperando algo más de ella.

Aquellos días de prolongada debilidad fueron para mí maravillosos, realmente maravillosos. Solía mirarla durante horas mientras ella permanecía sentada frente a mí leyendo o cosiendo, y mis ojos se llenaban de lágrimas cuando pensaba en lo duro que sería morir y abandonarla. La llama de mi amor ardía con tanta fuerza que pensaba, en contra de mi educación religiosa, que si moría, dejaría lo mejor de mi ser en este mundo. Acostumbraba a imaginar, no sin cierta fantasía, no menos poderosa por ser menos real, en lo que le diría si me encontrase totalmente recuperado. Le hablaría con palabras más nobles que estas con las que ahora doy vida a mis pensamientos. Mientras estuviera hablando con ella, mi pasión, mi honradez y mis intenciones sinceras me harían tan elocuente que ella estaría encantada de escucharme. Pasearía con ella a la luz del sol por los bosques que se abrían ante mi ventana y me sentaría a sus pies en una loma cubierta de musgo junto a algún arroyo cantarín que saltara alegre entre las piedras, y la miraría fijamente a los ojos, donde mi futuro quedaría dibujado en un haz de luz. Le susurraría al oído dulces palabras de amor que me harían estremecer al pronunciarlas y a ella estremecerse al escucharlas. Se inclinaría sobre mí, me demostraría su amor y me dejaría manifestarle el mío sin reproches. Y luego vendría igual que la sombra de una nube se ciñe sobre el paisaje de abril, esa idea amarga, amarguísima, de que todos aquellos momentos no eran sino un sueño y de que cuando llegara la hora, cuando el tiempo se hubiera parado para siempre, yo ya estaría seguramente bajo tierra. Y tal vez ella lloraría en el silencio de su habitación, triste, con lágrimas tristes por aquel amor frustrado y por mí. Después, mis pensamientos se volvían menos egoístas e intentaba imaginarme el tránsito amargo de mi muerte (si es que de veras ella me amaba); sé que una mujer no ama por el valor de lo que ama, sino por la fuerza del cariño y de la admiración que siente hacia un hombre ideal, que ella ve encarnado en un hombre concreto. Pero mis pensamientos siempre anhelaban que esos sueños de felicidad fueran proféticos. ¡Pobre de mí, había perdido toda la fe en los sueños! Aun así, no podía dejar de pensar que, aunque mi visión no hubiera

asustado a la señorita Fothering, podría haberla asustado igual el efecto de la luz de la luna sobre los arbustos de flores plateadas y que, gracias a la Providencia, yo había sido el instrumento que la había salvado de una impresión aún mayor de la que sufrió y ante la que quizá nadie la hubiera podido ayudar a tiempo. Era este pensamiento el que una y otra vez me llenaba de esperanza. Cada vez que recordaba su dolor por mi muerte, los ojos se me llenaban de lágrimas, unas lágrimas que borraban de mi mente todos mis temores.

Entonces, ella se acercaba a mí y me ponía su mano en la frente y me murmuraba al oído dulces palabras de consuelo y de esperanza. Al sentir su aliento cálido en mi mejilla y al notar cómo me retiraba el pelo de la frente, desaparecía toda sensación de dolor, de angustia, de inquietud, y yo solo vivía la felicidad del presente. En tales momentos, lloraba de felicidad en silencio; estaba demasiado débil e incluso me afectaban las cosas más triviales. Cualquier recuerdo perdido en la memoria de una palabra tierna, de un gesto amable o de alguna pena o aflicción me sobrecogía durante horas y agitaba todas las fibras sensibles de mi ser.

Lenta, muy lentamente, empecé a recuperarme, pero durante muchos días me sentí un perfecto inútil. Al recobrar fuerzas, también se fue consolidando mi pasión, porque mi amor por Diana se había convertido en eso, en una gran pasión. La llevaba tan dentro de mis pensamientos que mi amor por ella era parte de mi ser; sentía que, si no estaba a su lado, mi vida no tendría ningún sentido. Pero, por extraño que parezca, a medida que crecían mis fuerzas y mi pasión, también me volvía más tímido. En su presencia me sentía tan avergonzado y timorato que difícilmente me atrevía a mirarla a la cara y no era capaz ni siquiera de hablar, salvo para responder a alguna pregunta. Había dejado de soñar; las ensoñaciones diurnas que ahora me invadían parecían salvajes y casi sacrílegas a mi imaginación. Pero cuando ella no me miraba, habría sido feliz simplemente con verla o con oírla hablar. Podía decir cuándo salía de casa o cuándo entraba: sus pasos eran la melodía más dulce, después de su voz.

Algunas veces se daba cuenta de mis tímidas miradas y, entonces, ante mi patente rubor, aparecía en su rostro una sonrisa. Era dulce y femenina pero, a veces, yo pensaba que esa actitud no era más que una expresión de la lástima que sentía por mí. Siempre estaba en mis pensamientos, y estas dudas y temores me asaltaban constantemente; me daba cuenta de que dar vueltas y vueltas al mismo asunto, una manía que me sentía incapaz de evitar, me perjudicaba, quizá hasta el punto de retrasar mi recuperación.

Un día me sentía muy triste. Tenía una amarga sensación de soledad poco normal en mí. Era un síntoma de que estaba recobrando la salud, porque era como despertar de un sueño a la realidad, con todos sus problemas y

preocupaciones. Había una sensación de frialdad y soledad en el mundo, y yo me sentía como si hubiese perdido algo sin haber ganado nada a cambio. De hecho, había perdido parte de mi sensación de independencia, lógica en todo estado de postración, pero aún no había recuperado las fuerzas. Me senté junto a la ventana en medio de la oscuridad y me quedé contemplando aquel jardín que las flores que llenan de dulzura el aire con su aroma hacen brillar en verano; ahora solo lo iluminaban los tranquilos y suaves destellos de un sol de otoño y unas cuantas flores dispersas que habían sobrevivido a las primeras heladas.

Allí sentado, no podía dejar de pensar en cuál sería mi futuro. Sentía que iba recuperando las fuerzas y que la vida pasaba delante de mí como algo muy real. Cuánto deseé en aquel momento tener el valor necesario para pedirle a Diana que se casara conmigo. Cualquier certeza habría sido mejor que aquella incertidumbre, ante la que no dejaba de sufrir. Tenía pocas esperanzas de que me aceptara, porque parecía que ahora se ocupaba menos de mí que en los primeros días de mi enfermedad. Conforme me recuperaba, ella parecía distanciarse de mí y, cuanto más aumentaban mis miedos y mis dudas, menos podía evitar pensar en la alegría que sentiría si ella me aceptaba, o bien en la desesperación que me invadiría si me rechazaba.

Aquel día, cuando entró en mi habitación, mis temores llegaron a sobrecogerme. Parecía más fuerte que de costumbre; un ligero rubor, sin duda síntoma de salud, daba color a sus mejillas. Estaba tan adorable que no podía creer que una mujer así aceptara ser mi esposa. Había algo de timidez en sus gestos cuando se acercó a hablar conmigo; dio unos pequeños pasos a mí alrededor, e hizo todas esas tareas que solo la mano de una mujer sabe hacer a un inválido. Se volvió hacia mí dos o tres veces, como si fuera a hablarme, pero luego se giraba, siempre en silencio, sonrojada. Notaba que su corazón latía con fuerza. Por fin dijo:

—Frank.

¡Oh, qué latido sentí al escuchar mi nombre salir de sus labios por primera vez! La sangre se me subió a la cabeza y estuve a punto de marearme. La calidez de su mano en mi frente me hizo revivir.

—Frank, ¿puedo hablar contigo unos minutos con absoluta franqueza?

—Adelante.

—¿Me prometes no pensar que soy poco femenina o algo por el estilo? Te aseguro que tengo razones para actuar así. ¿Me lo prometes?

Aquello lo dijo lenta y dubitativamente, con un gran suspiro.

—Te lo prometo.

—Aún no estás todo lo recuperado que debieras. El doctor dice que debe de haber alguna idea en tu mente a la que le das vueltas y que está retrasando tu recuperación. La señora Trevor y yo hemos estado hablando de ello. Hemos cambiado impresiones y creo que sabemos lo que te pasa. Pero, Frank, no debes palidecer ni sonrojarte de esa manera o tendré que irme.

—Me calmaré, te lo prometo. Continúa.

—Las dos pensamos que te hará bien si hablamos contigo con franqueza y queremos saber si estamos en lo cierto. La señora Trevor creyó que era mejor que yo hablara contigo.

—¿Y qué es lo que pensáis que me ocurre?

Hasta ahora, aunque ella se había mostrado muy emocionada, el tono de su voz había sido fuerte y claro, pero a esta última pregunta respondió más bajo y con mucha vacilación.

—Tú estás muy encariñado conmigo y temes que yo... temes que yo no te ame.

Aquí, un torrente de lágrimas interrumpió su voz y volvió la cabeza.

—Diana —dije—, querida Diana —y le abrí mis brazos.

El rubor se extendió por su rostro y cuello. Entonces, se volvió y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Un débil brazo rodeó su cintura, mientras mi otra mano descansaba sobre su cabeza. No dije nada. No podía hablar, pero sentía los latidos de su corazón y pensé que, si moría, sería feliz para siempre, si es que existe la memoria en el Más Allá.

Durante un largo, largo y maravilloso instante, ella se quedó así y poco a poco nuestros corazones cesaron de latir con tanta fuerza.

Esta fue nuestra declaración de amor. Ni palabras vacías ni promesas apasionadas; el silencio y la sensación de cariño entre nuestros corazones era más dulce de lo que pueden serlo las palabras.

Diana levantó la cabeza y me miró a los ojos sin miedo, pero con dulzura, y me preguntó.

—Oh, Frank, ¿crees que hice bien al decírtelo? ¿No habría sido mejor si hubiera esperado?

Ella leyó mis deseos en mis ojos y recostó la cabeza sobre mí. La besé en la frente y recé con fervor:

—Gracias, Señor, todo ha sucedido como tenía que suceder. Que Dios bendiga a mi amada esposa por los siglos de los siglos.

—Amén —dijo una voz dulce y tierna.

Los dos levantamos la vista sin vergüenza, habíamos reconocido la voz de mi segunda madre. Su rostro, bañado en lágrimas de felicidad, se iluminó con un rayo de sol que acababa de penetrar por la ventana.

El regreso de Abel Behenna

Otras de las grandes pasiones de Stoker a lo largo de su vida fue el mar. Siempre que sus obligaciones se lo permitían, se escapaba a sus lugares de vacaciones favoritos, el pueblo de Whitby, en Yorkshire, y la aldea de pescadores de Cruden Bay, en la costa escocesa. Si el primero le sirvió como escenario de algunos de los más famosos pasajes de «Drácula», Cruden Bay le inspiró las novelas «La boca del río Watter» («Watter's Mou», 1895) y «The Mystery of the Sea» (1902) y relatos como «Las arenas de Crooken» («Crooken Sands», 1894). «The Coming of Abel Behenna» está ambientado en Cornualles, donde el escritor también pasó unos días de ocio en el año 1892. Allí descubrió la pequeña localidad de Boscastle, que se convirtió en el Pencastle del cuento. Por otra parte, el nombre del protagonista, Behenna, está tomado del apellido de soltera de una tía del propio Stoker, Sarah Penberthy, una anciana dama que fue la primera en hablarle de ese lugar. La narración esté directamente emparentada con las historias marineras de Stoker, de cierto regusto romántico: la apasionada relación amorosa de los protagonistas está de nuevo basada en la rivalidad de dos hombres por la misma mujer y se cierra con un grotesco clímax, digno de un cuento de horror.

El pequeño puerto de Cornualles, en Pentcastle, relucía en los primeros días de abril a la luz de un sol que parecía haber llegado para quedarse tras un duro y largo invierno. El peñón se erguía desafiante sobre un fondo azul añil, donde el cielo, cubierto de niebla, se juntaba con el horizonte. El mar tenía el auténtico tono Cornualles, todo él de color zafiro, salvo en esas zonas impenetrables bajo los acantilados donde se volvía de color verde esmeralda oscuro y donde las cuevas abrían sus amenazadoras mandíbulas. En las laderas del peñón la hierba estaba seca y era de color pajizo. Los arbustos de aliaga exhibían un tono ceniza, pero el dorado de sus flores se esparcía por toda la ladera, dibujaba líneas hacia la cima e iba quedando reducido a pequeños parches y puntos, para terminar desapareciendo allí donde los vientos marinos barren los acantilados y cortan la vegetación como si se tratasen de unas tijeras que trabajaran sin descanso. Toda la ladera, de color tierra con reflejos dorados, parecía un inmenso martillo amarillo.

El pequeño puerto se abría al mar entre altísimos acantilados y por detrás de un solitario peñasco, horadado por multitud de cuevas y orificios, por entre

los que el mar enviaba su voz ensordecedora y chorros de espuma en época de tormenta. El puerto se abría serpenteando hacia el Oeste y, a izquierda y derecha, defendía su entrada en forma de curva con dos pequeños embarcaderos. Estos estaban toscamente contruidos con láminas de pizarra oscura, colocadas unas tras otras y sujetas entre sí por unos ganchos de hierro.

Allí nacía el lecho pedregoso del río, cuyos torrentes, producidos por las crecidas del invierno, habían horadado su cauce en las montañas. En la primera parte del cauce, el río era profundo y en las zonas más bajas contenía fragmentos de roca con multitud de agujeros donde los cangrejos y las langostas eran batidos por el flujo de la marea. De entre las rocas salían unos robustos postes, que se utilizaban para amarrar a ellos las pequeñas embarcaciones que visitaban el puerto. Más arriba, el río seguía siendo profundo y se abría paso tierra adentro, pero su cauce era tranquilo, pues descargaba toda su fuerza más abajo. Un cuarto de milla hacia el interior, seguía siendo caudaloso cuando había marea alta pero, cuando bajaba la marea, dejaba ver en ambas orillas los mismos fragmentos de roca que en el cauce bajo, y por entre sus grietas murmuraba y resbalaba el agua dulce del río natural, una vez que la marea había bajado. También aquí había postes de amarre para las barcas de los pescadores. En ambas orillas del río se alzaba una hilera de casas de campo; eran unas casas bonitas, sólidas y contruidas unas tras otras con un pequeño y primoroso jardín en la parte delantera, repleto de plantas de otros tiempos, grosellas en flor, primaveras, alhelíes y uvas de gato. Por las fachadas de muchas de ellas trepaban glicinias y clemátides. Los marcos de las ventanas y las jambas de las puertas eran blancos como la nieve, y el pequeño sendero que llevaba a cada casa tenía baldosas de brillantes colores. En alguna de las entradas había un pequeño porche, y otras estaban decoradas con un asiento rústico fabricado con troncos de árboles o con barriles viejos; en casi todas, el antepecho de las ventanas estaba lleno de cajas o de macetas con flores o plantas verdes.

En dos de estas casas, cada una en una orilla del río, vivían dos hombres, dos hombres jóvenes, apuestos, con dinero, compañeros y rivales desde la infancia. Abel Behenna era moreno, de ese moreno gitano que los nómadas fenicios dedicados a la minería fueron dejando a su paso; Eric Sansón (cuyo apellido, según los viejos del lugar, provenía del antiguo Sagamanson) era de tez pálida, de ese tono rojizo que evidencia antepasados escandinavos. Era como si el destino los hubiera elegido para trabajar juntos, para luchar el uno por el otro y apoyarse en todo. Su compenetración era tal que habían acabado enamorándose de la misma mujer. Sin duda alguna, Sarah Trefusis era la chica más guapa de Pencastle. Eran muchos los jóvenes que de buena gana hubieran probado fortuna con ella de no ser porque los dos que se la disputaban eran los más fuertes y decididos del puerto, excepción hecha el uno del otro. La mayoría de los hombres pensaban que se trataba de una empresa demasiado

ardua y, por ello, no sentían mucha simpatía por ninguno de nuestros tres protagonistas. Por su parte, tengan por seguro que las muchachas, que se tenían que conformar, muy a su pesar, con sus novios gruñones, sabiendo que no eran los mejores, tampoco miraban con muy buenos ojos a Sarah.

Entre tanto, y a lo largo de más o menos un año —ya se sabe que un noviazgo a la antigua es un proceso lento—, los dos hombres y la mujer salieron muchas veces juntos. Estaban contentos, no les importaba y, Sarah, que era algo vanidosa y frívola, se las apañó para vengarse de los hombres y las mujeres del lugar. Cuando una mujer joven salía de paseo, solo podía presumir de un novio, y no resultaba muy halagador que digamos ver a su acompañante mirando con ojos de cordero degollado a una mujer más bella cortejada por dos fervientes pretendientes.

Pero llegó un momento en el que Sarah sintió miedo, y fue entonces cuando intentó mantenerse al margen, pues tenía que decidirse por uno de los dos hombres. Para ser honestos, le gustaban los dos; cualquiera podía hacer feliz a la chica más exigente. Pero Sarah era tan previsora que pensaba más en lo que podía perder que en lo que podía ganar. Cada vez que intentaba decidirse, la invadían las dudas. Solía ocurrir que descubría en el hombre que había rechazado nuevas cualidades que se le habían pasado por alto antes de haberle descartado.

Les prometió a los dos que el día de su cumpleaños les daría una respuesta y, ese día, el 11 de abril, llegó. Ninguno de los dos sabía de la promesa del otro, pero ninguno estaba dispuesto a olvidar la suya. Sarah se encontró a los dos muy temprano rondando cerca de su casa. No se habían dicho que estaban haciendo allí. Solo buscaban la oportunidad de obtener una respuesta. Normalmente, Damón no se lleva a Pitias[34] cuando tiene que hacer una promesa, y en el corazón de cada uno de aquellos dos hombres el futuro estaba por encima de la amistad. Permanecieron allí todo el día. Sarah se encontraba en una situación muy embarazosa y, aunque disfrutaba sintiéndose adorada por dos hombres, había momentos en los que le molestaba que fueran tan perseverantes. Su único consuelo en momentos como aquellos era ver, por la sonrisa de las otras chicas que pasaban por su puerta y la veían custodiada por dos guardianes, cómo las invadían los celos.

La madre de Sarah era una persona vulgar y de ideas sórdidas. Al ver la situación, su única intención, que ya había expresado en repetidas ocasiones a su hija de la forma más tosca, era conseguir que Sarah sacase el máximo partido posible de aquellos dos hombres. Con este propósito y con gran astucia, se había mantenido al margen del galanteo de ambos y había observado en silencio el desarrollo de los acontecimientos. Al principio, Sarah se había enfadado con ella por sus sórdidas ideas pero, como suele ser normal, su carácter débil cedió ante tanta persistencia y se resignó. Por eso, no se

sorprendió cuando un día, en el pequeño jardín que había detrás de la casa, su madre le susurró:

—Vete a dar un paseo. Quiero hablar con estos dos hombres. Ambos te desean y ha llegado el momento de aclarar las cosas.

Sarah comenzó a protestar, pero su madre la interrumpió.

—¡Te he dicho que ya he tomado una decisión! Los dos te quieren y solo uno puede tenerte. Pero antes de que elijas, debo conseguir que te quedes con todo lo que poseen los dos. ¡No me discutas, niña, vete a dar un paseo! Cuando vuelvas, ya estará todo arreglado. Será muy sencillo.

Sarah se fue ladera arriba por los estrechos senderos que serpenteaban por entre los campos dorados, y la señora Trefusis se reunió con los dos hombres en la salita de estar de la pequeña casa.

Comenzó el ataque con el desesperado valor que exhiben todas las madres cuando piensan en sus hijos, por muy mezquinas que sean sus intenciones.

—Ambos estáis enamorados de mi Sarah —les dijo. Y con su tímido silencio admitieron una afirmación tan descarada. Ella continuó—: Ninguno de los dos tiene demasiado.

De nuevo asintieron.

—No sé si alguno de vosotros podría mantener a una esposa.

Aunque ninguno dijo una palabra, su reacción fue de claro desacuerdo. La señora Trefusis continuó:

—Pero si juntáis lo que tenéis, podríais construir un confortable hogar para uno de los dos y para mi Sarah.

Mientras hablaba, miró entusiasmada a los dos hombres con sus pícaros ojos entrecerrados. Después, satisfecha, pues pensaba que habían aceptado su propuesta, siguió hablando como para evitar discutir.

—A la chica le gustáis los dos y seguro que le cuesta elegir. ¿Por qué no elegís vosotros por ella? Primero, reunid vuestro dinero. Sé que tenéis algo ahorrado. Dejad que el afortunado se quede con todo, invierta el dinero y, después, vuelva a casa y se case con ella. Supongo que no tendréis miedo. Estoy segura de que ninguno se negará a hacer lo que os propongo por la mujer a la que ambos amáis.

Abel rompió el silencio.

—No creo que la mejor forma de conseguir a la chica sea echárnoslo a cara o cruz. A ella no le gustaría. No creo que sea muy respetuoso.

Eric le interrumpió. Sabía que si Sarah tenía que elegir entre ellos dos, él

llevaba la peor parte.

—¿Tienes miedo al azar?

—¿Yo? ¡No! —contestó Abel rápidamente.

La señora Trefusis, al ver que su plan comenzaba a funcionar, quiso sacarle el máximo provecho.

—Entonces, tanto si decidís vosotros cuál de los dos se queda con ella, como si es ella la que decide, ¿estáis de acuerdo en reunir todo vuestro dinero para construirle un hogar?

—Sí —dijo Eric sin pensárselo, y Abel accedió con la misma seguridad.

Los pícaros ojitos de la señora Trefusis empezaron a brillar. Escuchó los pasos de Sarah en el jardín y dijo:

—Bien, ya viene. Os dejo con ella —y, a continuación, se fue.

Durante el breve paseo por la ladera, Sarah había estado intentando decidirse. Se sentía furiosa con los dos hombres por haberla puesto en aquella situación comprometida y, cuando entró en la habitación, dijo:

—Me gustaría charlar con vosotros dos. Vamos al Flagstaff Rock. Allí no nos molestará nadie.

Cogió su sombrero y salió de la casa por el camino sinuoso que llevaba a la escarpada ladera, coronada por un asta de bandera. Este promontorio era la embocadura más septentrional del pequeño puerto. Por el sendero solo se podía ir en fila de a dos, así que Sarah iba delante seguida de los dos hombres, que caminaban uno al lado del otro y mantenían la distancia. Durante este trayecto, el corazón de ambos ardía de celos. Cuando llegaron a la cima del peñasco, Sarah se apoyó en el mástil de la bandera y los dos jóvenes permanecieron frente a ella. La joven había escogido aquella posición de forma intencionada y consciente, pues no quedaba espacio para que ninguno se colocara a su lado.

Permanecieron en silencio durante un instante. A continuación, Sarah comenzó a reírse y dijo:

—Os prometo que hoy voy a daros una respuesta. Le he estado dando vueltas, vueltas y más vueltas y me he enfurecido con los dos por atormentarme de esta manera. El problema es que aún no lo tengo claro.

A esto Eric respondió:

—¡Déjanos decidir por ti!

Sarah no mostró indignación alguna ante tal propuesta. Las continuas indicaciones de su madre le habían enseñado a aceptar algo así, y su débil

carácter le hacía aferrarse a cualquier solución que le permitiese salir de aquel apuro. Permaneció con la mirada baja, clavada en las mangas de su vestido, como si con aquella actitud accediera a la proposición. Instintivamente, los dos hombres, al darse cuenta de la situación, sacaron una moneda del bolsillo, la lanzaron al aire y pusieron la otra mano sobre la palma sobre la que había caído la moneda. Durante unos segundos permanecieron callados. Entonces, Abel, que era el más serio de los dos, dijo:

—Sarah, ¿te parece bien?

Mientras hablaba, levantó la mano con la que estaba tapando la moneda y se la guardó en el bolsillo.

Sarah estaba irritada.

—Me guste o no, es suficiente para mí. Tómalo o déjalo, como prefieras —dijo.

Abel le contestó sin perder tiempo:

—No, cariño, todo lo que es bueno para ti es bueno para mí. Yo aceptaré lo que salga, pero piénsatelo bien. No quiero que te arrepientas después. Si amas a Eric más que a mí, soy demasiado hombre para continuar aquí. Por el contrario, si me eliges a mí, no nos atormentes a los dos el resto de nuestras vidas.

Al verse frente a frente con el problema, la verdadera naturaleza de Sarah salió a relucir; se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar diciendo:

—Todo es culpa de mi madre. No hace otra cosa que hablarme del tema.

Eric rompió el silencio y le dijo bruscamente a Abel:

—Deja a la muchacha tranquila. Si ella quiere actuar así, déjala. Es lo que queríamos oír. Lo ha dicho y debemos aceptarlo.

Sarah se volvió hacia él enfurecida y gritó:

—¡Cállate! ¿Por qué dices eso? —y volvió a gritar.

Eric estaba tan asombrado que no dijo ni una sola palabra. Se quedó medio atontado, con la boca abierta y la moneda aún en la mano. Todo permaneció en silencio hasta que Sarah se apartó las manos de la cara, se rio histérica y dijo:

—Como no os aclaráis, me marchó a casa —y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Para! —dijo Abel con tono autoritario—. Eric, tú lanza la moneda que yo diré cara o cruz. Pero antes de que hagamos nada, veamos si lo he entendido: quien gane coge todo el dinero que tenemos los dos, lo lleva a Bristol y se embarca para invertirlo. Después, regresa, se casa con Sarah y se

queda con todo lo que ha producido el dinero. ¿Lo he entendido bien?

—Sí —dijo Eric.

—Me casaré en mi próximo cumpleaños —le interrumpió Sarah.

Al darse cuenta de lo que había dicho, se volvió ruborizada. La mirada de los dos hombres ardía como si fuera fuego.

Eric añadió:

—Dentro de un año. Quien gane tendrá que esperar un año.

—¡Lánzala ya! —dijo Abel, y la moneda voló por los aires.

Eric la cogió y la volvió a sujetar con sus manos.

—¡Cara! —dijo Abel, mientras su rostro palidecía. Al tiempo que se echaba hacia adelante para ver, Sarah se inclinó también y sus cabezas estuvieron a punto de tocarse. Abel pudo sentir el cabello de Sarah acariciándole la mejilla, y se estremeció como el fuego. Eric levantó la mano que tapaba la moneda: había salido cara. Abel dio unos pasos hacia Sarah y la cogió entre sus brazos. Entre blasfemias, Eric arrojó la moneda al mar. Se apoyó contra el asta de la bandera y miró a los otros con aspecto amenazador y con las manos hundidas en los bolsillos. Abel susurró unas palabras de pasión y deseo al oído de Sarah y, mientras las escuchaba, la joven creyó que la suerte había interpretado correctamente los deseos ocultos de su corazón y que era a Abel a quien ella más amaba.

Abel levantó la mirada y vio el rostro de Eric iluminado por el último rayo de sol del atardecer. Aquel tono rojizo intensificaba la rudeza natural de su aspecto y parecía como si estuviese cubierto de sangre. A Abel ya no le importaba que le mirara con desprecio, pues ahora su corazón había encontrado la calma y podía sentir pena por su amigo. Se le acercó para intentar consolarle; le tendió la mano y le dijo:

—He tenido suerte, viejo amigo. No me guardes rencor. Trataré de hacer feliz a Sarah y tú serás como un hermano para nosotros dos.

—¡Maldito seas, hermano! —eso fue todo lo que dijo Eric antes de marcharse.

Cuando había descendido ya unos cuantos pasos por el escarpado sendero, se volvió y empezó a subir de nuevo. Permaneció frente a Abel y Sarah, que estaban abrazados, y dijo:

—Tienes un año. ¡Aprovéchalo! Asegúrate de que llegas dentro del plazo para poder hacerla tu esposa. Regresa con tiempo para presentar las amonestaciones y poder casarte el 11 de abril. Si no lo haces, te aseguro que yo presentaré las mías y entonces será demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir, Eric? ¡Estás loco!

—No más loco que tú, Abel Behenna. ¡Vete, es tu oportunidad! A mí me ha tocado quedarme, ¿verdad? Pero no voy a permitir que la hierba crezca bajo mis pies. A Sarah no le preocupabas más que yo hace cinco minutos, y puede volver a ser como hace cinco minutos una vez que te hayas ido. Solo has ganado por un punto. La suerte puede cambiar.

—La suerte no va a cambiar —dijo Abel Behenna—. Sarah, ¿me serás fiel? No te casarás hasta que yo regrese, ¿verdad?

—¡Un año! —añadió Eric—. Ese es el trato.

—Te lo prometo, esperaré un año —dijo Sarah.

Un oscuro presentimiento invadió el rostro de Abel. Iba a hablar, pero logró dominarse y sonrió.

—No quiero ser muy duro. No voy a enfadarme esta noche. ¡Vamos, Eric, hemos jugado y luchado juntos. He ganado limpiamente! ¡He jugado limpio todo el tiempo que ha durado esta relación! Lo sabes tan bien como yo y, ahora que estoy a punto de irme, debo pedirle a mi viejo camarada que me ayude cuando no esté aquí.

—No pienso ayudarte —dijo Eric—. ¡Así pues, ayúdame, Dios!

—Es Dios quien me ha ayudado a mí —dijo Abel.

—Entonces, deja que sea Él quien lo siga haciendo —dijo furioso Eric—. A mí me sobra con el demonio.

Y sin decir ni una sola palabra más descendió rápidamente el empinado sendero y desapareció entre las rocas.

Cuando se hubo marchado, Abel esperaba que Sarah le dijera algo cariñoso, pero la primera observación que hizo le produjo un escalofrío.

—¡Qué triste está todo sin Eric!

Estas palabras le resonaron en los oídos hasta que la acompañó a casa e incluso mucho después.

A la mañana siguiente, muy temprano, Abel oyó un ruido en la puerta y, al asomarse, vio a Eric corriendo en dirección contraria. En el umbral de la puerta había una bolsa de lona llena de monedas de oro y plata; prendido a la bolsa había un pequeño trozo de papel que decía así:

«Coge el dinero y vete. Yo me quedo aquí. ¡Dios para ti y el diablo para mí! Recuerda, el 11 de abril. Eric Sansón».

Aquella tarde Abel salió para Bristol y una semana después embarcó en el

Star of the Sea rumbo a Pahang. Todo su dinero, incluido el que le había dado Eric, estaba a bordo invertido en un negocio de juguetes baratos. Se había dejado aconsejar por un astuto y viejo lobo de mar de Bristol que conocía bien a los malayos y que le pronosticó que cada penique invertido regresaría al barco convertido en un chelín.

A medida que iba transcurriendo el año, la preocupación de Sarah se hacía cada vez mayor. Eric siempre estaba dispuesto a hacerle el amor y ella nunca se negaba.

En todo ese tiempo solo llegó una carta de Abel; decía que el negocio le había ido bien, que había enviado unas doscientas libras al Banco de Bristol y que había invertido cincuenta que todavía le quedaban en mercancías para China. Por muy lejos que llegara el Star of the Sea, regresaría a Bristol. A Eric le decía que le devolvería la parte del negocio que le correspondía junto con los beneficios. A Eric no le gustó nada aquella proposición y la madre de Sarah pensó que no era más que una chiquillada.

Ya habían transcurrido más de seis meses y no había llegado ninguna otra carta de Abel. Las esperanzas de Eric, que se habían venido abajo tras recibir la carta desde Pahang, empezaron a tomar cuerpo de nuevo.

Asediaba continuamente a Sarah con un «y si...»... ¿Si Abel no regresase, ¿te casarías conmigo? Si el 11 de abril Abel no llegara al puerto, ¿serías capaz de dejarle? Y si Abel hubiera cogido toda su fortuna y se hubiera casado con otra chica, ¿te casarías conmigo cuando se supiese la verdad de lo ocurrido? Y así con un sinfín de posibilidades. Tal insistencia obró sobre el carácter de la joven.

Sarah comenzó a perder la fe en Abel y empezó a ver en Eric a un posible marido, y un posible marido es, a los ojos de una mujer, diferente al resto de los hombres. Empezó a sentir un cariño nuevo hacia él, y el roce diario hizo que el afecto fuera cada vez mayor. Sarah vio en Abel un obstáculo y, de no ser por la perseverancia de su madre, que le recordaba una y otra vez la fortuna depositada en el Banco de Bristol, ella habría intentado negar por todos los medios la existencia de Abel.

El 11 de abril era sábado. Si alguien quería contraer matrimonio ese día, tenía que presentar las amonestaciones el domingo 22 de marzo. Desde principios de ese mes, Eric no hacía otra cosa que pensar en la ausencia de Abel, y la idea de que hubiera muerto o se hubiera casado comenzó a tomar forma en la mente de Sarah. Cuando transcurrió la primera quincena del mes, Eric se sintió más feliz y, tras asistir a las celebraciones litúrgicas el día 15, fue con Sarah a dar un paseo por el Flagstaff Rock. Una vez allí, le habló así:

—Le dije a Abel, y a ti también, que si no estaba aquí para anunciar sus

amonestaciones para el día 11, yo presentaría las mías el 12, y ese día ha llegado ya. Es él quien no ha cumplido su palabra.

En ese momento, fue como si Sarah dejara a un lado toda su debilidad y su indecisión:

—¡Todavía no ha roto su palabra!

Eric apretó con rabia los dientes.

—Si con eso quieres decir que le vas a defender —dijo mientras golpeaba una y otra vez con sus manos el asta de la bandera, que emitía una especie de murmullo—, me parece bien. Yo respetaré mi parte del trato. El domingo anunciaré las amonestaciones y, si quieres, puedes ir a la iglesia a impugnar el futuro matrimonio. Si Abel está en Pencastle para el día 11, él mismo puede cancelarlas y correr las tuyas pero, hasta entonces, yo seguiré adelante y ¡ay de aquel que se interponga en mi camino!

Tras estas palabras, se lanzó por el camino empedrado, y Sarah no pudo sino admirar su fuerza y espíritu vikingo al verle atravesar la colina y alejarse a grandes zancadas por entre los acantilados hacia Bude.

Durante esa semana no se supo nada de Abel, y el domingo Eric presentó las amonestaciones de matrimonio entre él y Sarah Trefusis. El párroco no puso ninguna pega porque, aunque no se había anunciado nada de manera oficial a los fieles, se daba por sentado que, a la vuelta de Abel, este se casaría con Sarah. Pero Eric no discutió con él.

—Es un tema muy doloroso, padre —y lo dijo con tal convicción que el pastor, que era un hombre muy joven, no pudo sino dejarse convencer por aquellas palabras—. Seguro que no hay nada contra Sarah ni contra mí. ¿Por qué iba a oponerse la gente?

El pastor no añadió nada y, al día siguiente, leyó por primera vez las amonestaciones ante el claro rechazo de la congregación. Sarah estaba allí presente, contra lo que manda la tradición, y aunque se moría de vergüenza, disfrutaba de su triunfo sobre el resto de las chicas que todavía no habían anunciado sus amonestaciones.

Antes de que hubiese terminado la semana, Sarah empezó a hacerse el vestido de novia. Eric solía ir a verla coser y la sola visión de la joven le hacía estremecerse de emoción. Le decía toda clase de palabras bonitas, y aquellos momentos de galanteo fueron una delicia para ambos.

Las amonestaciones se leyeron por segunda vez el día 29, y las esperanzas de Eric se hacían cada vez mayores. A pesar de ello, tenía momentos de auténtica desesperación; se daba cuenta de que la copa de la felicidad podía apartarse de sus labios en cualquier momento, incluso cuando todo pareciera

haber llegado a su fin. Era entonces cuando a Eric le invadía la ira, una ira encarnizada, una despiadada pasión; apretaba los dientes y los puños como si en sus venas quedara algo de la furia de los Berserker[35], sus antepasados. El jueves de aquella semana pasó por casa de Sarah y la encontró allí, iluminada por los rayos del sol, cosiéndole los últimos adornos a su blanco vestido de novia.

La alegría embargaba el corazón de Eric. Al ver a aquella mujer, que muy pronto sentiría la misma emoción que él, le invadió una felicidad inexpresable y un lánguido éxtasis. Se inclinó, besó a Sarah en la boca y le susurró estas palabras en su sonrosada oreja:

—¡Ese es tu vestido de novia, Sarah, y mío también!

Mientras retrocedía unos pasos para poder admirarla, ella le miró de forma insolente y le dijo:

—Quizá no sea para ti. ¡A Abel le queda todavía más de una semana! —y, a continuación, gritó espantada cuando Eric, con un gesto enérgico y pronunciando un violento juramento, salió corriendo de la casa y cerró la puerta de un golpe tras él.

Este incidente afectó a Sarah más de lo que ella nunca hubiera podido imaginar: todos sus temores se despertaron y se avivaron sus dudas y su indecisión. Lloró durante un instante, guardó el vestido y, para tranquilizarse, salió a sentarse un rato en la cima del Flagstaff Rock. Cuando llegó allí, se encontró con un pequeño grupo de personas que discutían acaloradamente sobre el tiempo. El agua estaba en calma y el sol brillaba, pero unas extrañas franjas de luz y de sombra atravesaban el mar, y cerca de la orilla la espuma rodeaba las rocas, una espuma que se esparcía en grandes curvas y círculos blanquecinos a los que arrastraba la corriente. El viento había vuelto en frías y afiladas bocanadas. El respiradero que recorría el peñón de Flagstaff retumbaba a intervalos, y las gaviotas gritaban sin cesar al girar sobre la entrada del puerto.

—No me gusta nada —oyó Sarah que un viejo pescador le decía al guardacostas—. Solo lo he visto así una vez, cuando el East Indiaman Coromandel se partió en dos en la bahía de Dizzard.

Sarah no quiso saber más. Siempre tenía miedo cuando se hablaba de peligro y no podía escuchar hablar de naufragios ni desastres. Volvió a casa y cogió el vestido para terminarlo; estaba decidida a apaciguar a Eric cuando lo que debería hacer era disculparse y hacer las paces con él.

La predicción sobre el tiempo del anciano pescador estaba más que justificada. Esa noche, cuando empezaba a oscurecer, se desató una enorme tormenta. El mar rugía y azotaba con fuerza la costa Oeste desde Skye hasta

Scilly, e iba dejando a su paso un rastro de destrucción. Todos los marineros y pescadores de Pencastle se dirigieron hacia las rocas y los acantilados, y otearon el horizonte impacientes. De repente, un destello de luz avisó de la presencia de una embarcación que iba a la deriva, con una sola vela y a una milla del puerto. Todas las miradas y los catalejos se centraron en ella, en espera de ver el siguiente destello; cuando este llegó, un coro de voces se alzó diciendo que era el *Lovely Alice*, que comerciaba entre Bristol y Penzance y hacía escala en todos los pequeños puertos que había entre ambas localidades.

—¡Que Dios se apiade de ellos! —dijo el capitán del puerto—. Nada ni nadie podrá salvarlos cuando estén entre Bude y Tintagel y el viento los arrastre hacia la orilla.

Los guardacostas hicieron grandes esfuerzos y, ayudados por bravos corazones y voluntariosas manos, llevaron los lanzabengalas hasta la cima del Flagstaff Rock. A continuación, encendieron unas bengalas azules para que la tripulación pudiera divisar la entrada al puerto, en caso de que pudieran acercarse hasta él. A bordo de la embarcación se esforzaron con gran valentía, pero no les habría servido de nada ni la mayor de las destrezas ni de las fuerzas. En pocos minutos el *Lovely Alice* se precipitó contra el gran saliente que custodiaba la entrada del puerto. Entre el rugido de la tempestad se oyeron los gritos de los que estaban a bordo y se arrojaban al mar en un último intento por salvar sus vidas. Las bengalas azules ardían en el cielo, y todos los ojos observaban con atención las profundas aguas por si divisaban algún rostro. Sostenían las cuerdas con las manos para lanzarlas en caso de que se pudiese salir en ayuda de alguien. Pero no vieron a nadie, y todos aquellos brazos deseosos de acción permanecieron quietos.

Eric estaba allí, entre sus compañeros. Su origen islandés no quedó nunca tan patente como en aquel terrible momento. Cogió una cuerda y le gritó al capitán del puerto:

—Voy a bajar a la roca que hay sobre la cueva. La marea está subiendo y puede que arrastre a alguien hasta allí.

—¡No vayas! —fue la respuesta—. ¿Tú estás loco? Un solo resbalón sobre esa roca y estás perdido. Nadie podría mantenerse en pie ahí en la oscuridad de la tempestad.

—No es cierto —contestó—. Recuerde cómo Abel Behenna me sacó de allí en una noche como esta cuando mi barco se precipitó sobre Gull Rock. Me sacó de las profundidades de la cueva. Ahora podemos salvar a alguien igual que hicieron conmigo.

Y desapareció en la oscuridad. El saliente tapaba la luz que las bengalas proyectaban sobre el Flagstaff Rock, pero Eric conocía demasiado bien el

camino como para perderse. Sus valientes y seguros pasos le sirvieron de guía y en poco tiempo se encontró de pie en la gran roca horadada por la acción de las olas en la entrada de la cueva, donde el agua yacía impenetrable. Allí estaba relativamente a salvo, pues la forma cóncava de la roca repelía las olas y, aunque parecía como si el agua que crecía bajo sus pies hirviera como en un ardiente caldero, más allá había una zona en completa calma. También en aquel lugar la roca parecía ahogar el sonido del vendaval, y Eric podía oírlo y verlo todo perfectamente. Mientras permanecía allí, con el rollo de cuerda dispuesto para ser lanzado, creyó oír, justo tras el remolino de agua, un débil grito de desesperación. Le contestó con un chillido que atravesó la noche. Esperó a ver el destello de luz y, cuando lo divisó, lanzó la cuerda hacia la oscuridad donde había visto el rostro que emergía del remolino de espuma. Alguien cogió la cuerda. Sintió que tiraban de ella y volvió a gritar con su potente voz:

—¡Átesela alrededor de la cintura y le sacaré!

Cuando sintió que la habían amarrado, caminó por la roca hacia el otro lado de la cueva, donde el agua estaba algo más calmada y donde podría tener un lugar de apoyo más seguro para sacar al hombre por encima del saliente. Comenzó a tirar y enseguida se dio cuenta, por el trozo de cuerda que había usado, de que el hombre al que estaba rescatando estaría en unos instantes cerca de donde él se encontraba. Se tranquilizó y respiró hondo para poder completar el rescate. Se acababa de inclinar cuando un destello de luz reveló a cada hombre la identidad del otro, la del rescatador y la del rescatado.

Eric Sanson y Abel Behenna estaban cara a cara. Ninguno de los dos sabía que aquel encuentro y Dios iban a ser decisivos en sus vidas.

En ese momento, una ola de ira invadió el corazón de Eric. Todas sus esperanzas se habían hecho pedazos y sus ojos miraban con el odio de Caín[36]. Comprendió lo que pasaba y vio la alegría reflejada en el rostro de Abel al darse cuenta de que la mano que le había salvado era la suya. Esto avivó aún más su odio. Mientras le devoraba la rabia, dio un paso hacia atrás y la cuerda se le resbaló de entre las manos. Al odio le siguió un sentimiento de compasión, pero ya era demasiado tarde.

Antes de que se pudiera reponer, Abel, atado a la cuerda que debería haberle servido de ayuda, cayó en la oscuridad del mar devorador con un grito de desesperación.

Entonces, con todo el peso de la locura y la maldición de Caín sobre él, Eric bajó corriendo por las rocas sin preocuparse del peligro y con un solo deseo: volver a estar entre la gente cuyos sonidos pudieran ahogar este último grito que parecía resonar aún en sus oídos.

Cuando alcanzó el Flagstaff Rock, los hombres se le acercaron y, entre la furia de la tormenta, escuchó al capitán del puerto que le decía:

—Escuchamos un grito y creímos que habías muerto. ¡Qué pálido estás! ¿Dónde está la cuerda? ¿Has conseguido salvar a alguien?

—A nadie —gritó mientras sentía que nunca podría llegar a explicar el haber permitido que su propio camarada cayera al mar en unas circunstancias parecidas y en el mismo lugar en el que este un día le salvara la vida.

Deseó poder contar una mentira convincente que hiciera olvidar para siempre el suceso. No había ningún testigo de lo ocurrido. Si tenía que recordar aquel pálido rostro y llevar aquel grito de desesperación retumbándole en los oídos para siempre, al menos nadie debía saberlo.

—Nadie —gritó aún más fuerte—. Me resbalé sobre la roca y la cuerda cayó al mar.

Dicho esto, se marchó, bajó corriendo por el sendero y llegó a su casa, donde se encerró.

El resto de la noche la pasó tendido en la cama, vestido e inmóvil, mirando fijamente hacia arriba. A través de la oscuridad creyó distinguir un rostro lívido que brillaba húmedo a la luz; al verle, su alegría se convirtió en atroz desesperación. Una y otra vez escuchaba el eco de un grito en su alma.

Por la mañana, la tormenta había amainado y todo volvía a sonreír, salvo el mar, que seguía agitado en una furia interminable. Hasta el puerto habían llegado grandes restos del naufragio y otros flotaban en el mar que rodeaba la isla. Hasta el puerto habían sido arrastrados también dos cuerpos, uno el del capitán de la embarcación y el otro el de un marinero al que nadie conocía.

Sarah no supo nada de Eric hasta el atardecer y, entonces, él solo la vio un minuto. No entró en la casa, la vio por una ventana que estaba abierta.

—Bien, Sarah —gritó con una voz que a la joven le pareció de ultratumba—. ¿Está ya listo el traje de novia? ¡Es este domingo, recuerda, este domingo!

Sarah estaba contenta de que la reconciliación hubiera sido tan fácil pero, como haría cualquier mujer, cuando vio que la tormenta había amainado y que sus temores no tenían fundamento, volvió al ataque.

—Será el domingo —dijo sin mirarle—, si Abel no está aquí para el sábado.

Entonces, alzó la mirada con descaro, aunque tenía miedo de que su impetuoso amante volviera a estallar de ira. Pero no había nadie en la ventana; Eric se había marchado. Sarah retomó su labor entristecida. No volvió a ver a Eric hasta el domingo por la tarde, después que las amonestaciones se leyeran

por tercera vez; Eric se presentó ante ella delante de todo el mundo con un aire de posesión que en parte agradaba y en parte fastidiaba a Sarah.

—¡Todavía no, señor! —le dijo apartándole mientras se reían las otras chicas—. Debes esperar hasta el próximo domingo, el día después del sábado —añadió mirándole con insolencia. Las chicas se rieron de nuevo y los jóvenes soltaron una carcajada. Creían que era el desaire con el que le trataba Sarah lo que le tenía molesto y que por eso se había puesto tan pálido como una sábana al marcharse. Pero Sarah, que sabía más que ellos, se rio cuando vio el triunfo reflejado en el espasmo de dolor que retorció el rostro de Eric.

La semana transcurrió sin novedad. Sin embargo, a medida que se acercaba el sábado, Sarah empezó a sentirse inquieta y Eric se pasaba las noches yendo de un sitio para otro como un poseso. Se encerraba cuando salían los demás, y una y otra vez bajaba a las rocas y a las cuevas, donde gritaba en voz muy alta. Parecía como si en cierto modo esto le calmara y, así, después era capaz de contenerse. Se pasó todo el sábado en casa, sin salir. Como se iba a casar al día siguiente, los vecinos pensaron que lo hacía por timidez y no se preocuparon ni le dijeron nada. Solo una cosa perturbó a Eric; el jefe de los barqueros entró en su casa, se sentó a su lado y, tras una pausa, le dijo:

—Eric, ayer tuve que ir a Bristol. Estuve en el cordelero comprando otro rollo de cuerda para reemplazar el que perdiste la noche de la tormenta, y allí hablé con Michael Heavens, uno de los vendedores. Me dijo que Abel Behenna había regresado a casa la semana pasada a bordo del Star of the Sea desde Cantón y que había depositado una importante suma de dinero en el Banco de Bristol a nombre de Sarah Behenna. Abel se lo contó a Michael y también le dijo que tenía un pasaje en el Lovely Alice para Pencastle.

—No sufras, hombre —le dijo cuando vio que Eric entre gemidos bajaba la cabeza hasta las rodillas y se tapaba el rostro con las manos—. Sé que era un gran amigo tuyo y que no pudiste hacer nada. Debió de hundirse con el resto aquella terrible noche. He pensado que era mejor decírtelo antes que la noticia te llegara por otro lado. No dejes que Sarah Trefusis se asuste. Eran buenos amigos, y sabes que las mujeres se toman estas cosas muy a pecho. No permitas que una cosa así la apene en el día de su boda.

A continuación, se levantó, se marchó y dejó a Eric allí, sentado con la cabeza sobre las rodillas.

—¡Pobre muchacho! —susurró el jefe de los barqueros—. Le ha llegado al alma. Claro, eran grandes amigos, y Abel le salvó la vida.

Ese día por la tarde, los niños salieron de la escuela y se fueron a correr por el muelle y por los senderos que atravesaban los acantilados. Algunos fueron corriendo al puerto muy nerviosos; allí, unos cuantos hombres descargaban

una embarcación de carbón y otros muchos supervisaban la operación. Uno de los niños gritó;

—¡Hay una marsopa en la entrada del puerto! ¡La hemos visto atravesando el respiradero! ¡Tiene una cola muy larga y nadaba a mucha profundidad bajo el agua!

—No es una marsopa —dijo otro—. ¡Es una foca, pero tiene una cola muy larga! Salió de la cueva.

Cada niño tenía su propia versión, pero todos estaban de acuerdo en dos cosas; fuera lo que fuera aquello, había salido por el respiradero y tenía una cola larga y fina, tan larga que ninguno pudo ver dónde terminaba. Los niños exageraban pero, como parecía evidente que habían visto algo, un gran número de personas, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, se encaminaron por los senderos que iban a cada lado de la boca del puerto para echar un vistazo a esa nueva especie de la fauna marina, ya fuera una marsopa de cola larga o una foca.

La marea estaba subiendo y había una suave brisa. Como la superficie del mar estaba rizada, solo se podía ver con claridad el fondo del mar en algunos momentos. Después de establecer un turno de vigilancia, una mujer dijo gritando que había visto algo moverse en el canal, justo debajo de donde ella se encontraba. Todo corrieron hacia allí pero, cuando llegaron, la brisa había arreciado y era imposible distinguir lo que había bajo la superficie del agua. Le preguntaron y empezó a describir lo que había visto, pero todo era tan incoherente que pensaron que se lo había inventado.

Si no llega a ser por el relato de los niños, nadie habría dado crédito a sus palabras. Contó medio histérica que había visto «algo parecido a un cerdo con las entrañas fuera», pero solo la escuchó un anciano guardacostas, que asentía con la cabeza sin hacer el más mínimo comentario. Durante el resto del día, vieron al guardacostas en la orilla mirando el mar con una expresión de enfado en su rostro.

A la mañana siguiente, Eric se levantó temprano; no había dormido en toda la noche, y moverse a la luz del día le proporcionaba un gran alivio. Al afeitarse, no le tembló la mano, y se vistió con el traje de la boda. Estaba demacrado y parecía como si hubiese envejecido en los últimos días. Sin embargo, en su mirada había un destello de triunfo, y una y otra vez se decía a sí mismo:

—¡Hoy es el día de mi boda! Abel no puede reclamar a Sarah, esté vivo o muerto, vivo o muerto, vivo o muerto.

Se sentó en su butaca a esperar con una misteriosa tranquilidad a que llegase el momento de ir a la iglesia. Cuando la campana comenzó a sonar, se

levantó, salió de su casa y cerró la puerta tras de sí. Miró al río y vio que la marea había subido de nuevo. En la iglesia se sentó con Sarah y con su madre; durante todo el tiempo tuvo la mano de Sarah cogida fuertemente entre las suyas, como si temiera perderla. Cuando terminó la ceremonia, se pusieron en pie al mismo tiempo y contrajeron matrimonio en presencia de toda la congregación; nadie abandonó la iglesia. Ambos respondieron con voz clara y fuerte, y en las respuestas de Eric se adivinaba un tono desafiante. Cuando terminó la boda, Sarah cogió a su marido del brazo y salieron juntos. Algunos padres tuvieron que dar una bofetada a sus hijos para que se comportaran bien y desistieran de seguir a los recién casados.

El camino que salía de la iglesia llevaba a la parte de atrás de la casa de Eric, y allí había un estrecho pasillo que la separaba de la casa de su vecino.

Cuando la pareja de novios pasó por allí, el resto de la congregación, que los había seguido a corta distancia, se asustó al oír gritar a la novia. Corrieron por el pasillo y la encontraron en la pendiente con los ojos desorbitados; señalaba el cauce del río, justo al otro lado de la puerta de Eric Sansón.

La marea había depositado sobre las rocas el cuerpo desnudo de Abel Behenna. La corriente había enrollado la cuerda que colgaba de su cintura al poste de amarre y lo había mantenido oculto mientras la marea había estado baja. El codo derecho estaba encajado en la grieta de la roca y la mano quedaba extendida hacia Sarah, con la palma abierta hacia arriba, como si esperase estrechar la suya con aquellos dedos lánguidos y pálidos.

Sarah Sansón no supo nunca con exactitud lo que sucedió después. Siempre que intentaba recordarlo le zumbaban los oídos, se le nublaba la vista y todo se desvanecía. Lo único que recordaba de todo aquello y que jamás olvidaría era la respiración de Eric, su rostro, más pálido que el de aquel hombre muerto, y aquellas palabras que se escuchaban entrecortadas bajo su respiración:

—¡La ayuda del diablo, la fe en el diablo, el precio del diablo!

El hombre de Shorrox

Uno de los grandes amigos que Stoker tuvo a lo largo de su vida fue su hermano Thornley, dos años mayor que él y orgullo de la familia: de profesión médico, llegó a ser presidente de la Real Sociedad de Cirujanos y fue nombrado caballero en 1895. Pero también era un gran viajero y un ameno conversador, siempre atento a todo tipo de historias que recopilaba en sus numerosos viajes a lo largo y ancho de Irlanda. En otoño de 1893 Stoker e

Irving se encontraban en Dublín, donde estaban realizando una de sus giras teatrales, y tuvieron ocasión de pasar una velada con Thornley. Fue entonces cuando este les relató una de esas narraciones que le habían contado en alguna remota aldea. A principios del siguiente año, Stoker la convirtió en relato en Londres y la tituló «El hombre de Shorrox» («The Man from Shorrox»). Fue publicado en la edición de febrero de Pall Mall Magazine. Entre el chascarrillo de taberna y el cuento de humor negro —con un argumento que recuerda poderosamente a un episodio de la novela de Charles Dickens y Wilkie Collins «Los perezosos» (The Lazy Tour of Two Idle Apprentices», 1857)—, es una de las piezas más abiertamente cómicas de la carrera de Stoker y todo un canto a la idiosincrasia de su querida Irlanda natal.

Entre ustedes y yo, se lo digo de corazón, no tiene mucho sentido contar la misma historia una y otra vez. Sin embargo, no tengo ningún inconveniente en contársela a auténticos caballeros como ustedes, que no olvidan que todo hombre, por pobre que sea, tiene tanto derecho a hablar como el propio Creso[37].

Esta historia tuvo lugar en una población con mercado de Kilkenny, quizá del King's County[38] o del Queen's County[39]. En cualquier caso, era uno de esos condados a los que Cromwell[40], ¡maldita sea su estampa!, les dio nombre. Y al hotel se le llamó así por él, que fue el alguacil mayor e inventó la policía, ¡Dios le perdone! Lo regentaban un hombre llamado Mickey Byrne y su buena esposa (al menos fue así hasta aquella misteriosa noche en que unos muchachos lo confundieron con otro caballero, un desconocido, que había comprado una propiedad maldita. Imagínense su sorpresa). Mickey volvía de las carreras de Curragh con la piel tan tensa por todo el whisky que había bebido que no pudo ni abrir los ojos para ver lo que ocurría, ni abrir la boca para dirigirse a los muchachos justo después de recibir en la cabeza el primer golpe con una de las ramas de endrino con las que solían hacer tales trabajos. Los pobres chicos estaban tan arrepentidos de su error cuando se lo llevaron a casa a su viuda que la mujer no tuvo coraje para ser demasiado severa con ellos. Al principio, se sintió enojadísima, después de todo, solo era una mujer, incapaz, como todas, de razonar como hacen los hombres. ¡Malditos asesinos!

Durante unos instantes pareció enloquecer y estuvo a punto de decapitarlos a todos con el hacha pero, al verlos tan pálidos y tan callados, bajó el hacha y se arrodilló junto al cadáver.

—Dejadme con mi muerto —dijo—. ¡Ay, mi hombre! No tiene ningún sentido que nadie más sufra en una noche terrible como esta. Mick Byrne no tuvo ningún enemigo mientras estuvo vivo y su muerte no hará daño a nadie. Ahora, fuera. Muchachos, sed buenos y no maltratéis el espíritu de una pobre viuda.

Bueno, después de aquel incidente, la mujer no hizo grandes cambios y siguió regentando el hotel de la misma manera. Cuando alguno de sus amigos le ofrecía ayuda, la mujer tan solo decía:

—Mick y yo hemos llevado esta casa perfectamente. Cuando crea que necesito ayuda, os lo haré saber. De momento, me las arreglo sola, como antes, hasta que Mick y yo nos reunamos de nuevo.

Está claro que aquel viejo lugar siguió siendo el mismo aunque, como era de esperar, Mick no estaba allí con su cachiporra para poner paz cuando el ambiente se caldeaba en las noches de feria o en época de elecciones, cuando se partían cabezas como si fueran huevos, ¡alabado sea el Señor!

La viuda Byrne era una buena mujer. Era un gran ser: una mujer honrada, casi tan alta como un hombre de mediana estatura y con una forma de ser que llegaba al corazón de cualquiera. Sabía estar siempre en su sitio. Su piel era como el satén, con un rubor tan tenue como si los rayos del sol se reflejaran en una vasija de las de antaño, y sus mejillas y su cuello estaban tan prietos que resultaba imposible pellizcarlos, ¡pobre de quien lo intentara: no sabía en la que se había metido! ¿Y su pelo? Aquel era el toque que volvía locos a todos los hombres. Era una melena roja, como el centro de una mata de aliaga ardiendo cuando el humo se desprende de su interior. De verdad, la sangre se te subía a los ojos al ver el destello de aquel cabello cuando la luz se reflejaba en él. Nunca hubo un hombre lo suficientemente hombre que no sintiera deseos de acercarse a la viuda y abrazarla. También había hombres excelentes: algunos eran importantes ganaderos de Kildare y, como tales, presumían de tener las mejores reses; solían acudir al mercado a lomos de caballos de tal valor que no hubieran querido venderlos ni por cientos de libras a los oficiales de Curragh. A pesar de todo, algunos de ellos eran aficionados a las broncas. En más de una ocasión he visto a más de cuarenta, incluso a medio centenar de ellos, despejar el mercado de Banagher o Athy. Jamás se me olvidará el día en que sus enormes muñecas enrojecidas y velludas se alzaron al aire para sacudir después las ramas tiernas que usaban como fustas. Todos querían cortejar a la viuda, pero ninguno se atrevía a mirarla. La viuda podría haber tonteado con ellos, haberse hecho la tímida y haberlos vuelto locos de amor, como les gusta hacer a todas las mujeres. ¡Gracias a Dios que no fue así! Los hombres no las amaríamos como las amamos solo por sus artimañas. ¿Qué sería de este país si no hubiera en él más que hombres solteros y doncellas viejas a punto de morir, traumatizadas por no tener muchachos a los que besar, tocar, dar azotes y con los que hacer el amor? Entre ustedes y yo, son los niños los que enternecen el corazón de los hombres, como el agua fresca hace crecer la hierba. Pobre de aquel que diera un paso para acercarse a la viuda, pues tal atrevimiento podía costarle la vida.

—No —decía ella—. Cuando encuentre a un hombre capaz de ocupar el

lugar de Mick, os lo haré saber. Os agradezco mucho vuestro interés. —A continuación, meneaba la cabeza hasta que parecía que su pelo rojo desprendía chispas, y los hombres enloquecían aún más por ella.

Pero, entiéndanme, ella no era una aguafiestas. La viuda de Mick era una mujer inteligente que se las sabía todas. Se reía de lo que se reiría cualquier mujer decente y, si no había de qué reírse, mandaba a las chicas a la cama y les decía a los hombres que podían seguir hablando en el mismo tono, puesto que ella era la única que se podía sentir ofendida. Y, así, los hacía callar tan rápidamente como yo tardo en contarles esto.

Pero no quería encariñarse de ninguno, como suelen hacer ellos cuando han bebido todo lo que pueden beber; eso sí, los trataba de un modo tan juguetón que provocaba su risa. La viuda solía contar que esta forma de actuar la había aprendido en la escuela y luego con Mick. Siempre permanecía en la barra del bar con uno de esos juncos con el extremo curvado que llevan los soldados cuando no tienen para un látigo y salen con su gorra militar, recién arreglados, a arrasar con las chicas. Cuando alguno de sus pretendientes se mostraba demasiado cariñoso, ella levantaba el junco y lo amenazaba con él, mientras se reía con aquella risa suya tan turbadora. Al principio, uno o dos hombres aseguraron que valía la pena recibir unos golpes con el junco a cambio de un beso de la viuda y, uno de ellos, un criador de caballos de Poul-a-Phoka, dijo que iba a conseguir darle un beso sin que le golpeará. Pero a ella se le daba muy bien la vara, lo que era bastante raro porque no tenía ningún hijo con quien practicar; cuando terminó con el hombre, lo dejó tirado sobre la barra con la cara como una parrilla. Los otros, aunque se reían, aprendieron perfectamente la lección. A partir de entonces, siempre que echaba mano a la vara, sin importar lo tranquila que lo hiciera, no se habló más de intentar darle un beso.

Bueno, durante el tiempo que estuve allí, hubo un sinfín de diversiones en la ciudad. La feria se celebraba por la mañana y todo se llenaba de gente. Allí podías encontrar ganado, ocas, pavos, mantequilla, cerdos, verduras y mil cosas más, incluido un cadáver, el de un viejo abogado, con mis respetos para ustedes; era un viejo solitario, sin amigos, cuyo cuerpo yacía en la suite del hotel conocida como «Habitación de la Reina». No hace falta que comente, entre ustedes y yo, que el hotel estaba completo aquella noche. En fin, las únicas que lo pasaban mal eran las pulgas, porque tenían que quedarse fuera, sacudiéndose y temblando de frío. Por supuesto, la viuda estaba en el bar pasando el rato con todos los que habían venido, con los ojos bien abiertos y pendiente de que las chicas trabajasen y de que no se pusieran a tontear con los clientes. Lo cierto es que aquella noche el bar estaba lleno de hombres: desde granjeros cariñosos de cuatro condados a la redonda hasta ganaderos, con sus aguijadas y sus grandes abrigos, y comerciantes. En medio de todo

aquello, por la parte de arriba de la calle llega al galope un carruaje de Athy con dos caballos y se para delante de la puerta con los caballos fumando. Pero, atención, el hombre que lo conduce también se está fumando un puro casi tan largo como su brazo. Salta del carruaje y se acerca hasta la misma barra, como si solo estuviera él allí. Se planta ante las narices de la viuda, le agarra de la barbilla y, después de quitarse el sombrero, le dice:

—Quiero la mejor habitación. Trabajo para la Shorrox, la más importante compañía algodонера del mundo y quiero abrir una sucursal aquí. Quiero lo mejor, pero nunca me conformo ni siquiera con eso.

Bueno, caballeros, todo el mundo se quedó mudo ante tamaña insolencia y, atención, aquella fue la única vez en toda su vida que la viuda no supo qué hacer. Pero, vive Dios que no tardó mucho en reaccionar, y le dijo:

—No lo dudo, señor. Lo mejor no puede ser bastante para un caballero que se siente tan a gusto en casa —y le sonrió hasta que los dientes le brillaron como joyas.

¡Solo Dios sabe lo que pasa por la mente de una mujer cuando está tratando con un hombre! Tal vez la viuda Byrne solo quería mantener las distancias delante de todos aquellos hombres y evitar que se peleasen por ella. O quizá fue una forma de perdonarle su insolencia. Háganme caso, aquel no era un hombre discreto, de los que guardan las distancias, de esos que tanto gustan a las muchachas y más aún a las viudas. De todos modos, ella continuó hablando al hombre de Manchester:

—Lo siento, señor, me temo que no voy a poder darle la mejor habitación, la que nosotros llamamos la mejor, porque está ocupada.

—Pues, desocúpela —le respondió él.

—Imposible —dice ella—, al menos no hasta mañana, pero puede elegir cualquier otra.

Hubo un murmullo entre algunos de los presentes, que sabían lo del cadáver. El hombre de Manchester creyó que se estaban riendo de él, y dijo:

—Pasaré la noche en esa habitación. El otro caballero se arreglará conmigo, si yo me puedo arreglar con él, a menos que —añadió mirando a la viuda— pueda ocupar la habitación del dueño de la casa, si es que hay un cura o un párroco sobrio en toda la ciudad —dijo.

Bueno, aunque la viuda se puso tan roja como un tomate, se rio y se dio la vuelta mientras decía:

—Claro, señor, pero es el puesto del pobre Mick el que puede ocupar, así que sea bienvenido esta noche.

—¿Y dónde está él ahora, señora? —dijo inclinándose sobre la barra para intentar cogerle de nuevo de la barbilla pero, esta vez, ella se apartó a tiempo.

—En el camposanto —le respondió—. Puede ocupar el sitio de Mick allí, si quiere, y no seré yo quien se lo impida.

Ninguno de los hombres de alrededor pudo contener las carcajadas. El hombre de Manchester se enfureció y chilló de un modo bastante rudo:

—Está bien donde está. Está mejor allí que aquí. Al menos él y el diablo pueden elegir entre estar solos o acompañados.

Aquel comentario enfureció a la viuda como si la hubieran tocado en su fibra más sensible y dijo:

—¿Cómo se atreve a hablar así de un muerto y a mencionar su nombre junto con el del diablo delante de su viuda? ¡No es tan difícil comprobar que el pobre Mick ya no está entre nosotros!

Acto seguido, se sacó el delantal por la cabeza, lo sacudió y no dejó de moverse de un lado para otro como hacen las viudas cuando les da un ataque de nervios.

A más de uno de los presentes le hubiera gustado ponerse frente al hombre de Manchester con una vara de endrino en la mano, pero todos conocían demasiado bien a la viuda como para atreverse a intervenir hasta que ella no se los dijera. Al final, uno de ellos, el señor Hogan, de cerca de Portarlington, un hombre cariñoso que podía disponer en cualquier momento de cien libras en efectivo, se acercó a la barra, se quitó el sombrero y dijo:

—Señora Byrne, como amigo del pobre Mick, me sentiré muy honrado de aceptar esta pelea en su nombre, y más aún en nombre de su viuda. Solo basta con que usted, señora, dé su consentimiento.

Después de aquellas palabras, la viuda se enjugó las lágrimas con una esquinita del delantal.

—Se lo agradezco de todo corazón —le dijo—, pero Mick y yo llevamos este hotel juntos durante mucho tiempo y yo lo he llevado sola desde que él se fue, y pretendo seguir haciéndolo a pesar de que un hombre de Manchester quiera imponer sus métodos. En cuanto a usted, señor —dijo volviéndose—, siento mucho tener que decirle que no tenemos alojamiento para un caballero tan exigente. Me veo obligada a pedirle que busque habitación en cualquier otro hotel de la ciudad.

Él se volvió hacia ella y le dijo:

—Ahora estoy aquí y estoy dispuesto a pagar cualquier cantidad. Por ley, usted no tiene derecho a negarme alojamiento, sobre todo cuando soy yo quien

tiene razón.

La viuda Byrne se le acercó y le dijo:

—Señor, usted exige sus derechos legales y los tendrá. Dígame lo que quiere.

A esto él respondió sin pensárselo dos veces:

—Quiero la mejor habitación.

—Ya se lo he dicho. Hay un caballero en ella.

—De acuerdo, ¿qué otra habitación tiene libre?

—Lo siento muchísimo —añadió ella—. Todas las habitaciones del hotel están ocupadas. A lo mejor no sabe o no se acuerda de que mañana es día de feria.

Le habló con tanta amabilidad que todos los presentes se dieron cuenta de que algo malo se avecinaba. El hombre de Manchester vio que se estaban riendo de él pero, como no quería escándalos, dijo:

—Está bien. Aunque tenga que compartirla con otra persona, quiero que sea la mejor habitación. Esta noche dormiré en la Habitación de la Reina.

Los hombres que estaban allí no se esperaban lo que iba a ocurrir después. El hombre de Manchester se pavoneaba como un gallo en un estercolero. Se volvió a apoyar sobre la barra, se abalanzó sobre la viuda y empezó a manosearla. Era un tipo fornido, con un cuello de toro y el pelo corto, como uno de esos gorilas que he visto en la feria de Punchestown y en las carreras de Galway. Había perdido por completo los modales, y lo hizo tan rápido como si estuviera cerrando un trato.

Fue algo así:

—Yo quiero tirármela y usted quiere que lo haga. Entonces, levante la cabeza.

Todos pudimos ver que la viuda estaba a punto de volverse loca pero, en honor a la verdad, al hombre de Manchester parecía importarle poco lo que pensáramos los demás. Pero todos nos dimos cuenta antes que él: la viuda empezó a mover la vara de junco por la barra mientras él volvía a pedir su habitación y preguntaba cómo era la persona con la que iba a dormir.

La viuda le contestó:

—Un hombre menos malvado que usted y menos insolente.

—Espero que sea muy hombre —le contestó él.

La viuda se echó a reír y dijo:

—Le aseguro que lo es.

—¿Y ronca? Odio a los hombres y a las mujeres que roncan.

—Le aseguro —le contestó— que no ronca, no —y volvió a reírse.

Algunos de los presentes sabían que hablaba del viejo abogado, y también se echaron a reír. Al hombre de Manchester le pareció sospechoso y, cuando los tipos de su calaña sospechan de algo, se vuelven muy desagradables. A continuación, dijo con sarcasmo:

—¡Parece que le conoce muy bien, señora!

La viuda echó un vistazo a los ganaderos, que blandían sus agujadas. En su mirada había algo diabólico que hizo callar a todos. Luego, se volvió al hombre y le dijo:

—Es cierto, lo conozco muy bien.

En aquel momento estaba más atractiva que nunca. Seguramente, lo mismo debió de pensar el hombre de Manchester, porque inclinó todo su cuerpo sobre la barra, le susurró algo al oído y le puso la mano en el cuello con la intención de arrimarla hacia él. La viuda parecía saber lo próximo que iba a ocurrir, así que no soltó la vara de junco. Cuando fue a atraerla hacia él para besarla, al principio, se puso tan roja como la cresta de un gallo y, después, tan pálida como el papel. A continuación, la viuda levantó el junco, le cruzó la cara con la vara y se echó para atrás. ¡Qué horror, menudo latigazo! Inmediatamente, apareció en el rostro del hombre un reguero de sangre, idéntico al que he visto en el lomo de los cerdos cuando no les dejan ir a donde quieren.

—¡Aparte las manos, descarado! —le dijo ella.

El hombre de Manchester perdió el control de tal manera que casi se tambaleó. Después, intentó abalanzarse sobre ella, pero de entre los ganaderos surgió un ruido extraño, una especie de «ach», como cuando se está trabajando con la almádena, y vi cómo aquellas muñecas enormes que sostenían las ramas de endrino las empuñaban y cómo se alzaban en el aire aquellas muñecas velludas. Se lo aseguro, ni siquiera la policía con sus bayonetas se hubiera atrevido a enfrentarse a ellos. Si hubiera peleado con aquellos ganaderos, el hombre de Manchester habría quedado hecho pedazos. A un grito de la viuda, que hizo temblar los vasos, se detuvo la escena:

—¡Alto! No voy a consentir peleas en mi local. Además, aquí nadie va a ser grosero, ni siquiera un empleado de Shorrox. Él no se atrevería a pegarme ni aunque yo estuviera loca. Tal vez me he pasado, pero lo he hecho por Mick. Lo siento mucho, señor —le dijo al hombre en tono amable—. Tenía que defenderme. Cuando un caballero se ampara en la ley para hospedarse en una casa y, a continuación, ataca a su propietaria, por mucho que esta haya perdido

la cabeza, debería contenerse.

—¡Oiga, oiga! —gritó uno de los hombres, y otro dijo «Amén», y todos se echaron a reír.

El hombre de Manchester no sabía qué hacer; no le gustaba el aspecto amenazante de las varas de fresno alzadas al aire, pero tampoco quería que se rieran de él ni ponerse nervioso. Por eso, se volvió hacia la viuda, se quitó el sombrero y dijo con fingida amabilidad:

—Debo felicitarla, señora, por la fuerza de su brazo y por su gran educación. Creo que es el señor Mick, cuyo cuerpo yace en paz en el camposanto, quien se ha llevado la mejor parte aunque, de todos modos, no parece que el pobre haya salido ganando al cambiar un diablo por otro.

Y luego la miró con desdén.

Bueno, pues, durante un minuto, los ojos de la viuda no dejaron de echar chispas. Acabó sonriéndole y le hizo una reverencia mientras decía:

—¡Oh, sí, soy una gran mujer al reconocer mis propios errores! Le agradezco sus amables palabras sobre la fuerza de mi brazo. Mi pobre Mick solía decir lo mismo, solo que él tenía más conocimiento de causa. «Molly», me decía, «odio la fuerza de tu brazo cuando me pegas, pero ¡cómo me gusta cuando me abrazas!». Pero, dada la situación actual del pobre Mick, no voy a discutir con usted, aunque tampoco puedo perdonarle la forma en que ha hablado de él. Me da la impresión de que debe de sentir un gran aprecio por el muerto, porque es incapaz de dejar de hablar de él. Quizá tenga más respeto por los difuntos mucho antes de que le llegue la hora de morir.

—Déjese de sermones —dijo alterado—. ¿Voy a tener mi habitación esta noche, sí o no?

—¿Le he oído decir —le preguntó la viuda— que quiere compartir la Habitación de la Reina?

—¡Sí, se lo exijo!

—Muy bien, señor —le respondió ella muy tranquila—. No se preocupe, que la tendrá.

Justo después, se anunció que la cena estaba lista, y la mayoría de los hombres que estaban en el bar se dirigieron al comedor; entre ellos estaba el hombre de Manchester, quien se sentó presidiendo la mesa, como si fuera el dueño, aunque nunca antes hubiera estado allí.

Algunos de los muchachos se quedaron con la viuda para hablar con ella. Tan pronto como estuvieron solos, el señor Hogan se levantó y dijo:

—¡Querida, qué maravilla de mujer es usted! ¿De verdad pretende alojarlo

esta noche con el cadáver?

—Él fue quien insistió en ocupar esa habitación —le respondió ella muy seria. Mientras miraba a los muchachos y les hacía emocionarse, añadió—: ¡Ay, caballeros, si verdaderamente me aprecian, ayúdenme a que se acueste esta noche con los sentidos un tanto alterados! ¡Venga, dense prisa! ¡No quiero que sospeche nada!

Hacía una noche calurosa, se lo aseguro. El empleado de Shorrox bebió mucho vino con su compañero de mesa. Luego, cuando retiraron los platos y trajeron los postres, Hogan se puso en pie, le deseó suerte y propuso un brindis por el éxito de la nueva sucursal de la compañía. Por supuesto, el hombre de Manchester tuvo que beber y, a continuación, se hicieron tantos brindis como personas había en la habitación. Estaba tan poco acostumbrado al ponche que empezó a balbucear. Siguieron ofreciéndole más brindis:

—¡Viva Irlanda!

—¡Independencia[41]!

—¡Por la memoria de Dan O’Connell[42]!

—¡Mala suerte a Boney[43]!

—¡Dios salve a la Reina!

—¡Más poder para Manchester!

Y otras cosas que pensaron que le agradarían por ser inglés. Mucho antes de la hora de cierre del hotel, el empleado de Shorrox estaba más borracho que un regimiento de cosacos y se dedicó a estrechar la mano a cada uno de los allí presentes, y les prometió abrir una sucursal cuando llegara la independencia y muchas otras cosas sin sentido. Después, lo llevaron hasta la puerta de la habitación de la Reina y lo dejaron allí.

A duras penas consiguió desvestirse, y se dejó puesto el sombrero. Se metió en la cama al lado del cadáver del viejo abogado, y cayó dormido sin notar siquiera a su vecino.

Al poco rato, se despertó con sensación de frío. No había encendido ninguna vela, y la única luz que había era la que entraba desde el pasillo por la vidriera de la puerta. Le parecía que se iba a caer de la cama; estaba justo en el borde, mientras el extraño caballero dormía a sus anchas boca arriba. Había bebido lo suficiente como para tener ganas de bronca.

—Yo que usted —le dijo— ocuparía solo una parte de la cama, si no quiere que le explique por qué.

Y, a continuación, le dio un guantazo pero, lógicamente, el abogado ni se inmutó.

—No desprende usted tanto calor como para que a alguien le apetezca dormir a su lado —añadió—. ¡Oiga, córrase hacia allá!

Pero el cuerpo del muerto ni se movió.

El hombre de Manchester se puso enfadadísimo, y empezó a golpear y a dar patadas al cadáver. Al ver que el otro no respondía, se volvió y le dio un capón en la cabeza.

—Levántese —le dijo—, si es usted hombre, y póngase en guardia.

Después, se enfureció todavía más porque la bebida le estaba haciendo efecto, y golpeó al cadáver, lo pateó y lo agarró de la pierna y del brazo para poder moverlo.

—Pero —dijo—, es usted el tipo más frío que he conocido nunca. ¡Vaya, si hasta parece que tiene el pelo helado!

Lo cogió por la cabeza, lo zarandeo y lo llevó al borde de la cama, donde se puso a darle patadas con todas sus ganas desde el suelo.

—¡Acuéstese en el suelo, trasto viejo! Ahí tendrá tiempo de calentarse hasta mañana.

El efecto de la bebida se había vuelto a apoderar de él y cayó en la cama con la cabeza en la almohada y los pies en alto, y así se quedó dormido como un gato acurrucado.

Más tarde, cuando el hotel estaba ya a punto de cerrar, el vigilante de la funeraria vino a pasar la noche con el cadáver. Como el abogado era protestante, no había velas. Cuando todo estuvo en silencio, una de las chicas, que mantenía relaciones con el vigilante, entró sigilosamente en la habitación.

—¿Estás ahí, Michael?

—Sí, cariño —respondió él.

Se acercó a la joven, y ambos se quedaron de pie junto a la puerta. Sus cabezas rojizas brillaban a la luz que entraba desde el pasillo.

—He venido —le dijo Katty— a hacerte un poco de compañía, Michael. Es terrible que tengas que estar aquí sentado toda la noche tú solo. Pero no me puedo quedar mucho porque, en cuanto hayan fregado los platos, se irán todos a la cama.

—Dame un beso —le pidió Michael.

—Pero, Michael —replicó ella—, ¿besarnos en presencia de un cadáver? Me da mucha vergüenza.

—Lo siento, Katty, pero este es un lugar tan respetuoso como cualquier

otro. ¿Acaso no es como besarse en la iglesia? Y me besarás cuando nos casemos. Si me das un beso, ten por seguro que no me enteraré de lo terrible que es una boda. De todos modos, besémonos y ya discutiremos lo que está bien y lo que está mal.

Bueno, pues, entre ustedes y yo, se besaron, pero un beso en presencia de un cadáver es una cosa seria y lleva su tiempo. Estaban tan atentos a lo suyo que no oían nada, hasta que Katty se quedó quieta y dijo:

—Escucha. ¿Qué es eso?

Michael se asustó también porque había un ruido extraño que venía de la cama. Los dos se abrazaron allí, junto a la puerta, y miraron hacia la cama, casi sin atreverse a respirar, hasta que se les puso el pelo de punta. El cadáver se levantó de la cama. Los dos vieron cómo los señalaba con el dedo, y oyeron una voz ronca que les decía:

—¡Esto es el infierno, y estoy rodeado de demonios! ¿Es que acaso no son tuyas esas cabezas que arden en llamas? ¡Yo también estoy ardiendo, ardiendo, ardiendo! ¡Me arde la garganta y tengo fuego en la cara! ¡Agua, agua! ¡Dadme agua, agua, aunque solo sea una gota para mojarme la lengua!

Acto seguido, Katty soltó un grito tan espantoso como para despertar a un muerto, y salió al pasillo; llegó a las escaleras, tropezó, cayó rodando y quedó inerte, terriblemente pálida, sobre la alfombra. Michael, al verla, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Un crimen!

Al poco tiempo, se había congregado una multitud en la habitación. Era un espectáculo digno de verse: uno de los ganaderos no se había quitado el abrigo para acostarse ni había soltado la vara. La viuda estaba tan hermosa y resplandeciente como siempre; vestía solo una bata blanca y llevaba una vela en la mano, aunque en su rostro se podía adivinar la sorpresa de cuando te sacan de un sueño profundo. Había otros que también se habían acostado, hombres y mujeres, algunos descalzos y otros en zapatillas, con los tirantes colgándoles en la espalda y las enaguas puestas a toda prisa. Algunos llevaban enormes gorros de dormir, otras tenían el pelo todo revuelto lleno de rulos de papel, como si vinieran de la guerra. Pero en esta ocasión, la vieja que tenía miedo de todo no asustó a los jóvenes. Lo único de lo que parecían tener miedo era del hombre (vivo o muerto, daba igual), ya fuese un espíritu, un cadáver o acaso un demonio, que era lo que se temían todos.

El caso es que cuando el hombre de Manchester vio a toda aquella gente entrar en su habitación, empezó a recuperar el sentido. El efecto de la bebida se le estaba pasando e intentó recordar dónde se encontraba. Por eso, cuando vio a la viuda, se echó mano a la cara, donde tenía la herida, y, de repente, fue

como si lo comprendiera todo. Volvió a enfurecerse y gruñó:

—¿Qué es todo esto? ¿Por qué entran así en mi habitación? ¡Fuera de aquí o se van a enterar!

Estaba a punto de saltar de la cama. En cuanto sacó los pies, la vieja soltó un chillido, se agarró a los hombres y les pidió que la protegieran de un crimen o de algo peor.

Entonces, la viuda Byrne se echó a reír como una loca. El señor Hogan dio un paso adelante y dijo:

—Salga de aquí, empleado de Shorrox. Los muchachos tienen listos sus látigos y, como es costumbre, tienen que probarlos en su piel.

Al oír aquello, saltó de nuevo a la cama y se tapó completamente con las sábanas.

—Por Dios bendito, ¿qué significa todo esto?

—Significa esto —contestó Hogan, y se fue al otro lado de la cama y metió al cadáver dentro, al lado del hombre de Manchester—. Fíjese lo gruñón que es usted. Primero se empeña en compartir la habitación con un cadáver y luego quiere todo el sitio para usted solo.

—¡Sáquelo de aquí, sáquelo de aquí! —gritó.

—¡Óigame! —replicó el señor Hogan—. Eso sí que no pienso hacerlo. El caballero ha reservado la habitación antes y tiene todo el derecho del mundo a pedir que lo echen a usted.

—¿Le ha oído roncar? —le preguntó la viuda, que empezó a reírse a carcajadas y contagió la risa a los demás—. Así aprenderá a hablar bien de los muertos.

Y salió de la habitación.

Todos los hombres volvieron a sus respectivas habitaciones. La mayoría iba hasta arriba de alcohol y nos temimos que armaran alguna bronca. Ya se había acabado la fiesta y no queríamos más jaleos. Dos de los granjeros se acostaron en la misma cama y metimos al hombre de Manchester en la otra habitación, no sin antes ofrecerle otro trago de ponche para que se fuera calentito.

Pensé que la viuda se había marchado a dormir pero, al ir a apagar las luces, vi una encendida en el cuarto pequeño que hay detrás de la barra. Me acerqué de puntillas para que no me oyeran y eché un vistazo. Allí estaba ella, sentada en un taburete bajo, moviéndose de atrás adelante, riéndose y llorando al mismo tiempo, mientras daba golpes en el suelo con la vara. Hablaba sola, en susurros, y le oí decir:

—¡Cómo puedo ser tan cruel para permitir estas cosas en mi casa! ¡Y ese pobre, sin nadie que le llore, pateado y golpeado de esa manera por un grupo de borrachos, mientras que mi pobrecito marido está bajo tierra! ¡Ay, Mick, si hubieras estado aquí, con lo alegre que eras, cómo te habrías divertido esta noche!

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es